

# Presentación

E

ste año en las celebraciones dominicales viviremos el ciclo litúrgico A. Durante este ciclo nos acercamos al testimonio y a las enseñanzas de Jesús que nos trasmite el Evangelio según San Mateo.

Estamos a finales del siglo I: hacia el año 70 acontece la catástrofe sobre Judea, pues Jerusalén y su templo son destruidos por los romanos. Posteriormente, los judíos cristianos son excluidos formalmente de la sinagoga y deben comenzar un caminar solos. Mateo parece escribir principalmente para estas comunidades, conscientes ya de su propia identidad.

Según una tradición muy antigua, el autor de este Evangelio fue Mateo, uno de los doce discípulos de Jesús. Sin embargo, los datos del Evangelio están más bien a favor de un autor cristiano de origen judío, perteneciente a la segunda generación, que conocía el griego y que estaba familiarizado con el estudio del Antiguo Testamento. La situación reflejada por este Evangelio sugiere que se compuso entre el año 80 y 90 D. de C. y en cuanto al lugar de composición puede pensarse con mucha probabilidad en Antioquía de Siria.

Para aquellos cristianos, que vivían una dura confrontación con el judaísmo, era muy importante mostrar que Jesús era el Mesías, es decir, el hijo de David. Jesús no aparece como un Mesías glorioso, sino como el Hijo del hombre que tiene que padecer hasta morir completamente abandonado en una Cruz. No obstante para Mateo y su comunidad, Jesús es algo más que el Mesías, es ante todo el Hijo de Dios.

La Iglesia es para Mateo el pueblo reunido por Jesús, la verdadera descendencia de Abrahán, que ha heredado la misión del antiguo Israel. Los que pertenecen a esta nueva comunidad deben poner en práctica la voluntad del Padre, expresada en las palabras de Jesús y cuya misión consistirá en hacer llegar la Buena Noticia a todos los hombres.

El Evangelio de Mateo se distingue por su claridad. El tono es didáctico y el estilo sobrio. La gran introducción de la infancia (1-2) tiene valor de relato programático en relación a Moisés en Egipto y a los anuncios proféticos. El cuerpo se reparte geográficamente entre el ministerio en Galilea (4-13) y en Jerusalén (14-26). Aparte de otros bloques y conexiones, sobresalen en él los famosos cinco discursos –como nuevo Pentateuco–. El Sermón del Monte (5-7), contrafigura de la ley del Sinaí; la misión presente de los apóstoles (10), que prefigura la futura; las parábolas (13), que explican cómo es el Reinado de Dios; instrucciones a la comunidad (18); discurso escatológico (24-25). Sigue como desenlace la pasión, en relación al Salmo 22 y otros textos del Antiguo Testamento.

Nuevamente, con el propósito de favorecer el encuentro con la Palabra de Dios, apoyar la preparación de la Eucaristía Dominical y animar la vivencia de las Celebraciones de la Palabra, el Equipo Diocesano de PROCALA (Proyecto de Capacitación Laical), ofrece este material de reflexiones dominicales del ciclo litúrgico “A” elaborado por el Padre José Lorenzo Guzmán Jiménez. Deseamos que sea de mucha utilidad y provecho para todos los agentes de pastoral de la Diócesis de Ciudad Guzmán.

EQUIPO DIOCESANO DE PROCALA

# 1er Domingo de Adviento

## “Estén preparados”

**Textos:** Is 2, 1-5; Rm 13, 11-14; Mt 24, 37-44

“Estén preparados” (Mt 24, 42). Son las palabras de Jesús que resuenan en este primer domingo de Adviento. La participación en la celebración dominical nos ayuda a mantenernos en actitud de preparación para recibir al Señor que se acerca. Viene la Navidad y hay que estar preparados, no al estilo que ofrece el mercado sino al estilo que nos propone Jesús: despiertos, en vela, cumpliendo nuestra misión. Y también hay que estar preparados para su segunda venida.

Los textos de la Palabra de Dios que se acaban de proclamar nos indican cómo es que tenemos que hacer nuestra preparación para encontrarnos con Cristo, para celebrar bien su nacimiento. En primer lugar, nos dice san Pablo: *“Tomen en cuenta el momento en que vivimos”* (*Rm* 13, 11). Es necesario estar atentos siempre a la situación económica, política, social, religiosa en que nos encontramos. Ahí tenemos que hacer nuestro discernimiento como cristianos.

Hoy vivimos una situación de pobreza en aumento vertiginoso, de violencia sin control, de consumo desmedido, de “darle vuelo a la hilacha”, de ausencia en la vida comunitaria. Ante esto nos indica nuevamente san Pablo: *“Ya es hora de que se despierten del sueño”* (Id.). Los cristianos no debemos estar dormidos, con los ojos cerrados, despreocupados ante lo que estamos viviendo a diario. Es hora de despertar *porque ahora nuestra salvación está más cerca* (Id.).

Jesús nos pide que estemos despiertos y preparados. Lo tenemos que hacer personal y comunitariamente. ¿Cómo hacer para mantenernos así en medio del ambiente en que estamos? Isaías y Pablo nos dan algunas indicaciones. Hay que dejar de hacer algunas cosas e implementar otras. Esto supone descernimiento constante. Isaías pide cambiar las espadas por arados y las lanzas por podaderas, no estar en pleito y no adiestrarse para la guerra, luchar por la paz.

Para prepararnos hay que desechar las obras de las tinieblas y revestirnos con las armas de la luz, según lo que nos pide Pablo. ¿Cuáles son las obras de las tinieblas? La injusticia, los chismes, los rencores, los falsos; todo aquello que distancia a las personas y divide a la comunidad. *Nada de comilonas ni borracheras, nada de lujurias ni desenfrenos, nada de pleitos ni envidias* (v. 13), pide Pablo a los Romanos. Todo esto hay que quitar de nuestra vida.

Para estar preparados, para que no nos sorprenda la llegada de Cristo, tenemos que revestirnos de las armas de la luz: la justicia, la solidaridad, el encuentro, el perdón, la reconciliación, la hermandad. Se trata de todo aquello que nos acerque a los demás y nos ayude a ser hermanos, de lo que nos lleve a vivir la comunión en la comunidad, de las acciones que nos conduzcan a la igualdad en la sociedad. Esto nos lleva a replantear nuestra vida personal y comunitaria.

Si no nos preparamos, si no nos mantenemos en vela, nos puede suceder lo mismo que a los contemporáneos de Noé. Jesús nos lo advierte. Nadie hizo caso de la palabra de Dios que Noé trasmitió. Todo mundo seguía comiendo, bebiendo, casándose; nadie se preocupó de cambiar de vida y, cuando menos lo esperaban, llegó el diluvio. Solamente Noé y su familia, que estaban preparados, se salvaron. Hay que prepararnos para la Navidad y para la otra venida de Cristo.

A la luz de la Palabra de Dios revisemos nuestra manera de vivir. Pongámonos en vela, estemos despiertos. Hoy tenemos la oportunidad de seguirnos preparando para recibir al Señor que se acerca. No sigamos las invitaciones del comercio ni del ambiente que nos aleja de la hermandad; hagámosle caso a Jesús, para que seamos aquel que es tomado del campo porque está preparado o aquella mujer que está moliendo y es tomada porque está preparada.

# 2º Domingo de Adviento

## “Conviértanse, porque ya está cerca el Reino de los cielos”

**Textos:** Is 11, 1-10; Rm 15, 4-9; Mt 3, 1-12

*“Conviértanse, porque ya está cerca el Reino de los cielos”* (*Mt* 3, 1). Así comienza Juan el Bautista su predicación, orientada a disponer a su pueblo para recibir al Mesías. Esas palabras se proclaman para nosotros en este segundo domingo de Adviento, puesto que nos preparamos para la celebración de la Navidad y nos disponemos a recibir sacramentalmente al Señor Jesús que viene hoy a nuestro encuentro para alimentarnos. Se nos invita a la conversión.

La conversión, que consiste en un cambio total de vida, es el modo de prepararle el camino al Señor. No se trata de una acción buena o de estar bien un día y ya, sino de vivir totalmente de acuerdo a las enseñanzas de Jesús. Para esto hay que mantener el encuentro con Jesús. Cuando dejamos de hacerlo nos alejamos de la relación con Dios y caemos en el pecado porque torcemos nuestros caminos personales, familiares, comunitarios y sociales.

Con Jesús nos encontramos en el Evangelio, en los sacramentos, especialmente en la Eucaristía y la Reconciliación, en la oración, en la comunidad, en los pobres. Para nosotros la conversión consiste en volver al encuentro con Jesucristo y mostrar con obras la conversión. De otro nos sucedería como a los fariseos y saduceos que iban con Juan para que los bautizara. El bautismo –que con él era signo de arrepentimiento– quedaba solo como un acto exterior.

Tenemos que convertirnos personalmente para que, superando el pecado personal, estemos en relación con Dios. Se ocupa cambiar para que en nuestras familias, a veces fracturadas por las desavenencias, se viva en armonía. Hay que convertirnos para que en nuestros barrios y colonias, frecuentemente desunidos, se viva en comunidad. Se ocupa enderezar los caminos de nuestra sociedad, cada vez más violenta, para que se experimente la reconciliación y la paz.

Hay que hacer que se cumpla el deseo de san Pablo: *Que Dios, fuente de toda paciencia y consuelo, les conceda a ustedes vivir en perfecta armonía unos con otros* (*Rm* 15, 5). Hay que trabajar para que se cumpla el sueño de Isaías: *Habitará el lobo con el cordero, la pantera se echará con el cabrito, el novillo y el* *león pacerán juntos y un muchachito los apacentará. La vaca pastará con la osa y sus crías vivirán juntas. El león comerá paja con el buey* (11, 6-7).

Este modo de vivir en armonía y en paz, es consecuencia de la acción del Mesías que, lleno del espíritu del Señor, actúa con justicia y equidad, tal como lo presenta el profeta Isaías. Así se espera que vivamos también nosotros. Este modo de vivir hoy, tiene que ser fruto y consecuencia de nuestra conversión. Pero hay que tener en cuenta que Juan Bautista pide que la conversión se manifieste con obras. No se tiene que quedar en buenos deseos ni en ritos externos.

A cada uno le toca ser agente de paz en la relación con los demás y, por tanto, quitar las situaciones de desavenencia, enojo, rivalidad. Todos debemos colaborar en la familia para que se construya y experimente la armonía. Hay que buscar los mecanismos para que en el barrio o colonia se haga vida de comunidad. Debemos crear las condiciones necesarias para que en nuestra sociedad se construya la paz, en base a la justicia, la reconciliación y la solidaridad.

Solamente viviendo de esta manera estaremos dispuestos para celebrar la Navidad de este año y podremos prepararle bien el camino al Señor para recibirlo en su segunda venida. Preparémonos para recibirlo sacramentalmente en esta Eucaristía, ya que Jesús viene a nuestro encuentro hecho Pan. Para acogerlo es necesario seguir en la conversión, porque el Reino de Dios, que es hermandad, amor, justicia y paz, ya está cerca, como dice Juan el Bautista.

# 3er Domingo de Adviento

## “Vayan a contar lo que están viendo y oyendo”

**Textos:** Is 35, 1-6. 10; St 5, 7-10; Mt 11, 2-11

Nuevamente aparece la figura de Juan el Bautista en el texto del Evangelio. Él, estando en la cárcel por ejercer con fidelidad su ministerio profético y con su inquietud por aclarar si Jesús de Nazaret era o no el Mesías esperado por los antiguos, nos ayuda a interesarnos también por la persona de Cristo y nos deja el camino abierto para que, alimentados con su Cuerpo y su Sangre, lo sigamos como discípulos y para que demos testimonio de Él como misioneros.

«Ser discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos, en Él, tengan vida, nos lleva a asumir evangélicamente y desde la perspectiva del Reino las tareas prioritarias que contribuyen a la dignificación de todo ser humano» (D.A. 384), nos dicen nuestros Obispos en Aparecida. Esto que ellos afirman no es distinto de lo que el mismo Jesús dice a los discípulos del Bautista cuando le preguntan si es el que ha venir o hay que esperar a otro.

En Jesús y su misión están claros los signos de la llegada del Reino de Dios y, por lo mismo, la manifestación de la salvación de Dios anunciada por el profeta Isaías, en la primera lectura que se ha proclamado. Esta salvación tiene como centro a los pobres, a los excluidos, a los que sufren, pues el Reino de Dios ha llegado para ellos en la persona del Hijo de Dios. Por eso les dice Jesús a los enviados del Bautista que vayan y le cuenten lo que están viendo y oyendo.

¿Qué es lo que ven y oyen? Que *los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios de la lepra, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia el Evangelio* (*Mt* 11, 5). Esto que está realizando Jesús, y que sirve como respuesta a Juan, es el cumplimiento de la vida nueva anunciada por Isaías a Israel: *Se iluminarán […] los ojos de los ciegos y los oídos de los sordos se abrirán. Saltará como un venado el cojo y la lengua del mudo cantará* (35, 6).

Con ese mensaje de Jesús, a Juan le queda claro que ha terminado ya su misión de prepararle el camino al Señor. Con ese mismo mensaje se nos abre a nosotros el camino para seguirlo. Por eso Jesús termina su respuesta a Juan diciéndole y diciéndonos que es dichoso quien no se sienta defraudado por Él, quien no se escandalice de Él, porque esto mismo lo llevará a la cruz. Y nosotros, que somos discípulos de Jesús, estamos llamados a seguirlo hasta el final.

Es necesario, entonces, reanimarnos con este encuentro dominical con Cristo Resucitado para trabajar, como Él, al servicio de los pobres y así hacer presente con signos concretos el Reino de Dios en nuestro mundo. «El amor de misericordia para con todos los que ven vulnerada su vida en cualquiera de sus dimensiones, como bien nos muestra el Señor en todos sus gestos de misericordia, requiere que socorramos las necesidades urgentes» (D.A. 384).

Si somos misericordiosos, se cumplirán las palabras que Dios transmite a su pueblo en el destierro por medio de Isaías: *Digan a los de corazón apocado: ‘¡Ánimo! No teman. He aquí que su Dios, vengador y justiciero, viene ya para salvarlos’* (v. 4). Esa esperanza para los pobres está hoy en manos de la Iglesia. «Urge crear estructuras que consoliden un orden social, económico y político en el que no haya inequidad y donde haya posibilidades para todos» (D.A. 384).

Este sueño de nuestros Obispos reunidos en Aparecida, que coincide con el sueño de Dios, lo sostiene el apóstol Santiago, que nos pide ser pacientes y mantener firme nuestro ánimo hasta la venida del Señor. Esa espera va unida al trabajo por el Reino, como los frutos que espera el campesino de su trabajo, como la Resurrección de Cristo a su servicio mesiánico a favor de los pobres. No nos escandalicemos de Él como discípulos ni lo defraudemos como misioneros.

# 4º Domingo de Adviento

## “Ella ha concebido por obra del Espíritu Santo”

**Textos:** Is 7, 10-14; Rm 1, 1-7; Mt 1, 18-24

*“Ella ha concebido por obra del Espíritu Santo”* (*Mt* 1, 20). Estas palabras que escuchó del ángel en relación al embarazo de María, hacen que José acepte su misión. Sobre este acontecimiento, san Mateo hace la siguiente reflexión: *“Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que había dicho el Señor por boca del profeta Isaías: ‘He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, a quien pondrán el nombre de Emmanuel, que quiere decir Dios-con-nosotros’”* (vv. 22-23).

El cuarto domingo de Adviento está dedicado siempre a exaltar la figura de María en la espera del Señor. Hoy aparece esperando en su vientre, porque en su corazón ya lo había concebido, al Hijo de Dios que haría realidad la promesa del Dios-con-nosotros. En María se estaba cumpliendo la promesa de Dios de enviar a un redentor para la humanidad. José es invitado a unirse a este proyecto liberador de Dios y, para ello, necesita aceptarlo en su corazón.

Le cuesta trabajo a José aceptar que María esté embarazada y que el hijo que se gesta en sus entrañas no es suyo. Pero el Señor, a través de su ángel, le aclara que está así por obra del Espíritu Santo. José, que había decidido irse lejos para no dañar a María, también se abre a la acción del Espíritu de Dios y cambia su decisión. Va a buscar a su esposa, se la lleva su casa, espera el momento del nacimiento y se hace cargo del Niño. José aparece como persona de fe.

A diferencia de Ajaz, que pedía una señal para creerle a Dios, José acepta la propuesta de Dios sin pedirle una señal. Hay que aprender de él. Así como María había decidido quedar embarazada sin consultarle a José, así José, sin consultarle a María, toma la decisión de asumir la misión que se le encomienda: *“tú le pondrás el nombre de Jesús”* (v. 21). Ponerle el nombre a un niño significaba reconocerlo como hijo propio y asumir la responsabilidad de educarlo.

A Ajaz que pedía una señal y a José que no la pedía, se les comunicó la misma noticia, a uno como promesa y a otro como realidad: la virgen concibe y “dará a luz un hijo que será Dios-con-nosotros”. El Hijo que está en el vientre de la virgen María es Dios mismo que asume nuestra condición, que se solidariza con la humanidad, que va a morir; todo por salvarnos. Dios está con los hombres y mujeres para caminar con ellos en el anuncio y construcción del Reino de Dios.

Dios está con nosotros para acompañarnos en nuestras penas, tristezas, alegrías, esperanzas. Para experimentar esa presencia suya, que ahora es en la condición de resucitado, necesitamos abrirnos a la acción del Espíritu Santo como María y como José, como Pablo que fue llamado a proclamar el Evangelio. Esta apertura implica poner totalmente nuestra persona al servicio de Dios y acomodar nuestros proyectos personales y familiares a la propuesta del Reino.

A la luz de los textos bíblicos que se han proclamado y en medio del ambiente de las posadas, dispongamos nuestro corazón para dejar que Jesús siga siendo Dios-con-nosotros. José y María nos enseñan a estar abiertos a la acción del Espíritu Santo para facilitar que el Hijo de Dios se encarne en nuestro corazón, en nuestra familia, en nuestra comunidad. Hay que preñarnos de Jesús para llevarlo luego a los demás, como hacía Pablo con los paganos.

En esta Eucaristía dominical Jesús viene a nuestro encuentro de manera sacramental. Al recibirlo haremos que sea Dios-con-nosotros. Si lo recibimos es para proyectarlo a la vida de nuestro mundo lleno de pobreza y violencia, de exclusión y mercado, de consumo y egoísmo. Ahí tenemos que lograr la vida digna que Jesús nos trae por su Encarnación. Recibamos al Hijo de Dios para que, por obra del Espíritu Santo, nuestro mundo lo siga concibiendo y dando a luz.

# Natividad de Nuestro Señor

## La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros

**Textos:** Is 52, 7-10; Hb 1, 1-6; Jn 1, 1-18

*“La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros”* (*Jn* 1, 14). Con estas palabras, san Juan resume el acontecimiento que celebramos este día: el nacimiento del Hijo de Dios entre nosotros. Dios decidió hacerse uno como nosotros con tal de salvarnos. Esta decisión, que contemplamos y agradecemos desde la fe, Dios la tomó por amor. No hay otra razón. A la luz de este misterio de la Encarnación podemos iluminar nuestra capacidad de hacernos uno con los demás.

El Mesías nació como nace la mayoría de los niños y niñas en el mundo: en el anonimato. Él llegó al mundo en un establo porque, como dice san Lucas, *no hubo lugar para ellos en la posada* (2, 7). El Hijo de Dios nació en medio de la noche; así, en medio de la noche, también resucitó. El Hijo de Dios nació en la oscuridad y, desde ahí, se convirtió en luz para el mundo. *La luz brilla en las tinieblas* (*Jn* 1, 5), dice san Juan. Ahí, en la exclusión, hay que ir a encontrarlo.

Los pastores fueron los primeros en recibir la noticia de su nacimiento. Los pastores, considerados malvivientes por la sociedad de su tiempo, son quienes están atentos, también en la oscuridad de la noche, a la voz de Dios que llega por medio de los ángeles: *“Les traigo una buena noticia, que causará gran alegría a todo el pueblo: hoy les ha nacido, en la ciudad de David, un Salvador, que es el Mesías, el Señor”* (*Lc* 2, 10-11). El Mesías habitaba ya entre nosotros.

Pero, no basta con tener la noticia del nacimiento de la Palabra hecha carne, del Hijo de Dios hecho niño. Es necesario ir a su encuentro. Por eso los pastores, excluidos de la vida de su pueblo, al recibir la noticia del nacimiento, a diferencia del resto de judíos, van inmediatamente a buscarlo, identificarlo y reconocerlo. Por eso dice san Juan que *vino a los suyos y los suyos no lo recibieron* (v. 11), con lo que se quedaron en tinieblas. Jesús se hizo luz para los pastores.

Los pastores recibieron las señas para encontrar al recién nacido en nuestra carne: *“encontrarán al niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre”* (*Lc* 2, 12). El Hijo de Dios está totalmente identificado con los pobres: nació pobre, en una familia pobre y en una situación de pobreza. No hay más señales para encontrarlo: ni camino ni lugar ni dirección. Así, hecho hombre y habitando empobrecido entre nosotros, hay que encontrarlo como los pastores.

El encuentro con Jesús hermana. Él es de nuestra misma carne, lleva nuestra misma vida, experimenta las mismas situaciones: es uno como nosotros, es Dios-con-nosotros. Los pastores lo buscaron y lograron encontrarse con Él. Lo vieron como igual, se sintieron iguales al Mesías y esto los transformó: *a todos los que lo recibieron les concedió llegar a ser hijos de Dios* (*Jn* 1, 12). ¡Qué privilegio para José y María, para los pastores, para los que lo han recibido siempre!

El ser hijos de Dios por recibir a la Palabra hecha carne, nos compromete a realizar lo mismo en nuestra vida. Jesús quiso quedarse en los pobres, los enfermos, encarcelados, hambrientos, sedientos, extranjeros, encarcelados. Ahí tenemos que buscarlo, encontrarlo y recibirlo, porque ahí está encarnado hoy. También debemos hacernos uno con los demás, encarnarnos en sus situaciones de sufrimiento, experimentarnos iguales porque tenemos la misma carne.

Jesús no solo se hizo carne, como una persona más entre nosotros, sino que también se hace Pan. De esta manera lo podemos comer. Él se deja encontrar en la pobreza de un pedazo de pan. Al comulgar se mete en nuestra vida, se disuelve dentro de nosotros, se hace nuevamente parte de nuestra carne. Nos fortalece para que nos mantengamos buscándolo, encontrándolo y atendiéndolo en los pobres, ya que de esa manera sigue habitando entre nosotros.

# Sagrada Familia de Jesús, María y José

## “Levántate, toma al niño y a su madre”

**Textos:** Eclo 3, 3-7. 14-17; Col 3, 12-21; Mt 2, 13-15. 19-23

*“Levántate, toma al niño y a su madre”* (*Mt* 2, 13). Estas fueron las palabras que José escuchó dos veces de parte del ángel del Señor: la primera para huir a Egipto y salvar la vida y la integridad del Niño, amenazado de muerte por el tirano Herodes; la segunda para regresar de Egipto a Israel y continuar con su vida familiar ordinaria. Las dos veces, José hizo lo que se le indicó de parte de Dios: *se levantó […] tomó al niño y a su madre y partió* *[…] y regresó* (vv. 14. 21).

Les sucedió lo mismo que a miles de familias de nuestras comunidades, que huyen de la violencia cada vez más ordinaria en nuestro país; que van del campo a la ciudad o de nuestro país a los Estados Unidos para buscar mejores condiciones de vida. Ante la pobreza y la violencia, que siguen creciendo sin control, las familias tienen que cuidar su integridad, su sobrevivencia, su crecimiento integral. Muchas se ven obligadas por la situación a emigrar y no debería ser así.

Para tomar estas decisiones se tiene que dialogar. José y María tuvieron que platicar antes de dar el paso y obedecer la voz de Dios. Las decisiones en las familias tienen que ser dialogadas entre los esposos y con los hijos, sobre todo cuando se trata de cuidar la integridad de sus miembros, de acompañar lo mejor posible el crecimiento integral de los hijos y de realizarse como personas y como cristianos. Jesús creció en este ambiente con sus papás.

Hoy que celebramos la fiesta de la Sagrada Familia, podemos profundizar en la vida de nuestras familias a la luz de los textos bíblicos que se acaban de proclamar. En ellos se nos muestra el ideal de relación a lo interno de cada familia. Entre esposos se espera que haya una relación de amor, como lo expresa san Pablo: *Mujeres, respeten la autoridad de sus maridos, como lo quiere el Señor. Maridos, amen a sus esposas y no sean rudos con ellas* (*Col* 3, 18-19).

En base a esa relación de amor se puede construir la relación entre padres e hijos. Si no existe la armonía entre los esposos, no se puede esperar que haya buenas relaciones mutuas entre los hijos y sus papás. El autor del libro del Eclesiástico pide a los hijos e hijas honrar, valorar, cuidar a sus papás. San Pablo dice: *Hijos, obedezcan en todo a sus padres, porque eso es agradable al Señor. Padres, no exijan demasiado a sus hijos, para que no se depriman* (vv. 20-21).

En la relación entre hermanos, que es la garantía de las relaciones entre los miembros de una comunidad, Pablo indica cómo debemos vivir: *sean compasivos, magnánimos, humildes, afables y pacientes. Sopórtense mutuamente y perdónense cuando tengan quejas contra otro […] tengan amor […]. Que en sus corazones reine la paz de Cristo […] sean agradecidos. […] Enséñense y aconséjense unos a otro lo mejor que sepan* (vv. 13-16). ¿Cómo andamos en esto?

Si Jesús vivió el amor, el servicio, el perdón, la compasión, la humildad, la paciencia… a lo largo de su vida, fue precisamente porque todo eso lo aprendió de José y María, en medio de la lucha por la sobrevivencia, tanto en Egipto como en Nazaret, donde hicieron su vida familiar. La responsabilidad de José al frente de su familia no consistió únicamente en levantarse, tomar al niño y a María y emprender el camino, tanto de huida a Egipto como de regreso a Nazaret.

José y María enseñaron a Jesús a caminar en la vida como persona de bien, como miembro activo del pueblo de Dios, como trabajador al servicio del Reino. Dios nos habla por medio de su Palabra, como le habló a José en aquel tiempo. Hay que hacerle caso. De esta Eucaristía los papás tienen que levantarse, tomar a sus hijos e hijas y emprender el camino tanto en el cuidado y defensa de la integridad de su familia como en la formación integral de sus hijos e hijas.

# Santa María, Madre de Dios

## Guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón

**Textos:** Num 6, 22-27; Gal 4, 4-7; Lc 2, 16-21

*“Guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón”* (*Lc* 2, 19). Varias veces san Lucas nos dice esto de María, lo que indica la actitud de la Virgen ante el misterio. Son palabras que manifiestan que María era una verdadera creyente. Hoy que comenzamos el año 2011, con la Eucaristía le agradecemos a Dios el testimonio de la Virgen María y su servicio como Madre de Dios. También oramos por la paz, dado que es la jornada mundial de oración por la paz.

María era una sabia. La persona sabia no sabe todo, pero está abierta a aprender, a descubrir el sentido de las cosas; se pregunta, medita, busca respuestas. Eso hacía precisamente la Virgen. Cuando llegaron los pastores *y encontraron a María, a José y al niño, recostado en el pesebre* *[…]* *contaron lo que se les había dicho del niño y* *cuantos los oían, quedaban maravillados* (vv. 17-18). María no decía nada, solamente guardaba y meditaba todo en su corazón.

La Virgen estaba presente ante el misterio de Dios. No lo entendía, no comprendía qué debía hacer, no sabía cómo le iba a ir, pero lo meditaba. Esta actitud muestra que tenía bien puesta su fe y su confianza en Dios, que le había pedido el servicio de ser la Madre del Mesías. Ella estaba totalmente abandonada al Señor. Así se ubica en la vida una persona que de verdad es creyente. Si no fuera creyente, tomaría la actitud soberbia de quien todo sabe y todo puede.

María no se encandila con su ser Madre del Hijo de Dios, no presume este privilegio que Dios le concedió, no menosprecia a las demás personas. Simplemente medita lo que vive, intenta descubrir la voz de Dios en su vida, busca aclarar lo que le va sucediendo en torno al recién nacido, quiere responder adecuadamente al Señor. Cuánto tenemos que aprender de la Virgen en nuestra vida, sobre todo si nos sabemos, sentimos y confesamos creyentes en Dios.

En ella se cumple muy bien la bendición, no como un deseo sino como una realidad, que Dios pedía darse entre los israelitas. A María el Señor la bendijo y la protegió, hizo resplandecer su rostro sobre ella y le concedió la paz. Aunque todo esto ella lo tuvo que meditar, entender, aceptar y manifestar con su vida. Pero en la Virgen también a nosotros nos bendice y nos protege, hace resplandecer su rostro sobre nosotros y nos concede la paz, pues nos dio a su Hijo.

Al darnos a su Hijo, que la Carta a los Gálatas resalta que fue *nacido de mujer* (4, 4), Dios nos bendijo pues, en Él y por Él, todos somos hermanos, lo podemos llamar Padre y participar de la herencia de su Hijo: la vida eterna. Esto lo tenemos que guardar y meditar en nuestro corazón, como hacía la Virgen todos los días. Tenemos que aclarar lo que significa ser hermanos y hermanas, cómo tenemos que construir la hermandad entre nosotros y cómo llegar a la paz.

En medio de nuestro mundo tan violento, de la situación de pobreza generalizada, de fracturas a lo interno de la vida de nuestras familias, estamos llamados a dar testimonio de creyentes. María nos enseña el camino: guardar y meditar estas cosas, de manera personal y comunitaria. Hay que buscar el modo de poner las bases para vivir en paz. El camino es el de la justicia, la hermandad, el perdón, la solidaridad. Pero debemos profundizarlo día a día en nuestro corazón.

Que nuestra participación en la Eucaristía de este primer día del año nos reanime en nuestra condición de creyentes, que nos mantenga abiertos al misterio, que nos impulse a trabajar por la paz, al igual que la Virgen María que meditaba las cosas diarias en su corazón. Que este año que comienza nosotros lo hagamos un año de esperanza para todos, especialmente para los pobres. Que el Cuerpo y la Sangre del Hijo de María nos fortalezca para vivir como hermanos.

# Epifanía del Señor

## “Vimos surgir su estrella y hemos venido a adorarlo”

**Textos:** Is 60, 1-6; Ef 3, 2-3. 5-6; Mt 2, 1-12

*“Vimos surgir su estrella y hemos venido a adorarlo”* (*Mt* 2, 2). Con estas palabras que los magos de Oriente dijeron en Jerusalén, al preguntar por el rey de los judíos recién nacido, aparece claro que el Reino de Dios está abierto a todos los pueblos de la tierra y que todos los pueblos de la tierra están abiertos al misterio del Reino. Los magos, al igual que María, lo reflexionamos ayer, eran personas abiertas al misterio y creyentes en Dios: vieron y siguieron su estrella.

El recién nacido se convierte en el centro de la búsqueda de todos los pueblos, como aparece en los textos bíblicos recién proclamados. Un niño pobre, indefenso, nacido en la periferia de Belén, envuelto en pañales, recostado en un pesebre, atrae a toda la humanidad, presente en los magos: *caminarán los pueblos a tu luz y los reyes, al resplandor de tu aurora* (*Is* 60, 3); *todos se reúnen y vienen a ti* (v. 4), expresa con gusto el profeta Isaías hablándole a Jerusalén.

El rey de los judíos, nacido en Belén, hace que hombres y mujeres sin distinción de raza, sexo, color, credo, ideología, tengamos acceso al proyecto liberador de Dios, que no es exclusivo ni para Israel, el antiguo pueblo de Dios, ni para la Iglesia, el nuevo pueblo de Dios. Como lo expresa Pablo: *por el Evangelio* –y el Evangelio es Jesús– *también los paganos son coherederos de la misma herencia, miembros del mismo cuerpo y partícipes de la misma promesa* (*Ef* 3, 6).

Los magos, abiertos al misterio que se les ha revelado en las estrellas, se dejan guiar hasta llegar al niño para adorarlo. Esto nos dice lo que tiene que ser toda nuestra vida: una permanente apertura al misterio de Dios, un continuo captar los signos de los tiempos, una incesante búsqueda de Jesús, para encontrarnos con Él. Así les sucedió a los magos, que no se dejaron encandilar por el poder de Herodes ni por los conocimientos de los sumos sacerdotes y escribas.

El encuentro con el niño, que estaba con María, su madre, transforma a los magos: no solo se alegran con la estrella que los conduce hacia Él ni con su presencia, sino que ponen toda su persona al servicio del Hijo de Dios. Eso significa el que lo hayan adorado y ofrecido sus regalos. También se dejaron transformar por el pequeño. Por eso ellos tomaron otro camino, distinto al que conducía al palacio de Herodes. Este era un camino de muerte, el otro un camino de vida.

El camino nuevo expresa el nuevo modo de vivir, que nosotros conocemos como la conversión. El encuentro con Jesús, para quien lo vive a plenitud, lleva a una nueva vida. Nadie puede encontrarse con el Señor y seguir igual. Tiene que haber un cambio. Y este se tiene que manifestar en actitudes concretas: amando, sirviendo, perdonando, siendo amigo, solidarizándose con el pobre. Este es el modo de participar de su herencia y de ser miembros del mismo cuerpo.

El encuentro con Jesús es para adorarlo, para poner toda nuestra persona a su servicio. Esta es la mejor ofrenda que le podemos presentar, como los magos. Pero, al igual que ellos, nos tenemos que dejar guiar por las personas, muchas veces miembros de nuestra familia y comunidad o compañeros de trabajo, que nos invitan a buscarlo, conocerlo, adorarlo y escucharlo. Si los magos no se hubieran dejado guiar, simplemente no lo hubieran encontrado ni adorado.

En la Eucaristía de este domingo tenemos la oportunidad de encontrarnos con Jesús no solo en el Evangelio sino especialmente en la Comunión sacramental. Tenemos que estar abiertos a su misterio para recibirlo, para dejar que entre nuevamente en nuestra vida y nos transforme. Él mismo se convierte en nuestra estrella: nos conduce al Padre y a los hermanos para servirlos. Encontrémonos con Él, adorémoslo, dejémonos transformar y emprendamos un camino nuevo.

# Bautismo del Señor

## “Es necesario que cumplamos todo lo que Dios quiere”

**Textos:** Is 42, 1-4. 6-7; Hch 10, 34-38; Mt 3, 13-17

*“Es necesario que […] cumplamos todo lo que Dios quiere”* (*Mt* 3, 15). Así le dijo Jesús a Juan el Bautista para convencerlo de que lo bautizara, tal como estaba haciendo con las personas que confesaban sus pecados y expresaban su compromiso de cambiar de vida para disponerse a recibir el Reino de Dios. Con esto Jesús se manifiesta como Hijo obediente a Dios desde el comienzo de su misión. La obediencia a Dios es algo que no nos tiene que faltar a los bautizados.

Jesús no tenía necesidad de recibir el bautismo de Juan, puesto que no era pecador. Pero quiso solidarizarse con el pueblo de Dios que, habiendo roto la alianza con Dios, se disponía a recibir al Mesías. La alianza se rompía por la desobediencia del pueblo que frecuentemente dejaba de vivir en la hermandad. De esta manera, al pedirle a Juan que lo bautizara, Jesús hizo suyas las esperanzas que su pueblo tenía de una vida mejor, que de seguro le traería el Mesías.

Juan reconocía que era él precisamente el que debía ser bautizado por Jesús y se resistía a bañarlo con el agua del río. Jesús le pidió que lo bautizara para cumplir lo que Dios quería. Se mostró obediente a su Padre y esto fue lo importante para Jesús. Dios aceptó la obediencia de su Hijo y lo reconoció como tal ante la multitud al decir: *“Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias”* (v. 17). Jesús no solo es su Hijo amado, sino que en Él se complace.

Son palabras semejantes a las dichas en relación a Israel: *“Miren a mi siervo, a quien sostengo, a mi elegido, en quien tengo mis complacencias”* (42, 1). Isaías no solo trasmite las palabras de Dios para su pueblo, sino que también presenta la misión de Israel que Jesús luego hizo suya: hacer brillar la justicia, establecer el derecho sobre la tierra, ser luz de las naciones, abrir los ojos de los ciegos, sacar a los cautivos de la prisión y del calabozo a los que viven en tinieblas.

Esta misión la realiza por la acción del Espíritu Santo, que descendió sobre Él después de ser bautizado. Jesús realiza su misión por la acción del Espíritu. Así lo reconoce Pedro en su discurso pronunciado en casa de Cornelio: *“Dios ungió con el poder del Espíritu Santo a Jesús de Nazaret, y […] éste pasó haciendo el bien, sanando a todos los oprimidos por el diablo”* (*Hch* 10, 38). De esta manera Jesús al servir, al hacer el bien, al curar, vivió como Hijo obediente de Dios.

Hacer el bien, sanando, liberando, anunciando y haciendo presente el Reino de Dios, es el modo como Jesús realiza el proyecto salvador de Dios. De este modo Jesús hace visible lo que dijo el Padre: que en Él tiene sus complacencias. En la vida y misión de Jesús, Dios se complace; por medio del servicio, Jesús vive su obediencia al Padre. Así tenemos que ser todos los bautizados, pues al recibir el Bautismo fuimos reconocidos por Dios como hijos suyos.

También recibimos el Espíritu Santo en el momento del baño bautismal. Es el mismo Espíritu que acompañó a Jesús y lo impulsó a realizar su misión de liberación. No es otro. Tendríamos que estar viviendo como hijos e hijas en los que Dios tiene sus complacencias, tendríamos que estar sirviendo a los demás como Jesús, tendríamos que estar haciendo el bien. A esto estamos llamados y comprometidos por el Bautismo. Como Jesús tenemos que hacer lo que Dios quiere.

La participación en la Eucaristía de este domingo, en que celebramos la fiesta del Bautismo del Señor, nos impulsa a repensar nuestra condición de hijos e hijas de Dios. ¿Estará Él complacido con lo que hacemos? ¿Nuestra vida estará siendo una expresión de obediencia al Padre? Alimentados con el Cuerpo y la Sangre de Cristo y dejándonos guiar por el Espíritu Santo, volvamos a nuestra comunidad a anunciar y hacer presente el Reino de Dios a través del servicio.

# 2º Domingo ordinario

## “Doy testimonio de que éste es el Hijo de Dios”

**Textos:** Is 49, 3. 5-6; 1 Cor 1, 1-3; Jn 1, 29-34

*“Doy testimonio de que éste es el Hijo de Dios”* (*Jn* 1, 34). Con estas palabras termina Juan el Bautista la presentación de Jesús ante su pueblo. Ya le había preparado el camino a Jesús, ahora lo presenta como el importante, como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, como el que va a bautizar con el Espíritu Santo, como el Hijo de Dios. Esto que hace Juan –dar testimonio de Jesús– es lo que tenemos que hacer quienes estamos bautizados.

Dar testimonio supone conocer. Nadie puede ser testigo de alguien que no conoce. Es indispensable conocerlo. Y no es un conocimiento de oídas, sino el resultado de una experiencia de encuentro, de algo vivido. Si Juan da testimonio de Jesús es porque lo ha conocido, porque se ha encontrado con Él, porque lo ha visto y escuchado. En el texto del Evangelio, Juan se presenta como testigo de que el Espíritu Santo descendió sobre Jesús. Esto lo sostiene porque lo vive.

Al presentar a Jesús como Cordero, el Bautista está expresando que viene a servir, a dar vida, a liberar, a sellar una nueva alianza. La noche en que el pueblo de Israel salió de la esclavitud en Egipto, en cada familia se sacrificó un cordero y con su sangre se roció la puerta de la casa. De esta manera la carne sirvió para alimentar al pueblo que emprendía el camino hacia la libertad, y la sangre sirvió de señal para que ahí no llegara la muerte sobre el primogénito.

Con la presentación que hace Juan de Cristo como el Cordero de Dios, está anunciando su muerte. Al igual que el cordero pascual, Jesús va a ser sacrificado. Así se convertirá en el siervo de Dios. Su servicio, que consistirá en ser luz de las naciones, hará posible que la salvación llegue hasta los últimos rincones de la tierra, como expresa Isaías (cf. 49, 6). La muerte de Jesús servirá para liberar a todos los pueblos del mal y su sangre servirá para salvarlos de la muerte.

Esta tarea Jesús la realizará con la fuerza del Espíritu Santo. Para eso fue ungido. Y Juan da testimonio de que el Espíritu descendió sobre Jesús y, además, lo señala como el que bautizará en el mismo Espíritu. Nosotros lo recibimos en el Bautismo y se confirmó su presencia y su acción en nuestra vida cuando fuimos confirmados. Con esto quedamos unidos plenamente a Jesús para vivir como Él y realizar la misma misión, para ser testigos suyos sirviendo y dando vida.

Nosotros tenemos que preguntarnos si somos testigos de Jesús como Juan. ¿Lo presentamos a los demás, hablamos de Él como el importante y nosotros nos mostramos a su servicio? ¿Qué decimos de Jesús a los demás? Para ser testigos de Jesús es necesario conocerlo: ¿Lo conocemos? ¿Qué tanto? Tengamos en cuenta que conocerlo no equivale a saber cosas sobre Él, sino a tener la experiencia de encuentro: ¿Qué tanto nos encontramos con Él? ¿Esto es permanente?

El encuentro con Jesús lo podemos vivir de varias maneras: en el Evangelio, en la oración; en los sacramentos, especialmente la reconciliación y la Eucaristía; en la comunidad reunida en su nombre, en los pobres. Si logramos encontrarnos con Jesús –ojalá fuera en todos estos modos y de manera permanente– entonces estaremos en el camino de convertirnos en testigos suyos. Son modos de tener la experiencia de Jesús que suponen la fe. Es necesario creer que ahí está.

Al celebrar la Eucaristía, hoy tenemos la oportunidad de encontrarnos con Jesús, de alimentarnos de Él, de renovar en nosotros la presencia de su Espíritu. Este encuentro nos impulsa a ser sus testigos en nuestro mundo sumido en la violencia y la injusticia. Que salgamos de aquí, fortalecidos con su Cuerpo y Sangre, con el compromiso de decir como el Bautista: “yo me encontré con Jesús, yo lo escuché, yo lo comí, y doy testimonio de que Él es el Hijo de Dios”.

# 3er Domingo ordinario

## El pueblo que yacía en tinieblas vio una gran luz

**Textos:** Is 8, 23-9, 3; 1 Cor 1, 10-13. 17; Mt 4, 12-23

*El pueblo que yacía en tinieblas vio una gran luz* (*Mt* 4, 16). Con estas palabras tomadas del profeta Isaías, y además proclamadas en la primera lectura de hoy, el evangelista san Mateo explica lo que significó la acción de Jesús en Galilea y sus alrededores: se convirtió en luz para todos los pueblos de la tierra. Quien es iluminado por Jesús, como Él tiene que convertirse en luz para los demás, por lo que cada bautizado tiene la obligación de iluminar la vida del mundo.

Jesús inició y realizó su misión en Galilea, que era considerada tierra de paganos, lo que quiere decir que no vino solo para los judíos sino para toda la humanidad. La Iglesia tiene que continuar la misión de Jesús y realizarla de la misma manera. También en un monte de Galilea, ya para ascender al Padre, Jesús nos envió con estas palabras: *“Vayan […] y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos”* (28, 19). Este mandato exige que nos identifiquemos con Jesús.

Para ser luz como Jesús tenemos que mantenernos en el proceso de conversión, en la experiencia del seguimiento y en el cumplimiento de la misión. Cristo comenzó su misión invitando a la conversión: *“Conviértanse, porque ya está cerca el Reino de los cielos”* (4, 17). El Reino llega con Jesús. Luego invitó a algunos a seguirlo, en concreto a Simón, Andrés, Santiago y Juan, quienes fueron aprendiendo a trabajar por el Reino. En ellos tenemos que vernos nosotros.

Nadie puede ser luz para los demás, ni los papás para los hijos, ni los adultos para los jóvenes, ni los bautizados para los creyentes de otras religiones, si no está haciendo el esfuerzo de convertirse, de hacer una vida hermanable. Es fundamental primero dejarnos iluminar por Jesús. Y para recibirlo es necesaria la conversión: del mal al bien, de la injusticia y desigualdad a la justicia y la igualdad, de la intolerancia a la tolerancia, del rencor y venganza al perdón…

Si queremos iluminar el mundo es necesario seguir con fidelidad a Jesús. Él nos llamó como a sus primeros discípulos a seguirlo. Ellos respondieron con prontitud, *inmediatamente* como dice el evangelista, *y lo siguieron* (vv. 20. 22). Seguirlo no fue para ellos, ni tiene que ser para nosotros, solamente acompañarlo, verlo y escucharlo. Seguirlo significa asumir su mismo estilo de vida, su proyecto, sus opciones, sus dificultades, sus esperanzas, y su destino, es decir, la cruz.

Asumiendo el estilo de vida de Jesús y practicándolo –y esto se tiene que aprender desde pequeños en la familia–, cumpliremos la misión que Él vivió y nos encomendó, y seremos luz para nuestro mundo, que vive en la oscuridad del sufrimiento causado por la violencia, la inseguridad, el odio. Eso hizo Jesús al ir *proclamando la buena nueva del Reino de Dios y curando a la gente de toda enfermedad y dolencia* (v. 23), como dice san Mateo. Así, sirviendo, fue luz.

Eso que realizó Jesús lo tenemos que vivir nosotros, personalmente y como Iglesia. Por eso se nos entregó una vela encendida el día de nuestro Bautismo. Es nuestra responsabilidad proclamar la buena nueva del Reino a los pobres, los enfermos, los encarcelados, los drogadictos, las víctimas de la violencia, a todas las personas que sufren. Es nuestra responsabilidad atender y consolar a los que sufren y trabajar por construir situaciones de hermandad y justicia.

En la Eucaristía de este domingo tenemos la oportunidad de renovar nuestra vida para mantenernos unidos a Jesús e iluminar nuestro ambiente. Que la participación en la celebración dominical nos impulse a vivir con fidelidad el seguimiento a Jesús, la luz del mundo. Que los creyentes en Jesús nos unamos y no sigamos divididos entre nosotros como pide Pablo, de manera que seamos luz para nuestro pueblo que yace en las tinieblas de la angustia y el sufrimiento.

# 4º Domingo ordinario

## “Dichosos los pobres de espíritu”

**Textos:** Sof 2, 3; 3, 12-13; 1 Cor 1, 26-31; Mt 5, 1-12

*“Dichosos los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos”* (*Mt* 5, 3). Así comienza Jesús el Sermón de la Montaña. Esta bienaventuranza es la síntesis de las otras siete y del proyecto de vida de los discípulos y discípulas de Jesús. Todos y todas hemos recibido el llamado a tener espíritu de pobres y nuestra vida tiene que ser un esfuerzo permanente por vivir así. Y hay una garantía: quien tiene espíritu de pobre tiene abierta la puerta de entrada al Reino.

La pobreza de espíritu consiste en vivir en apertura total a Dios. Solamente eso. El discípulo no debe tener otra aspiración que la de experimentar la asistencia de Dios en sus esfuerzos por vivir en la hermandad, por no estar apegado a los bienes materiales, por solidarizarse con el pobre, por ser misericordioso, por construir la paz a través de la justicia. Así vivió el Obispo Don Samuel Ruiz y muchos otros que ya se fueron al encuentro definitivo con el Señor.

Tenemos que aprender de las personas que tratan de ser fieles al Evangelio, como Don Samuel. Él, a lo largo de su vida, asumió y vivió la invitación de Sofonías: *Busquen al Señor, ustedes los humildes de la tierra, los que cumplen los mandamientos de Dios. Busquen la justicia, busquen la humildad* (2, 3). Él vivió según el espíritu de las Bienaventuranzas:

“El comienzo del Sermón de la Montaña que nos muestra el evangelio de Mateo con el discurso de las bienaventuranzas, nos demuestra la calidad del hombre que fue el *jTatic* Samuel, ya que encarnó en toda su integridad la palabra de Jesús. Hoy, con toda verdad, podemos llamar al *jTatic*, bienaventurado. Por su identificación con los pobres y afligidos, por su perseverancia para vencer el mal a fuerza de bien, por las lágrimas que le vimos derramar al lado de los humillados víctimas de la crueldad humana a los que él les enseñó a trabajar por la justicia, liberándose de cualquier sentimiento de rencor y de cualquier movimiento de venganza, confiando en que el Señor, es la recompensa de los justos.

“Él es un ejemplo de los hambrientos y sedientos de justicia; con todas sus fuerzas trabajó por desterrar la injusticia y suplantarla por la justicia. Con todas sus fuerzas mantuvo por encima de todo su lucha por el respeto a los derechos humanos y a la dignidad de todos y todas. No había sufrimiento que no tocara su corazón. Siempre ante quienes lo calumniaron, lo trataron de detener por los medios más ruines en este trabajo por el bien de la comunidad humana, don Samuel actuó siempre con misericordia ante ellos, esperando con paciencia que un día entendieran cuál sería el fin desastroso de sus vidas si seguían adheridos al mal, a sus ambiciones y a su egoísmo.

“Don Samuel tuvo ojos para ver la imagen de Dios en cada uno de sus hermanos y hermanas porque tenía el corazón limpio. Y con toda verdad vemos que hasta el final de su vida se conservó como un auténtico hijo de Dios por su trabajo por la paz, que nace de la justicia y del amor.

“Dichoso tú, *jTatic* Samuel, perseguido por la causa de la justicia, porque tuyo es hoy en plenitud el Reino de los Cielos. Dichoso tú, *jTatic* Samuel, que fuiste objeto de injurias y calumnias; de innumerables persecuciones, de vituperios, de insultos por la causa de Jesús, que es la plenitud de la vida de los pobres, la plenitud de la vida para todos los seres humanos en esta tierra. Alégrate ahora y salta de contento ante Dios porque esto lo sufriste por ser profeta fiel de Jesús. Dichoso tú, *jTatic* Samuel, que hoy disfrutas de la recompensa de los justos” (Raúl Vera).

# 5º Domingo ordinario

## “Ustedes son la luz del mundo”

**Textos:** Is 58, 7-10; 1 Cor 2, 1-5; Mt 5, 13-16

*“Ustedes son la luz del mundo”* (*Mt* 5, 14). Con estas palabras Jesús indica a sus discípulos en qué consiste su vida y su misión. Son palabras que nosotros tenemos que llevar en lo más profundo de nuestro corazón, puesto que en el Bautismo fuimos iluminados por Cristo y se nos pidió vivir siempre como hijos e hijas de la luz. De aquí la otra petición de Jesús: *“Que […] brille la luz de ustedes ante los hombres”* (v. 16). El discípulo, al igual que el Maestro, tiene que ser luz.

El pasado día dos, en la fiesta de la Presentación del Señor, resaltamos esta dimensión de Jesús. Llevamos nuestras velas encendidas en procesión y escuchamos en el Evangelio que Simeón reconoció y presentó al Niño como luz de las naciones. Jesús desea que sus discípulos y discípulas nos unamos a esta misión. Por eso nos dice que somos la luz del mundo. Nuestra vida entonces debe ser clara; nuestra misión consiste en iluminar *“a todos los de la casa”* (v. 15).

Los de la casa son la propia familia, los vecinos, los compañeros de trabajo o de escuela, las personas de la comunidad. Para todos ellos nos tenemos que convertir en luz, y no una luz metida debajo de una olla sino puesta en lo alto. Es decir, no nos tenemos que esconder ni nos tiene que dar vergüenza vivir cristianamente. Estando en lo alto, o sea, dando buen testimonio, nuestra vida puede iluminar, puesto que las demás personas verían cómo vive un bautizado.

Esto de ser luz es una tarea grande, porque no es solamente decir sino que hay que manifestarlo con hechos concretos. El profeta Isaías señala signos que revelan al modelo de israelita que con su modo de vivir se convierte en luz: *“Comparte tu pan con el hambriento, abre tu casa al pobre sin techo, viste al desnudo, y no des la espalda a tu propio hermano. Entonces surgirá tu luz como la aurora”* (58, 7-8). Quien ve por el pobre, quien es hermano, se convierte en luz.

También quien deja de hacer el mal se convierte en luz, como lo escuchamos en la primera lectura: *“Cuando renuncies a oprimir a los demás y destierres de ti el gesto amenazador y la palabra ofensiva; cuando compartas tu pan con el hambriento y sacies la necesidad del humillado, brillará tu luz en las tinieblas”* (vv. 9-10). Cuántos bautizados se la pasan a diario aprovechándose del hermano o dañando a los demás. La invitación del Señor es volver a la luz.

Hoy domingo la Palabra de Dios nos da la oportunidad de repensar nuestra vida. ¿No andaremos en las tinieblas? ¿No seremos velas escondidas debajo de una olla? ¿No estaremos como la sal que ha perdido su sabor? Si los demás ven cómo estamos viviendo, ¿iluminarán su caminar? Es más: ¿nuestra manera de vivir estará provocando que los demás le den gloria al Padre? ¿Somos vela encendida para nuestra familia, nuestro barrio o los compañeros de trabajo?

Los hijos están volteando a ver a sus papás y escuchan a diario lo que dicen. Los hijos tienen derecho –y es una obligación asumida cuando los llevaron a bautizar– a orientar su vida por el testimonio de los papás. Los que se han ido alejando de la vida de la Iglesia desean que los que nos reconocemos practicantes sepamos ser hermanos. Los no cristianos esperan de los bautizados un buen testimonio personal y comunitario de vida. Nuestra misión es ser luz del mundo.

En esta Eucaristía nos encontraremos sacramentalmente con Jesús, la luz del mundo; renovemos pues el compromiso de ser luz en nuestra casa, en nuestra comunidad, en nuestro lugar de trabajo, en medio de la sociedad. Que nuestra vida se convierta en solidaridad con los pobres, en encuentro con los hermanos, en amistad con todos, de manera que se haga realidad la petición de Jesús: *“Que […] brille la luz de ustedes ante los hombres”* (*Mt* 5, 16).

# 6º Domingo ordinario

## “Si su justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos”

**Textos:** Eclo 15, 16-21; 1 Cor 2, 6-10; Mt 5, 17-37

*“Si su justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, ciertamente no entrarán ustedes al Reino de los cielos”* (*Mt* 5, 20). Esta petición de Jesús a sus discípulos nos orienta en relación a nuestra vida: no nos tenemos que consolar, como muchas personas expresan, con no matar, no robar, no meterse con nadie, creyendo que no se está en pecado. Así vivían los fariseos y escribas y se proclamaban buenos y justos, pero estaban lejos de la vida del Reino de Dios.

Jesús pide más de parte de sus discípulos: vivir en el amor y eso enseñar a los demás. He aquí el gran reto: amar. Nos toca hacerlo precisamente en medio de un ambiente en el que matar, cometer adulterio, divorciarse, jurar, vengarse, se está convirtiendo en lo más ordinario, al grado a ya a nadie le preocupa. Se trata de situaciones que los judíos tenían legisladas tanto en el mandato de no realizarlas como en el castigo que se le aplicaría a quienes cayeran en ellas.

Pero para Jesús no basta con lo mínimo, es decir, con no matar físicamente, no caer en el adulterio, no divorciarse, no jurar en falso. Según el modo de pensar y de vivir de Jesús hay que hacer más, porque aunque no se mate, no se adultere o divorcie, no se jure, hay situaciones que rompen la relación entre hermanos y son igualmente de graves. La gravedad está en el rompimiento de las relaciones de hermandad, sea del modo que sea.

Por eso Jesús nos pide una justicia mayor que la de los escribas y fariseos. Lo explica retomando y dándole una dimensión nueva a los mandamientos antiguos. Esto nos puede servir para revisarnos. El discípulo no debe enojarse con nadie, no debe insultar a nadie, no debe despreciar a nadie, no debe mirar con malos deseos a otra persona, no debe jurar de ningún modo. ¿Estamos enojados con alguien? ¿Hemos ofendido, despreciado o deseado a otra persona?

Si nuestra relación está rota con algún hermano o hermana, si existen personas a las que ofendimos, maltratamos, despreciamos, o les hemos negado la palabra o volteado la cara, aunque no les hayamos quitado la vida, eso quiere decir que estamos en pecado. Y para Jesús esto tiene la misma pena que haberlos matado. De aquí que nos indique un camino para estar en comunión con Dios y con los demás: la reconciliación, el perdón, la vuelta a la hermandad.

Jesús da su indicación así: *“si cuando vas a poner tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja tu ofrenda junto al altar y ve primero a reconciliarte con tu hermano, y vuelve luego a presentar tu ofrenda”* (vv. 23-24). La ofrenda pierde todo su valor si hay alguien ofendido, abusado, maltratado, abandonado, despreciado, del parte del discípulo de Jesús. Al que ofende al hermano le toca ir a reconciliarse.

Si no busca la reconciliación, el discípulo puede llevar la ofrenda al templo pero no ofrecerá el culto a Dios. No tenemos que contentarnos entonces con no matar, no robar, no meterse con nadie, para decir que estamos viviendo bien. No podemos celebrar la Eucaristía, el sacrificio por excelencia de la Iglesia, si un hermano o hermana se queja de que le hicimos algún mal. No seremos discípulos de Jesús mientras estemos rotos en nuestra relación con otra persona.

La sabiduría divina de que nos habla Pablo es el mismo Jesús. Pidámosle a Dios que lo escuchemos y nos orientemos por su enseñanza para que nuestra justicia sea mayor que la de los escribas y fariseos. Dejemos que su Palabra penetre en nuestro corazón para que vivamos en el amor a los hermanos, de manera que nadie se queje de nosotros. Alimentémonos del Cuerpo y la Sangre del Señor resucitado para mantenernos viviendo en la hermandad con todos y todas.

# 7º Domingo ordinario

## “Amen a sus enemigos”

**Textos:** Lev 19, 1-2. 17-18; 1 Cor 3, 16-23; Mt 5, 38-48

*“Amen a sus enemigos, hagan el bien a los que los odian y rueguen por los que los persiguen y calumnian”* (*Mt* 5, 44). Estos mandatos de Jesús están orientados a que sus discípulos y discípulas vivamos como hijos e hijas de Dios. Quiere decir que no basta con tener el Bautismo y los demás sacramentos para ser hijos e hijas de Dios. Es necesario asumir y cultivar un estilo de vida en el que se viva al máximo el mandamiento del amor: al grado de amar a los enemigos.

Estamos viviendo, y así hemos caminado durante muchísimos años, bajo la ley antigua del talión: *“Ojo por ojo, diente por diente”* (v. 38). Lo descubrimos en las telenovelas, en los noticieros, en la vida ordinaria. A diario se escucha: “Me la haces, me la pagas”, “Te lo tenías merecido”, “Para que se te quite”, “El que ríe al último, ríe mejor”, “Ahora sí vas a saber quién soy yo”, y tantas otras expresiones que acompañan actos de venganza o de desquite.

En nuestro país no ha disminuido la violencia, ni a lo interno de las familias ni en los pueblos. En los noticieros diariamente se informa de personas ejecutadas. ¡Qué triste es el dato! Y más porque esto se está convirtiendo en algo ordinario y ya no nos cuestiona. ¡Cuántas venganzas! ¡Cuántos signos de abandono del amor! Gran parte de las personas que realizan estos y otros delitos, están bautizadas y se confiesan creyentes en Jesús. Es el ojo por ojo y diente por diente.

Jesús nos pide que nuestro modo de vivir supere a la justicia marcada por la ley antigua. La ley antigua, lo escuchamos en la primera lectura, mandaba: *“No odies a tu hermano ni en lo secreto de tu corazón. […] No te vengues ni guardes rencor a los hijos de tu pueblo. Ama a tu prójimo como a ti mismo”* (*Lv* 19, 17-18). Era el amor al hermano, al del mismo pueblo; y la medida del amor era el mismo israelita. Y la ley antigua también permitía odiar al enemigo.

Ante el ojo por ojo y diente por diente, frente al mandamiento de amar al prójimo y odiar al enemigo, Jesús hace su propuesta. El discípulo debe poner la mejilla izquierda a quien lo golpea en la derecha, cederle el manto al que le quite la túnica, caminar dos mil pasos con el que lo obliga a caminar mil, no volver la espalda a quien le pide prestado, amar al enemigo, hacer el bien a quien lo odia, orar por quienes lo persiguen y calumnian. Un estilo nuevo de vivir.

Este es precisamente nuestro compromiso: como discípulos y discípulas amar a los enemigos, hacer el bien a los que nos oprimen, devolver bien por mal. La razón está en que Dios así actúa. De esta manera aparecerá con toda claridad quién es y quién no hijo o hija de Dios, porque mostrará con sus hechos que se parece al Padre, que hace el bien por parejo: ama a todos y por ese amor regala el sol a buenos y malos y deja caer la lluvia sobre los justos y los injustos.

El ideal del discípulo es Dios. *“Sean santos, porque yo, el Señor, soy santo”* (v. 2), le decía Dios a Moisés; *“Sean perfectos, como su Padre celestial es perfecto”* (*Mt* 5, 48), dice Jesús a sus discípulos. La santidad, la perfección de Dios está en amar a todos y ver por el bien de todos, especialmente de quienes lo rechazan, de quienes hablan mal de Él. Así vivió Jesús, su Hijo. Lo expresó claramente al pedir a su Padre que perdonara a aquellos que lo estaban crucificando.

Que la Palabra de Dios de este domingo nos sacuda en lo más profundo de nuestro corazón. Eliminemos de nuestra vida todo resentimiento, todo deseo de venganza, todo signo de desquite. Que nos convirtamos en discípulos de Jesús que amamos no solo ni tanto a quienes nos ven bien, sino a quienes nos han hecho algún daño, han hablado mal de nosotros o nos han herido. Así seremos realmente hijos e hijas de Dios, así nos manifestaremos como discípulos de Jesús.

# 8º Domingo ordinario

## “No pueden ustedes servir a Dios y al dinero”

**Textos:** Is 49, 14-15; 1 Cor 4, 1-5; Mt 6, 24-34

*“No pueden ustedes servir a Dios y al dinero”* (*Mt* 6, 24). Esta frase de Jesús es demoledora para quien la escuche, pues siempre estaremos en la tentación de la idolatría, o sea, de hacer a un lado a Dios, Padre providente y misericordioso, y poner en su lugar al dinero. Esta es la tentación mayor de los humanos y de los discípulos y discípulas de Jesús. Por eso Jesús nos aclara que si queremos seguirlo con fidelidad, tenemos que amar solamente a Dios. Solo a Él.

Esta exigencia de Jesús está, o debe estar, en la base del proyecto de vida de sus discípulos. Jesús sabe lo que significa en la experiencia humana la tentación del dinero. El dinero da poder y eso es peligroso, porque quien lo tiene pasa por encima de los demás. El dinero atrae y eso es un riesgo, porque se diseña la vida en torno a él y el modo de obtenerlo. El dinero encandila y se convierte en dios, al grado de entregarle la propia persona y sacrificar a los pobres.

Por eso es que, a la luz del evangelio de hoy, podemos revisar nuestro proyecto de vida y nuestra manera de vivir. ¿Qué buscamos en la vida? ¿Qué queremos alcanzar? ¿En qué ponemos nuestra seguridad? Si es en el dinero y los bienes materiales, vamos por el camino equivocado. No podemos poner nuestra seguridad en el dinero porque se convierte en amo al que hay que servir. Y si lo tenemos como amo, vamos a hacer lo que nos pida con tal de tenerlo.

Ya sabemos lo que pasa cuando alguien hace su vida en torno al dinero. No solo se hace ambicioso al dinero, como se dice, sino que lo busca a como dé lugar: se aprovecha del más débil, abusa en su trabajo, roba, hace tranzas, acapara, se apropia lo que es de la familia, a veces hasta mata. Sucede precisamente lo que dice Jesús: se pone a servirle al dinero, le rinde culto, puesto que lo convirtió en su amo y su dios. Y al vivir así, no le hace caso a Dios.

Los discípulos tenemos que hacer nuestra vida con coherencia, es decir, sirviendo solamente a Dios, como lo hizo Jesús. Y la muestra de servicio a Dios es buscar lo que Él nos ofrece. Dios nos ofrece su Reino. Por eso Jesús nos pide que a eso dediquemos nuestra vida: *“busquen primero el Reino de Dios y su justicia”* (v. 33.). Lo primero, y lo único, que tenemos que buscar es el Reino para entrar en él. El Reino de Dios es la justicia, el amor, la misericordia, el perdón.

Buscando el Reino, todo lo demás viene por añadidura. Así lo prometió Jesús. El hecho de buscar el Reino es signo de confianza en la Providencia de Dios que, como mamá, no se olvida de ninguno de sus hijos, ni deja de alimentarlos ni de vestirlos. Jesús nos orienta en relación a esto, al decirnos: *“No se inquieten […] pensando: ¿Qué comeremos o qué beberemos o con qué nos vestiremos? Los que no conocen a Dios se desviven por estas cosas”* (v. 32).

Al celebrar la Eucaristía, en el encuentro con Cristo resucitado, renovamos nuestra fe en Dios. Le diremos que creemos en Él. Al recitar el Credo expresaremos que lo tenemos como único Dios y que solo a Él le rendiremos culto. Hay que profesar nuestra fe con la conciencia de que el culto a Dios se celebra en la vida diaria al cumplir sus mandatos, al vivir como hermanos, al compartir lo que tenemos, al ver por el pobre, al luchar por la justicia, al construir la paz.

Que la participación en esta Eucaristía dominical nos impulse a ser discípulos y discípulas de Jesús, que se abandonan totalmente a la Providencia de Dios, trabajando por el Reino. Que al comulgar reafirmemos nuestro proyecto de servirle solo a Él. Que asumamos el compromiso de no hacer del dinero un dios y, por lo mismo, de no ponernos a su servicio. Como dice Pablo: *que todos nos consideren como servidores de Cristo* (*1 Cor* 4, 1) porque servimos solamente a Dios.

# 9º Domingo ordinario

## “El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica”

**Textos:** Dt 11, 18. 26-28. 32; Rm 3, 21-25. 28; Mt 7, 21-27

*“El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica […]. El que escucha estas palabras mías y no las pone en práctica”* (*Mt* 7, 24. 26). Según lo que oímos de Jesús en el texto del Evangelio, nuestra entrada o nuestra ausencia en el Reino depende de poner o no en práctica sus palabras. Se trata de ponerlas en práctica y no de quedarse indiferentes o repetirlas. Por eso dice: *“No todo el que me diga: ‘¡Señor, Señor!’, entrará en el Reino de los cielos”* (v. 21).

La Palabra de Dios, las enseñanzas de Jesús, son para traducirse a las obras. Eso espera Dios de su pueblo y Jesús de sus discípulos. Dice Dios a Israel por medio de Moisés –lo escuchamos en la primera lectura–: *“Esfuércense en cumplir todos los mandamientos y decretos que […] promulgo ante ustedes”* (*Dt* 11, 32). Y también le aclara a su pueblo que si obedecen sus mandamientos tendrán la bendición; y si no, irán con la maldición por buscarse otros dioses.

Jesús deja claro que quienes cumplan la voluntad de su Padre entrarán en el Reino. Su Padre es el mismo que le habló a Moisés. El Padre nos habla por medio de Jesús. Por tanto, nuestra responsabilidad como discípulos, como miembros de la Iglesia, es escuchar sus enseñanzas y llevarlas a la vida. Esto es lo que único que asegurará nuestra participación en la vida del Reino. Y esto ya desde aquí. No hay que esperar la entrada al Reino hasta después de la muerte.

Quiere decir que la entrada en el Reino no depende solo de la oración o las celebraciones. Si a eso nos atenemos, fácilmente nos dirá: *“Nunca los he conocido. Aléjense de mí, ustedes, los que han hecho el mal”* (*Mt* 7, 23). No poner en práctica las palabras de Jesús equivale a hacer el mal. Es construir la vida sobre arena. Y eso impide la entrada en el Reino. Por eso nos dice de la necesidad de practicar sus enseñanzas. La fe se demuestra con obras. Así es como la fe salva.

El reto para nosotros es hacerle caso a las palabras de Jesús en medio de muchas otras palabras. Hay palabras que no nos abren el camino al Reino, sino que nos lo cierran, y fácilmente las escuchamos y las ponemos en práctica: los horóscopos y adivinos, los miles de comerciales de los medios masivos de comunicación; invitaciones a hacer tranzas, con la consigna de que “queda entre nosotros”, “no se va a notar”; recomendaciones como “desquítate, ¿qué tiene?”…

¿Cuáles son estas palabras a que se refiere Jesús? Muchas de ellas las hemos escuchado en los domingos anteriores: ser pobres de espíritu, misericordiosos, limpios de corazón, amantes de la justicia y la paz; ser sal y luz en medio del mundo, respetar a la mujer, perdonar a los enemigos, hacer el bien a los que nos dañan y orar por ellos, poner la mejilla izquierda a quien nos golpea en la derecha, confiar en Dios. Todo esto equivale a construir la vida sobre roca.

Teniendo en cuenta que estamos por comenzar la cuaresma y que la cuaresma es un tiempo de conversión para prepararnos a la Pascua, entremos en nosotros mismos. Revisémonos para descubrir lo que estamos dejando de hacer para poner en práctica las palabras de Jesús, que continuamente escuchamos. Tomemos conciencia sobre el modo como estamos construyendo la vida, si es sobre arena o sobre roca; o si solamente nos preocupa llamar Señor a Dios y ya.

Al recitar el Credo enseguida, confesaremos: “creo en Jesucristo, el Hijo único de Dios”. Expresemos nuestra fe, conscientes de que creer en Él exige asumir todas sus enseñanzas y traducirlas a la práctica. Participemos de la Comunión sacramental, sabiendo que comulgar nos compromete a realizar lo que Jesús nos enseña, sin ponerle condiciones. Vivamos esta Eucaristía conscientes de que hay que poner en práctica las palabras de Jesús para entrar en el Reino.

# 1er Domingo de Cuaresma

## “Si tú eres el Hijo de Dios”

**Textos:** Gn 2, 7-9; 3, 1-7; Rm 5, 12-19; Mt 4, 1-11

*“Si tú eres el Hijo de Dios, manda”* (*Mt* 4, 3). Estas palabras con que Jesús fue probado por primera vez, según la narración de san Mateo que acabamos de escuchar, resumen la tentación fundamental de la humanidad: ser como Dios (cf. *Gn* 3, 5). El demonio, personificado en una serpiente, les dijo a Adán y Eva que Dios les había prohibido comer de aquel árbol precisamente porque iban a ser como Él. Esta es la atracción que deslumbra: estar al mismo nivel que Dios.

Ya sabemos lo que significa ser como Dios: conocer todo, poder todo, ser objeto de alabanza. Eso se les propuso a nuestros primeros padres. Ese fue precisamente el fruto apetecible para ellos: tener a la mano el poder, el saber, el honor, la gloria. Con eso podrían ser dueños de todo, dominar todo, hacer y deshacer, recibir alabanzas. A Jesús se le propuso exactamente lo mismo, aunque con otras palabras: aprovechar su condición de Hijo de Dios para su beneficio.

Jesús tenía la posibilidad de dominar todo, de hacer todo, de ser famoso, de tener a todo el mundo –incluso a los ángeles– a su servicio. Al fin y al cabo era Hijo de Dios. Por allí iba la propuesta del diablo. Siendo Dios podía actuar incluso en contra de la naturaleza convirtiendo unas piedras en pan; siendo Dios podía mostrar que tenía a los ángeles a su servicio; siendo Dios podía acaparar todos los bienes de la tierra. Con esto, ¿quién podría ser más poderoso que Él?

Esa sigue siendo la tentación mayor en la vida de la humanidad: tener. Quien tiene dinero tiene poder. La persona o familia o grupo que tiene poder hace y deshace, pasa por encima de los demás, hace negocios y tranzas para tener más, destruye la creación, quiere tener a todo el mundo a su servicio, busca recibir alabanzas; es decir, quien tiene poder se ubica al nivel de un dios. Y ya sabemos que el poder, el honor y la gloria solamente le pertenecen a Dios.

Adán y Eva cayeron en la tentación, Jesús no. Quisieron ser como Dios y quedaron desnudos, acarrearon el pecado, el dolor y la muerte para la humanidad. Jesús no se aprovechó de su ser Hijo de Dios, sino que se puso al servicio de Dios y al servicio de la humanidad para ofrecernos el perdón, la gracia y la vida. El texto de la Carta a los Romanos nos ofrece una reflexión muy bonita en relación a este servicio redentor de Jesús que fue posible gracias a su muerte.

El punto está en que Jesús no brincó a Dios ni quiso estar a su nivel, sino que se ubicó en su condición de Hijo. Un Hijo fiel, obediente, dedicado a escucharlo, servirlo y adorarlo; un Hijo que no quiso tentar a su Padre; un Hijo que no quiso tener a Dios a su servicio. Todo esto se lo manifestó al tentador en sus respuestas. Por eso dice Pablo que si por la desobediencia de uno, Adán, todos pecamos, *por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos* (*Rm* 5, 19).

Aquí aparece una tarea central en la misión de los papás: hacer que sus hijos no sean ambiciosos ni al dinero ni al poder ni a los honores, sino que crezcan con la conciencia de ser hijos de Dios y, por tanto, servidores, hermanos, respetuosos de la creación. ¿Cómo lograr que los hijos capten de sus papás esta imagen de Jesús que, ante la propuesta de ser poderoso, se muestra dispuesto a servir y adorar solamente a Dios? Una buena pregunta para este tiempo.

Ahora que estamos comenzando la Cuaresma, después de escuchar la Palabra de Dios, nos podemos llevar el compromiso de vivir como hijos obedientes de Dios, hijos que con nuestra vida le sirvamos solo a Él. Revisémonos, con el objetivo de convertirnos, si nuestros proyectos y modos de vida no están orientados por la ambición de tener, del poder, del abuso. Que esta Eucaristía nos una más a Jesús y nos fortalezca para luchar como Él contra las tentaciones.

# 2º Domingo de Cuaresma

## “¡Qué bueno sería quedarnos aquí!”

**Textos:** Gn 12, 1-4; 2 Tim 1, 8-10; Mt 17, 1-9

*“¡Qué bueno sería quedarnos aquí!”* (*Mt* 17, 4). Estas palabras dichas por Pedro al ver a Jesús transfigurado, reflejan la actitud de la mayoría de los bautizados. Pocos son los que quieren una vida cristiana comprometida; casi todo el mundo diseña su propia manera de ser cristiano: sin compromisos, lo más fácil, lo más cómodo, a la medida de los propios intereses. Y no es así. Dios nos pide escuchar a su Hijo; y Jesús nos habla de seguirlo por el camino de la cruz.

Ante el hecho de la transfiguración, que también nos da luz en relación al Día del Seminario que estamos celebrando en este domingo, se escuchan tres palabras: la de Pedro, la del Padre y la de Cristo. Jesús acababa de anunciar a sus discípulos, seis días antes, su muerte en Jerusalén y su resurrección. Ahora estaba transfigurado. Pedro –que se hace voz de los demás apóstoles– no lo quiere en la experiencia del sufrimiento y la muerte. Como Mesías, lo quiere glorioso.

Su proyecto de hacer tres chozas y quedarse allí para siempre, refleja que no quiere compromisos, que desea la vida cómoda y sin complicaciones. Esa es la voz de Pedro, esa es la voz de la mayoría de los bautizados: pide una vida cristiana centrada en la recepción de los sacramentos, para que los hijos los tengan. Pero no más. Difícilmente se acepta un proceso de formación, una participación activa en la comunidad, una serie de reuniones, tareas como familia.

San Mateo nos narra que cuando Pedro estaba hablando, se oyó una voz. Era la palabra del Padre, que decía –y nos sigue diciendo hoy–: *“Este es mi Hijo amado, en quien tengo puestas mis complacencias; escúchenlo”* (v. 5). No son los discípulos, no somos nosotros, quienes tenemos que ponerle las condiciones a Jesús para seguirlo. Dios, su Padre, nos lo dice claramente: a su Hijo es a quien tenemos que escuchar, es Él quien indica el camino y pone las condiciones.

Y Jesús habla de su pasión, muerte y resurrección. Esta es la palabra del Hijo. Si queremos seguirlo con fidelidad, si queremos ser buenos discípulos, si queremos vivir como cristianos, lo que nos queda por hacer es ir detrás de Él hacia la cruz. Eso muy pocos lo asumen y lo viven. Ese es el camino y es difícil porque se trata de servir a todos, de amar a los enemigos, de perdonar a los que nos ofenden, de atender a los pobres, de compartir con los necesitados.

En el Seminario se busca aclarar lo importante que es seguir a Jesús de acuerdo a las exigencias que Él plantea. Podemos decir que los años del Seminario –nueve después de la preparatoria o bachillerato– son como la subida al monte de la transfiguración. Es una experiencia muy fuerte de encuentro con Jesús, el Jesús de los Evangelios, en la que se busca formar a los seminaristas para asumir la cruz; no para el camino del personaje ni para la vida fácil y cómoda.

A ellos se les insiste en el estilo de vida que se necesita para ser presbítero en esta Diócesis: amistoso, sencillo, honesto, libre, responsable, trabajador. Las materias que estudian están orientadas a profundizar en el proyecto del Reino propuesto e inaugurado por Jesús, a aclarar la grandeza de la misión de Jesús y la Iglesia al servicio del Reino, a asimilar las razones de fondo para vivir la esperanza cristiana. La formación espiritual es para que se identifiquen con Jesús.

La participación de los seminaristas en las comunidades va orientada a sensibilizarse ante la pobreza y el sufrimiento de las familias, a descubrir los secretos de la vida comunitaria, a irse enamorando del proceso pastoral orientado por el Plan Diocesano. Oremos pues por nuestro Seminario para que se mantenga en esta tarea. Oremos por los bautizados de nuestras comunidades para que, por encima de la palabra humana, escuchemos la voz de Dios y de Jesús.

# 3er Domingo de Cuaresma

## “Señor, dame de esa agua”

**Textos:** Ex 17, 3-7; Rm 5, 1-2. 5-8; Jn 4, 5-42

*“Señor, dame de esa agua para que no vuelva a tener sed”* (*Jn* 4, 15). Estas palabras que salen del fondo del corazón de la samaritana, expresan lo que tendría que ser nuestra actitud ante Jesús. Como humanos tenemos sed de Dios y como bautizados tenemos la manera de calmarla: con Jesús. Pero, en la práctica, la gran mayoría de los cristianos busca saciar su sed en aguas que ofrecen el mercado y la sociedad de consumo. Hoy domingo se nos invita a recurrir a Jesús.

Jesús le ofrece a aquella mujer un agua con la que nunca más volverá a experimentar la sed. Es un agua viva que supera con mucho al agua que Dios, a través de la acción de Moisés, hizo brotar de la roca en el desierto; con la cual no solamente se apaciguó la sed que torturaba al pueblo por el desierto sino que sirvió para que Israel reconociera que Yahvé iba con ellos. La de Jesús es un agua mejor que la del pozo de Jacob a donde había que volver una y otra vez.

Jesús habla de un agua viva, un agua que quitará definitivamente la sed; un agua que convierte a quien la toma en un manantial, un agua que da vida eterna. Al escuchar esto, la mujer de Samaria le pidió inmediatamente: *“Señor, dame de esa agua”* (Id.). Esa agua es, por un lado, la Palabra que Jesús transmite; por otro, es el Espíritu Santo que él y su Padre nos enviaron: *Dios ha infundido su amor en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo* (*Rm* 5, 5).

Quiere decir que quien escucha a Jesús y recibe al Espíritu Santo, tiene el modo de saciar su sed de Dios. No tiene que buscar más. Quien se bebe a Jesús y su proyecto del Reino, puede convertirse en manantial de vida para los demás, para su familia y su comunidad, para la sociedad y el mundo. Esta es la invitación que se nos hace hoy por las palabras de Jesús, que dice a cada uno: *“Si conocieras el don de Dios […] le pedirías […] y él te daría agua viva”* (*Jn* 5, 10).

De aquí se desprenden dos cosas: una, que es a Jesús a quien tenemos que recurrir siempre para saciar nuestra sed de Dios, de justicia, de paz; otra, que no busquemos otras aguas porque, si se toman, se vuelve a tener sed. El mercado nos dice: compra, ponte, usa, cambia, viste, y muchas otras cosas; la sociedad de consumo nos envuelve y nos lleva a comprar y comprar, a competir con todos, a estar al último grito de la moda, a tener todo aunque no lo necesitemos.

Si bebemos de estas aguas, vamos a volver a tener sed. Cuando se entra en el ambiente del consumo es difícil detenerse. Si se tiene algo, se quiere lo nuevo que va saliendo: celular, carro, marca de ropa, computadora, y tantas otras cosas más. Si se adquieren dinero o bienes materiales, se anhela tener más; como se dice de quienes tienen: “entre más tiene, más quiere”. Tal marca, tal modelo, tal estilo no sacian la sed; al contrario, la despiertan más. Y se busca más.

El agua de Jesús es para beberse, para dejar que se convierta dentro de nosotros en manantial de vida, para transmitirla a los demás. Así hizo la samaritana. No solo se encontró con Jesús, lo escuchó, le pidió su agua viva, creyó en Él, sació su sed; sino que llevó a los demás, como misionera, su experiencia de Jesús. Dejó su cántaro y se regresó al pueblo para comunicarles la buena noticia a sus paisanos. No necesitaba ya ese cántaro, pues iba llena del agua de Jesús.

A la Eucaristía traemos nuestras necesidades, nuestras situaciones, nuestros proyectos, nuestra sed de Dios. Aquí Jesús nos habla por medio de su Palabra y se ofrece para que nos lo bebamos y ya no tengamos sed. Aprovechemos este encuentro para hacer lo mismo que aquella mujer: pidámosle que nos dé esa agua, bebamos de ella, vayamos a nuestra comunidad a dar vida, a convencer a los demás de encontrarse con Jesús para que ya no tengan sed de Dios.

# 4º Domingo de Cuaresma

## “Yo era ciego y ahora veo”

**Textos:** 1 Sam 16, 1. 6-7. 10-13; Ef 5, 8-14; Jn 9, 1-41

*“Yo era ciego y ahora veo”* (*Jn* 9, 25). Esta expresión del que nació ciego manifiesta que había cambiado su situación. Y no tanto porque ya podía ver, sino porque en el encuentro con Jesús había descubierto que Él lo iluminaba en su vida. Estaba dando testimonio del Señor, se había convertido en misionero. Esto nos dice lo que tiene que ser nuestra vida ordinaria: encontrarnos con Jesús, dejar que nos ilumine, creer en Él, convertirnos en discípulos suyos y dar testimonio.

Jesús es la luz del mundo. Así se presentó cuando le preguntaron la razón por la que aquella persona estaba ciega. No compartía la mentalidad judía, que sostenía que alguien nacía con alguna discapacidad física como consecuencia del pecado personal de sus papás o la había adquirido en castigo por un pecado suyo. No; más bien aclaró que en ese ciego se manifestarían las obras de Dios, es decir, la vida digna que Dios quiere para todos, vida que llega con Jesús.

Pero, para que se reciba y aparezca esa vida, las personas tienen que abrirse a la persona, a la palabra y a las acciones de Jesús. Para esto es necesario reconocer que no ven y encontrar en el Maestro la luz. Así vivió el ciego su experiencia ante Jesús. Por eso fue capaz luego de reconocer que antes era ciego y ya veía. Y Jesús lo confirmó: *“Yo he venido a este mundo para que los campos se definan: para que los ciegos vean, y los que ven queden ciegos”* (v. 39).

Aquí estaba claro: el que era ciego ya veía, pero porque se abrió a la persona de Jesús; optó por la luz. En cambio, los que decían ver estaban ciegos porque se cerraron a la persona de Jesús; decidieron permanecer en las tinieblas. La decisión de caminar en la luz o en las tinieblas no está en Jesús, sino en las personas, tanto en aquel tiempo como hoy. Ciertamente nosotros fuimos iluminados por Cristo en nuestro Bautismo. Así se nos dijo al recibir la vela encendida.

Pero, ¿cómo andamos? ¿Vemos o estamos ciegos? ¿Estamos en la luz o en las tinieblas? ¿Jesús es nuestra luz o tenemos otras luces? San Pablo nos recuerda lo que nos dijeron en el Bautismo: *“Vivan […] como hijos de la luz”* (*Ef* 5, 8). Quien vive en la luz es porque se encuentra con Jesús, lo escucha, le hace caso, vive como Él nos indica. El ciego nos da ejemplo: cuando Jesús le pidió que fuera a la piscina a lavarse, eso hizo: *fue, se lavó y volvió con vista* (*Jn* 9, 7).

Quien vive en la luz es bondadoso, santo y camina en la verdad, busca lo que es agradable al Señor y no participa de las obras estériles de los que son tinieblas, según nos dice Pablo. Con su estilo de vida anuncia a Jesús, da testimonio de Él, aunque sea criticado, tal como le sucedió al curado por Jesús. Primero lo vio, luego dijo que el hombre que se llamaba Jesús lo curó, enseguida dijo que se trataba de un profeta, después sostuvo que era alguien que venía de Dios.

Su testimonio de Jesús llegó a tal grado que terminó siendo expulsado de la sinagoga. Esto no le preocupó. Estaba contento porque veía, a pesar de haber nacido ciego. Eso era lo importante para él. Ver equivale en este caso a estar en la luz, o sea, a aceptar y creer en Jesús, que es la luz del mundo. Este es el culmen del encuentro: expulsado se encontró con Jesús y le confesó su fe en Él. Ante la pregunta que si creía en el Hijo del hombre, dijo: *“Creo, Señor”* (v. 38).

En este domingo de cuaresma tenemos la oportunidad de retomar nuestro camino en la vida. Reconozcamos los proyectos, las acciones, los estilos de vivir que muestran que caminamos en las tinieblas, que estamos ciegos porque no dejamos que Jesús nos ilumine. Renovemos nuestro compromiso de bautizados de vivir como hijos e hijas de la luz. Que esta Eucaristía nos impulse a convertirnos en testigos de Jesús, como aquel que dijo: *“Yo era ciego y ahora veo”* (v. 25).

# 5º Domingo de Cuaresma

## “Señor, ya huele mal”

**Textos:** Ez 37, 12-14; Rm 8, 8-11; Jn 11, 1-45

*“Señor, ya huele mal”* (*Jn* 11, 39). Estas palabras que le dijo Marta a Jesús cuando Él pidió que quitaran la losa que cerraba el sepulcro de Lázaro, las podemos aplicar, sin temor a equivocarnos, a la situación que se está viviendo en nuestro país. Un diario de nuestro país decía en uno de sus titulares de la primera plana: “Casi se triplican ejecuciones en primer trimestre”. Esto es en el Estado de Jalisco. En los primeros tres meses de 2010 hubo 67; en 2011 ya iban 181.

El cuerpo de Lázaro olía mal porque ya estaba muerto y llevaba cuatro días sepultado. Nuestro país huele mal porque está sumido en la crisis y la pobreza desde hace muchos años. Esto despide un olor hediondo. Ahora tiene en la violencia a la piedra que tapa esta situación. La inseguridad y la angustia por no tener para el pan de cada día, se está complicando más con la violencia: no solo la familiar, sino los levantamientos, persecuciones, secuestros, ejecuciones.

“La historia del México de hoy sólo conoce la intimidación, el sufrimiento, la desconfianza y el temor de que un día otro hijo o hija de alguna otra familia sea envilecido y masacrado, sólo conoce que lo que ustedes nos piden es que la muerte, como ya está sucediendo hoy, se convierta en un asunto de estadística y de administración al que todos debemos acostumbrarnos”, dijo el poeta y periodista Javier Sicilia ante el asesinato de su hijo. Las muertes son solo números.

Y nos estamos acostumbrando, al grado que ante estas y otras noticias semejantes, en las historias de las telenovelas, en los programas donde pasan situaciones intrafamiliares, nos damos gusto. Nos estamos haciendo insensibles ante el sufrimiento y la muerte. Ya no nos preocupa sino que queremos saber cuántos son, cómo fue, dónde sucedió. Si estamos en esta situación quiere decir que la muerte, y por tanto el mal olor, se está anidando en nuestro corazón.

Esta es, en gran parte, la raíz de lo que está sucediendo, como expresó Sicilia respecto a la ejecución de su hijo, la cual “se suma a los de tantos otros muchachos y muchachas que han sido igualmente asesinados a lo largo y ancho del país a causa no sólo de la guerra desatada […] contra el crimen organizado, sino del pudrimiento del corazón que se ha apoderado de la mal llamada clase política y de la clase criminal, que ha roto sus códigos de honor”.

Entonces no solo el país como tal, sino también el corazón de quienes propician, acrecientan y se gozan con la muerte: ya huele mal. Ante esto, Dios tiene su palabra. Lo acabamos de escuchar en las lecturas que se han proclamado. Dios quiere la vida de su pueblo, no la muerte. Ese es su proyecto: *“Pueblo mío, yo mismo abriré sus sepulcros, los haré salir de ellos […]. Entonces les infundiré mi espíritu y vivirán”* (*Ez* 37, 12. 14). Su espíritu es de vida, no de muerte.

Jesús es quien cumple a plenitud esa promesa de Dios. Lo manifiesta, entre muchos otros signos, con la resurrección de Lázaro. Ante la fe de Marta y María que esperaban que Jesús impidiera la muerte de su hermano, ante los comentarios de algunos que decían: *“¿No podía éste, que abrió los ojos al ciego de nacimiento, hacer que Lázaro no muriera?”* (*Jn* 11, 37); ante el mal olor del difunto, Jesús gritó confiado en su Padre: *“Lázaro, sal de allí”. Y salió* (v. 43).

Resucitó a Lázaro como después resucitaría Él mismo, por el Espíritu del Padre que da vida. Ese Espíritu de vida que está ausente en quienes obran el mal, en quienes provocan situaciones de violencia y muerte; es el que tenemos que dejar que actúe en nuestro corazón para que llevemos, como dice Pablo, *una vida conforme al Espíritu* (*Rm* 8, 9). Una vida que dé buen olor porque se respeta a las personas, porque hay justicia y vida digna en nuestro país.

# Domingo de Ramos “De la Pasión del Señor”

## “¡Hosanna!”

**Textos:** Para la procesión: Mt 21, 1-11;

para la Eucaristía: Is 50, 4-7; Flp 2, 6-11; Mt 26, 14-27, 66

**PROCESIÓN:**

*“Hosanna”* (*Mt* 21, 9). Esta palabra significa: “salva”, “ayúdanos”, y originalmente se le decía a Dios para suplicarle su ayuda, sobre todo al comienzo del año, para pedirle perdón o implorarlo ante una necesidad, como la lluvia. Con esa exclamación el pueblo pobre manifestó su confianza en Jesús. Eso mismo hacemos hoy, teniendo en cuenta la situación de violencia que hay en nuestro país. Con nuestros ramos en la mano, le decimos al Señor: “¡Hosanna! ¡Ayúdanos!”.

Jesús entra a Jerusalén para dar su vida en la cruz. Llega pobremente, montado en un burrito. Así había nacido, así estaba viviendo y así iba a morir: en la pobreza. Es el pastor que da la vida por sus ovejas, es el rey que sirve a su pueblo entregándose a la muerte, es el Mesías que salva muriendo. A este Jesús de Nazaret pobre, condenado a muerte, fracasado, aunque reconocido por algunos como profeta, es al que aclamaron las multitudes con sus voces y ramas.

A este Jesús de Nazaret, muerto y resucitado, es al que aclamamos hoy con nuestros cantos y ramos. Le decimos nuevamente –lo tenemos que hacer–: “¡Hosanna! ¡Ten compasión de nosotros! ¡Ayúdanos ante las desapariciones y matanzas de personas! ¡Ayuda a las familias de las personas asesinadas! ¡Tráenos la paz!”. Oremos al Señor como aquella multitud, acompañemos a Jesús que camina hacia la muerte, aclamemos al Rey con júbilo y llenos de esperanza.

**PASIÓN:**

*“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”* (*Mt* 27, 46). Con esta exclamación, Jesús manifiesta su confianza en Dios. Así como el pueblo le había expresado su confianza a Jesús al entrar a Jerusalén, así ahora Él se la declara a su Padre al salir de este mundo. Lo hace en la hora suprema de su servicio como Pastor, de su acto salvador como Mesías, de su pobreza total como rey: en la agonía de la muerte. Y muere abandonado por todos pero abandonado en Dios.

En su muerte, mañosamente tramada, insensiblemente decidida, impunemente realizada, Jesús se identifica con los millones de personas que mueren en las mismas condiciones. En nuestro país han sido miles en los últimos años, día a día desaparecen personas en nuestra región, cada vez aparecen más cuerpos en fosas clandestinas. No hay necesidad de más sangre, con la sangre que Jesús derramó en la cruz basta para la salvación de la humanidad.

Al celebrar la Eucaristía en este domingo de Ramos, damos gracias a Dios por la entrega de su Hijo, entrega libre en la que se cumplen las palabras de Isaías: *“yo no he opuesto resistencia ni me echado para atrás”* (50, 5); entrega confiada, como la del profeta: *“el Señor me ayuda, por eso no quedaré confundido”* (v. 7); entrega por la que fue exaltado de parte de Dios, al resucitarlo. Con esta Eucaristía también encomendamos a todos los asesinados en México y el mundo.

# Jueves Santo

## Los amó hasta el extremo

**Textos:** Ex 12, 1-8. 11-14; 1 Cor 11, 23-26; Jn 13, 1-15

*Los amó hasta el extremo* (*Jn* 13, 1). Con estas palabras san Juan expresa el profundo significado de lo que celebramos este Jueves Santo como Iglesia: la entrega total y definitiva de Jesús por nosotros, antes de su regreso al Padre. Esta celebración vespertina de la Cena del Señor nos compromete a sus discípulos y discípulas a repensar y renovar nuestro compromiso de servir a los demás, pues también, por el Bautismo, estamos llamados a vivir amando como Jesús.

Jesús amó *a los suyos, que estaban en el mundo* (Id.), dice el evangelista. Amar es entregarse totalmente, poner la propia persona para los demás, darse para el bien de todos y todas sin poner condiciones. Lo único que mueve a darse, a entregarse, es el amor. No hay más. Jesús lo había estado haciendo a lo largo de su vida, especialmente los últimos tres años. No hizo otra cosa que ver por el bien de los demás, aunque por eso fue criticado, perseguido, condenado.

Ahora dice san Juan que amó hasta el extremo. Es decir, no podía hacer ya más. El amor de Jesús por sus discípulos fue total: dio su propia vida. Esta entrega la inició de manera definitiva en la Última Cena. Ahí lavó los pies de sus discípulos, luego se dio en el Pan y el Vino y, finalmente, en la cruz derramó hasta la última gota de sangre y agua. Él nos pide que cada una de estas acciones definitivas de entrega las realicemos igualmente sus discípulos y discípulas.

Después de lavar los pies a sus amigos, algo que hacían solamente los esclavos extranjeros, pide que nosotros también asumamos esta condición, es decir, que seamos servidores de todos en la comunidad y esclavos de todos entre los hermanos: *“si yo […] les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies los unos a los otros* (v. 14). Esto supone una opción de vida. Decidirse a hacer de la propia vida un permanente servicio es algo que se asume por amor.

Quien no ama no es capaz de servir, quien no vive el servicio no sabe amar, quien quiere y busca ser servido no tiene amor. Quien diseña su vida de esta manera está muy lejos de ser discípulo de Jesús, porque no vive como Él. Al lavar los pies de sus discípulos, Jesús pone la base para el siguiente paso en su entrega. Servir es la condición indispensable para tener parte con Jesús y, por lo mismo, para celebrar la Eucaristía. Así hizo el Señor aquella noche.

Después de su entrega de servicio lavándoles los pies, Jesús, con el pan en las manos, dijo: *“Esto es mi cuerpo, que se entrega por ustedes”* (*1 Cor* 11, 24). Y también con el cáliz expresa su entrega: *“Este cáliz es la nueva alianza que se sella con mi sangre”* (v. 25). Jesús se entrega en el pan y el vino, da su Cuerpo y su Sangre; da su vida. Nos pide que hagamos lo mismo, o sea, que demos nuestra vida: *“Hagan esto en memoria mía”* (vv. 24. 25), dice las dos veces.

Si Jesús se entrega, no únicamente como alimento sino dando totalmente su vida en la cruz, lo hace por amor, porque ama hasta el extremo. No solo sirve día a día durante su ministerio predicando, curando, perdonando, expulsando demonios, resucitando muertos, etc., ni solamente sirve como esclavo lavando los pies, ni se queda en darse en el pan y el vino. Va más allá: hasta el extremo. Entrega su cuerpo para ser clavado en la cruz y ahí queda desangrado.

Mañana, Viernes Santo, celebraremos esta entrega de Jesús en la cruz. Hoy, al celebrar su entrega en la Última Cena renovamos nuestro compromiso de vivir en el amor, reconociendo que poco nos ponemos a servir a los demás, porque quizá no hemos hecho la opción por el amor. También lo tenemos que vivir hasta el extremo, pues nos ha dicho Jesús: *“Les he dado ejemplo, para que lo que yo he hecho con ustedes, también ustedes lo hagan”* (*Jn* 13, 15).

# Viernes Santo

## Todo había llegado a su término

**Textos:** Is 52, 13-53, 12; Hb 4, 14-16; 5, 7-9; Jn 18, 1-19, 42

*Sabiendo Jesús que todo había llegado a su término* (*Jn* 19, 28). Jesús estaba en la cruz. Ahí lo habían clavado abusivamente. Su muerte fue tramada desde el comienzo de su misión. Seguido, nos dicen los evangelistas, intentaban matarlo: se reunían para ver la manera de acabar con Él, lo quisieron apedrear, desbarrancar. Ahora lo habían logrado y lo tenían en la cruz. Pero el mismo Jesús ya había dicho que nadie le quitaba la vida sino que Él la daba porque quería.

Su entrega fue, pues, voluntaria, a pesar de que la muerte la decidieron y su cruz se la impusieron. Hemos hecho el recorrido del Vía crucis, acompañando a Cristo en su camino hacia la muerte; hemos reflexionado en su entrega y en el sufrimiento de los pobres, causado por las cruces que se les han impuesto; hemos pedido perdón por su muerte injusta, que a todos nos benefició porque nos trajo el perdón de nuestros pecados. Así llegó a término su servicio.

Ahora vamos a hacer el gesto de la adoración de la cruz. Al estar frente a ella queremos reconocer la entrega voluntaria de nuestro Salvador, que terminó en la crucifixión. Al tenerla en nuestras manos hay que reconocer que su condena y muerte fue consecuencia de su servicio y de la decisión de las autoridades civiles y religiosas de acabar con Él. Al besarla reasumimos nuestra tarea de seguirlo en su camino a la cruz y de no imponer más cruces sobre los pobres.

# Vigilia Pascual

## Jesús les salió al encuentro

**Textos:** Gn 1, 1-2, 2; Gn 22, 1-18; Ex 14, 15-15, 1; Is 54, 5-14; Is 55, 1-11; Bar 3, 9-15. 32-4, 4; Ez 36, 16-28; Rm 6, 3-11; Mt 28, 1-10

*Jesús les salió al encuentro* (*Mt* 28, 9). María Magdalena y la otra María fueron a buscar a Jesús en el sepulcro, muerto. Pero, como nos dice san Mateo, Él salió vivo a encontrarlas. Acababan de recibir la noticia del ángel: *“Ya sé que buscan a Jesús, el crucificado. No está aquí; ha resucitado”* (vv. 5-6). Esta es la Buena Nueva para ellas, para sus discípulos, para los pobres, para los que tenían puesta su confianza en Él; pero es mala noticia para quienes apuestan por la muerte.

El fuego nuevo, bendecido y utilizado para encender el cirio pascual, es símbolo de la Buena Noticia de que Jesús de Nazaret, el crucificado, resucitó y está ahora en medio de la comunidad iluminándola. Es Él y no nosotros quien sale al encuentro, saluda, se deja abrazar, quita el miedo y envía a la misión. Las mujeres experimentaron su presencia, lo escucharon, lo abrazaron, dejaron sus temores y fueron enviadas como misioneras. Llevaban con ellas la luz y la alegría.

Jesús resucitado se deja encontrar. De modo especial en esta noche santa sale también a nuestro encuentro, después de haber recorrido con Él su camino, desde su entrada a Jerusalén hasta el sepulcro. Hoy está con nosotros resucitado para decirnos que la muerte no es la vencedora sino la vida, que el proyecto de Dios no termina en la cruz y el sepulcro sino en la resurrección, que no solo hay que seguirlo en su camino sino que tenemos que salir a la misión.

En esta noche varios niños recibirán el Bautismo y quienes ya estamos bautizados renovaremos nuestros compromisos bautismales. Los niños inician su camino de encuentro con Cristo resucitado; este es su primera experiencia de Jesús que sale a encontrarlos para quedarse en ellos. Sus papás y padrinos, su comunidad, los tienen que acompañar hasta lograr que se conviertan en misioneros como las mujeres. Los jóvenes y adultos seremos rociados con agua.

El agua bendita con que seremos rociados, es símbolo de la vida nueva, de la limpieza, de la regeneración, del corazón nuevo prometido por Dios para su pueblo. Nos renovamos interiormente para ir, como aquellas dos mujeres, a comunicar a los hermanos que el Señor quiere encontrarse con todos; o sea que renovamos nuestro compromiso de ser misioneros en la comunidad. Para esto es necesario unirnos a Jesús, que nos encuentra también en la Eucaristía.

# Domingo de Pascua

## Fueron a ver el sepulcro

**Textos:** Hch 10, 34. 37-43; Col 3, 1-4; Mt 28, 1-10; Jn 20, 1-9; Lc 24, 13-35

*Fueron a ver el sepulcro* (*Mt* 28, 1). Esto hicieron María Magdalena y la otra María al amanecer del domingo. No se imaginaban lo que contemplarían. Ciertamente miraron el sepulcro, pero abierto. También al ángel, sentado sobre la piedra que estuvo tapando la entrada al sepulcro. Pero lo más importante fue ver a Jesús. Ya el ángel les había dado la noticia de que estaba resucitado y las había enviado a dar la noticia a los demás. Y *Jesús les salió al encuentro* (v. 9).

Las mujeres iban a ver a un muerto y éste se les presentó con una vida nueva. A partir de aquí cambió todo, tanto para ellas como para el resto de sus discípulos. La gran noticia de su resurrección comenzó a circular como reguero de pólvora. Las dos fueron las primeras en escuchar la noticia, fueron las primeras testigos del Resucitado, fueron las primeras de entre los discípulos en comunicar su resurrección. Para esto tuvieron que acercarse al Señor y abrazarlo.

Abrazarlo es mucho más que envolverlo con los brazos. Es asumir su propia causa, su destino, su final: abrazarlo es seguirlo en su servicio, en su camino hacia la cruz, en su muerte y, sobre todo, en su resurrección. Así como Jesús había abrazado la cruz –a propósito del novenario a la Santa Cruz que hoy inicia–, así ellas abrazaron su causa. Y no solamente para estar contentas, con alegría por su vida nueva, sino para ir como mensajeras a dar testimonio.

El ángel les había dicho de ir a comunicar la noticia a los demás y a prepararlos para encontrarse con Jesús: *“vayan de prisa a decir a sus discípulos: ‘Ha resucitado de entre los muertos e irá delante de ustedes a Galilea; allá lo verán’”* (v. 7). El mismo Jesús las envía después de este primer encuentro con Él, al amanecer del domingo: *“Vayan a decir a mis hermanos que se dirijan a Galilea. Allá me verán”* (v. 10). Ellas son constituidas en misioneras y enviadas a la misión.

Las dos Marías vieron a Jesús, lo abrazaron y comenzaron a dar testimonio de Él. Así hicieron los demás discípulos, una vez que se encontraron con Jesús, lo escucharon y lo tocaron. Como escuchamos de Pedro: *“nosotros, que hemos comido y bebido con él después de que resucitó de entre los muertos. Él nos mandó predicar al pueblo y dar testimonio de que Dios lo ha constituido juez de vivos y muertos”* (*Hch* 10, 41-42). Lo mismo pasó con los discípulos de Emaús.

Hoy nos encontramos con Cristo resucitado en la Eucaristía. Aquí se deja tocar, abrazar, comer, pues no está muerto sino vivo. Aquí nos habla como a las mujeres, como a Pedro y los demás hermanos, como los dos discípulos de Emaús. Aquí en esta celebración le confesamos nuestra fe en Él. Aquí nos da su Cuerpo y su Sangre como alimento. Aquí nos envía nuevamente a la misión. Como nos dice un interno de la Penal en su reflexión al inicio de la Misa un día como hoy:

“Creer en Cristo es entrar en una dinámica de muerte y resurrección. En […] cada Eucaristía nos asociamos a la muerte de Cristo y participamos de su vida resucitada, pero no debe bastarnos solo con la celebración sacramental, pues es necesario que durante toda nuestra vida tengamos que seguir muriendo con Cristo y resucitando con Él: rechazando lo de abajo y aspirando a lo de arriba, escondiéndonos en el costado de Cristo, en su corazón y dando testimonio de Él”.

Ojalá que no nos quedemos únicamente con su muerte y sepultura, sino que lo sepamos abrazar, que asumamos su causa por el Reino. Que esta celebración del domingo más importante del año nos impulse a convencernos de su resurrección y, especialmente, de que al encontrarnos con Él resucitado somos enviados nuevamente a la misión, para dar testimonio de nuestra experiencia de Cristo, puesto que no hemos visto un sepulcro sino al Señor resucitado.

# 2º Domingo de Pascua

## “La paz esté con ustedes”

**Textos:** Hch 2, 42-47; 1 Pe 1, 3-9; Jn 20, 19-31

*“La paz esté con ustedes”* (*Jn* 20, 19.21.26). Este saludo que Cristo resucitado da a sus discípulos en aquellos dos encuentros es un proyecto de vida para todos sus discípulos y discípulas. Él ofrece y da la paz porque la tiene. Es más, Él mismo es la paz. Tiene paz porque ha cumplido con fidelidad su misión, aquella que le encomendó su Padre y que culminó en la cruz: la salvación de la humanidad, la vida abundante para sus ovejas, la vida eterna para quien cree en Él.

Cristo resucitado desea que sus discípulos experimentemos la paz. Para sus discípulos reunidos en aquellos dos primeros domingos, fue una realidad. Ellos estaban encerrados por miedo a los judíos, Tomás había abandonado la comunidad. No tenían la paz y Jesús se la trasmite, no solo con su saludo, sino con su presencia entre ellos, con el Espíritu Santo que les comunica, con el perdón de los pecados que pueden ejercer. Los hace testigos de su resurrección.

Para nosotros que vivimos en este tiempo, el deseo de Jesús está todavía muy lejos de cumplirse. A lo interno de nuestras familias no hay paz mientras existan desavenencias o pleitos por cualquier razón, mientras se voltee la cara o se niegue la palabra a algún familiar, mientras haya infidelidades, ofensas o incluso golpes entre esposos, mientras los hijos no sientan el cariño y la dedicación de sus papás hacia ellos. ¿Cómo se puede experimentar la paz así?

En nuestra ciudad y país no hay paz. Lo captamos todos los días en las pláticas con los vecinos, en el trabajo; lo vemos y escuchamos en los medios masivos de comunicación: el costo de la canasta básica es altísimo, el número de pobres crece y crece, miles de personas mueren en el mundo de hambre, enfermedades, desastres, guerras; diariamente hay levantones, secuestros, ejecuciones, balaceras, cuerpos encontrados. ¿Quién puede experimentar la paz así?

En nuestro ambiente la única seguridad es que no hay seguridad: si va a haber para comer mañana, si vamos a tener dinero para curar la enfermedad que llega, si vamos a salir a la calle y regresaremos, si nos vamos a encontrar con la persona a la que no le hablamos, etc. Ante la inseguridad, la zozobra, el no saber qué va a pasar, el saludo de Jesús nos interpela. Su deseo de paz nos manifiesta algo con certeza: lo único seguro es que resucitó y está entre sus amigos.

Jesús está vivo y se deja encontrar. Se hace presente en medio de la comunidad, como nos dice el Evangelio. Su presencia trae la paz: se quita el miedo, se experimenta la alegría, se recibe al Espíritu Santo, se comprueba su vida nueva. Se realiza lo que dice san Pedro: *al resucitar Jesucristo de entre los muertos, nos concedió renacer a la esperanza de una vida nueva* (*1 Pe* 1, 3). El saludo de paz de Jesús nos abre a una manera nueva de vivir que tenemos que construir.

Todos le decían a Tomás que habían visto al Señor. Los primeros cristianos, con la certeza de la resurrección de Jesús, hicieron una vida nueva que manifestaba su fe en Cristo: escuchaban la Palabra, oraban, comían y celebraban la Eucaristía juntos, vivían unidos y ponían en común sus bienes para que nadie pasara necesidad; lo hacían con la sencillez y alegría propias de quienes tienen la paz que el Resucitado comunica. ¿Cómo no iban a vivir la experiencia de la paz?

En esta Eucaristía dominical nos encontramos con Cristo resucitado. Él está presente entre nosotros puesto que estamos reunidos en su nombre, Él nos habla para comunicarnos su deseo de paz, Él nos da la esperanza de una vida nueva, Él se hace pan y vino para alimentarnos, él nos envía a ser sus testigos. Que volvamos a nuestra casa a vivir en armonía con todos, que vayamos a la comunidad y a la sociedad a luchar por construir la paz que Cristo nos deja hoy.

# 3er Domingo de Pascua

## Entró para quedarse con ellos

**Textos:** Hch 2, 14. 22-33; 1 Pe 1, 17-21; Lc24, 13-35

*Entró para quedarse con ellos* (*Lc* 24, 29), nos dice san Lucas. Jesús aceptó la invitación de los discípulos de Emaús. Se quedó con ellos, pero no solo para pasar la noche sino para siempre. Este es el sentido de la expresión del evangelista. Ellos habían caminado con un forastero, no con Jesús; habían visto a Jesús aunque sin reconocerlo, lo habían oído por el camino mas no lograron escucharlo, lo invitaron a quedarse por una noche y no para el resto de su vida.

Los discípulos de Emaús llevaban sobre sus espaldas mucho más que la tristeza de quien ha perdido un amigo. Iban cargando la desolación por la muerte del que esperaban fuera el libertador de Israel, sufrían la derrota por el fin del proyecto que tenían de Mesías, soportaban el peso del sepulcro donde quedaron no solo los restos mortales de Jesús sino todas sus esperanzas de liberación. Para ellos se perdió el sentido de seguir al profeta. Por eso huían a su pueblo.

La fracción del pan –la Eucaristía que nosotros celebramos hoy y todos los domingos– los llevó a reconocerlo, a escucharlo, a volver con Él. El encuentro con Jesús en la fracción del pan produjo un cambio en su vida: *se les abrieron los ojos y lo reconocieron* (v. 31). A partir de allí, Jesús se quedó con ellos en su corazón y para siempre. Por eso se les desapareció. Ya no tenía sentido que lo siguieran viendo físicamente o que caminara o estuviera a la mesa con ellos.

No son los discípulos, ni los de Emaús ni los de cualquier tiempo, los que encuentran al Maestro. Es Él quien se acerca en persona, camina a su lado, les habla, se queda con ellos, los transforma, los convierte en testigos. Nosotros tenemos que saber descubrirlo, escucharlo, dejarlo que entre en nuestro corazón y nos transforme, convertirnos en testigos suyos. Y tenemos los espacios para lograr el encuentro con Él: la vida diaria, la comunidad, el Evangelio, la Eucaristía.

Jesús se acerca a nosotros en la vida ordinaria, en medio de tantos problemas y necesidades, ante las situaciones que nos angustian. El camino de la vida es espacio para encontrarnos con Jesús. Al igual que sucedió con los discípulos de Emaús, Él camina a nuestro lado y nos escucha. Ellos le platican su pesar por la muerte de Jesús el nazareno, le comparten el testimonio de las mujeres que decían que estaba vivo, y el de los compañeros. Jesús los escucha atentamente.

Los dos discípulos habían abandonado la comunidad y ya iban de regreso, frustrados, a su pueblo. Al hacerlo despreciaron la oportunidad de abrirse a Jesús resucitado por medio del testimonio de las mujeres y otros discípulos, a quienes no les creyeron que Él estaba vivo. La experiencia de comunidad, de la que gran parte de los bautizados huyen, es necesaria para el encuentro con Jesús. De hecho, allí, en la comunidad, los visitó ese mismo día por la tarde.

En el Evangelio tenemos otra oportunidad de encontrarnos con Cristo. Leyéndolo, meditándolo, orándolo, buscando llevarlo a la práctica, podemos experimentar lo mismo que Cleofás y su compañero. A pesar de ser insensatos y duros de corazón para creer en las Escrituras, como les dijo Jesús, reconocieron que su corazón ardía mientras les hablaba por el camino. ¿No estaremos nosotros así: con el corazón duro y cerrado al Evangelio, aunque con necesidad de él?

De todas estas formas Jesús se deja encontrar para quedarse con nosotros. Sin embargo, el espacio privilegiado es la celebración de la Eucaristía. Los discípulos de Emaús no se imaginaban que al celebrar la fracción del pan, descubrirían al Señor. En ese momento se les abrieron los ojos, los oídos, la mente y el corazón. Jesús entró para quedarse definitivamente con ellos y regresaron a la comunidad para dar testimonio de que resucitó. Hagamos lo mismo que ellos.

# 4º Domingo de Pascua

## “Yo soy la puerta de las ovejas”

**Textos:** Hch 2, 14. 36-41; 1 Pe 2, 20-25; Jn 10, 1-10

*“Yo soy la puerta de las ovejas”* (*Jn* 10, 7). Con estas palabras Jesús nos indica uno de sus servicios de Buen Pastor. Se presenta como puerta para sus ovejas. Esta comparación nos lleva a descubrir la grandeza de su persona y, a quienes tenemos la responsabilidad de conducir a otras personas, nos ayuda a cuestionarnos si estamos viviendo bien nuestro servicio. Con este ejemplo, que implica la donación total por el bien de los suyos, Jesús se muestra como pastor.

¿Por qué dice que es puerta? Es bien interesante la imagen. Un pastor frecuentemente tenía que pasar la noche en el campo. Ahí improvisaba, con piedras, palos y ramas, un corral para sus ovejas. Él se quedaba como puerta, sentado o recostado, con el bastón por un lado. Así pasaba la noche. De esta manera, cuidando que no se salieran las ovejas o que fuera a llegar el lobo a atacarlas, hacía la función de puerta. Cuando se quitaba, todas podían salir o entrar al corral.

De este modo, teniendo al pastor como puerta, cada oveja *“podrá entrar y salir y encontrará pastos”* (v. 9). O sea que tienen la vida garantizada, por lo menos en lo que corresponde al pastor. En el caso de Jesús, hay una ventaja, pues Él dice: *“quien entre por mí se salvará”* (Id.). Como bautizados, como discípulos de Jesús, Él se convierte en nuestro camino, en el acceso a la comunidad y al Padre. Por eso, para actuar, tenemos que caminar por donde Él camina.

Jesús caminó por el anuncio de la Buena Nueva, el servicio, la ayuda, el perdón, la misericordia, la entrega de la vida. De esta manera cumplió el objetivo de su envío al mundo de parte del Padre: *“Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia”* (v. 10). Ese camino, que podemos identificar como vida digna, amor, justicia, paz, también nosotros lo tenemos que recorrer junto con Jesús, y como Él, para salvarnos. Eso significa entrar por Él, nuestra puerta.

Según la comparación de Jesús, el pastor está obligado a entrar por la puerta. Esto lo tenemos que tener en cuenta quienes hemos sido llamados a conducir a otras personas: en la familia, la escuela, la comunidad, la sociedad. De este modo, siendo pastores, también hay que entrar por la puerta –Jesús– para que las ovejas no huyan. Huyen del ladrón porque a él no lo conocen. Es más, Jesús aclara que el ladrón *“sólo viene a robar, a matar y a destruir”* (v. 10).

Ante la angustiosa situación de violencia, inseguridad y muerte, los obispos de México recuerdan tareas muy concretas que cumplir, para que los dirigentes no sean ladrones. Las ofrecen en su exhortación pastoral sobre la misión de la Iglesia en la construcción de la paz. Piden a los gobernantes “ofrecer a todos condiciones de seguridad ciudadana” (No. 240) y “mayores garantías de justicia y estímulos para el crecimiento constante de la conciencia civil” (No. 241).

A los padres de familia les piden “que sean para sus hijos reflejo del amor y del perdón de Dios, haciendo todos los esfuerzos por integrar una familia unida y solidaria y por participar en la vida comunitaria” (No. 247). A los maestros –a propósito de su día que celebramos hoy–, los exhortan “a ayudar a sus alumnos y alumnas a vivir en todos los niveles la aceptación de los demás, la comprensión y el respeto” (No. 248). Para lograrlo es necesario pasar por la puerta.

La invitación está hecha de parte de Jesús, el pastor y guardián de nuestras vidas como dice Pedro: *“Yo soy la puerta; quien entre por mí se salvará, podrá entrar y salir y encontrará pastos”* (*Jn* 10, 9). Pidamos a Dios que los gobernantes no se conviertan en ladrones y bandidos de nuestro pueblo, que los papás no destruyan la vida de sus hijos e hijas, que los maestros y maestras ofrezcan caminos de vida a sus alumnos y alumnas, que todos entremos por la puerta.

# 5º Domingo de Pascua

## “No pierdan la paz”

**Textos:** Hch 6, 1-7; 1 Pe 2, 4-9; Jn 14, 1-12

*“No pierdan la paz”* (*Jn* 14, 1). Estas palabras que Jesús dijo a sus discípulos durante la Última Cena, son también para nosotros. A ellos se las decía antes de su partida al Padre, con quien se identificó plenamente; a nosotros nos las dice ante la situación de violencia creciente que vivimos en nuestro ambiente, desde las familias hasta el nivel nacional y mundial. La Palabra de Dios nos invita hoy a acercarnos a Jesús, a escucharlo, creer en Él y tomarlo como camino.

El proyecto de Dios es que vivamos en paz, que tengamos la paz plena, tanto aquí en la tierra como allá en su casa. Este proyecto nos lo comunica Jesús y lo sintetiza al decirnos que no perdamos la paz, que creamos en Él, que quiere que estemos donde Él esté. Él comunica la paz por lo que debemos recibirla como don y cuidarla con dedicación. Mientras vivimos, para no perderla, necesitamos creer en Jesús, caminar por donde Él caminó, conocer al Padre.

La Última Cena fue el espacio de despedida de Jesús. Allí preparó a sus discípulos para su separación. Él preveía la angustia que iban a experimentar una vez que ya no estuviera con ellos. Por eso les pidió que no perdieran la paz y les habló de la casa de su Padre, donde hay lugar suficiente para todos sus discípulos y discípulas. Pero para llegar a ella se tiene que recorrer el camino. Lo dice Jesús: *“ya saben el camino para llegar al lugar a donde voy”* (v. 4).

Jesús va al Padre con quien se tiene la paz plena. La casa del Padre es la casa de la paz. Pero hay que recorrer el camino para llegar a ella. El camino es el mismo Jesús, por lo que dice: *“nadie va al Padre si no es por mí”* (v. 6). Aquí hay que escuchar al apóstol Pedro que invita: *Acérquense al Señor Jesús* (*1 Pe* 2, 4). Acercándonos podremos conocerlo, escucharlo y seguirlo. Conocerlo es conocer al Padre, escucharlo es escuchar al Padre, seguirlo es ir hacia el Padre.

Esta es nuestra tarea sobre la tierra. La tenemos que realizar con la conciencia de que somos, como dice Pedro, *piedras vivas que van entrando en la edificación del templo espiritual, para formar un sacerdocio santo, destinado a ofrecer sacrificios espirituales, agradables a Dios, por medio de Jesucristo* (v. 5). Los primeros cristianos lo hacían. Lo escuchamos en la primera lectura. Buscaron el modo de organizarse como comunidad para atender a las viudas.

Al poner a las viudas en el centro de su atención, la comunidad de Jerusalén manifestó su fe en Jesús muerto y resucitado. El hecho de atenderlas era signo de que se acercaban a Jesús, lo escuchaban y lo seguían. De esta manera, la comunidad se convirtió en un sacerdocio que ofreció sacrificios agradables al Padre. Así cumplían el deseo de no perder la paz: les devolvían la paz a las viudas, estaban en paz entre ellos y con Dios, hacían la casa del Padre en la tierra.

Tenemos pues un desafío muy grande: hacer realidad el proyecto de Dios. Es nuestra responsabilidad trabajar para que la paz de Dios que Jesús nos trae, esté presente por dondequiera: en nuestras familias, en las colonias y barrios, en la ciudad, en nuestro país. Para esto es necesario acercarnos a Jesús, escucharlo, creer en Él, seguirlo en su camino, realizar sus obras. De esta manera viviremos en paz y estaremos en el camino hacia la casa del Padre.

Hoy nos acercamos a Jesús, lo escuchamos en el Evangelio, confesamos nuestra fe en Él, lo recibimos sacramentalmente para seguirlo como nuestro camino y realizar sus mismas obras. Todo esto nos conduce a la paz. Ojalá que aprovechemos este encuentro dominical con el Señor para mantenernos en el proyecto de Dios. Que no perdamos la paz, sino que la llevemos en la mente, en el corazón, en nuestros proyectos; y que la transmitamos con nuestros hechos.

# 6º Domingo de Pascua

## “No los dejaré desamparados”

**Textos:** Hch 8, 5-8. 14-17; 1 Pe 3, 15-18; Jn 14, 15-21

*“No los dejaré desamparados”* (*Jn* 14, 18), les promete Jesús a sus discípulos durante la Última Cena, cuando se está despidiendo de ellos. Hasta entonces Él había sido el Paráclito para sus discípulos y discípulas. Luego el Padre les enviará al otro: *“yo le rogaré al Padre y él les dará otro Paráclito para que esté siempre con ustedes”* (v. 16), dice Jesús. Y señala quién será: *“el Espíritu de la verdad”* (v. 17). Jesús se comprometió, pues, a pedir al Padre el Espíritu Santo.

La palabra paráclito tiene varios significados, los cuales nos ayudan a comprender la acción del Espíritu Santo en la vida y misión de los discípulos de Jesús. Significa: defensor, consolador, abogado, consejero, el que ayuda, el que asiste, el que indica, el que orienta, el que recuerda. Todo eso estaba haciendo Jesús con sus discípulos y eso mismo realizará el Espíritu Santo. Jesús es el primer Paráclito, el Espíritu Santo es el segundo y estará siempre con los discípulos.

Jesús como consejero dio las indicaciones a sus discípulos: conviértanse, ámense, perdónense, no devuelvan mal por mal, hagan el bien a los que los odian y calumnian, lávense los pies unos a otros, sean los servidores de todos, sean sencillos, oren al Padre, atiendan a los pequeños, reúnanse en mi nombre, denles ustedes de comer, hagan esto en memoria mía, anuncien que el Reino está cerca, sean misericordiosos, y tantos otros más. Los repetía una y otra vez.

Para que los discípulos no quedaran desamparados, una vez que Él muriera y regresara al Padre, promete al otro Paráclito. Lo que Éste va a realizar será lo mismo que Jesús, es decir, estar recordando sus orientaciones: conviértanse, anuncien la Buena Nueva, ámense, sírvanse, perdónense, vivan unidos, atiendan a los pobres, sean misericordiosos, vivan como hermanos. Es como los papás que continuamente están recordando a los hijos lo que deben hacer.

Este es precisamente el papel del Paráclito en la vida de los discípulos de Jesús. Descubrimos su acción en el testimonio de Felipe. En Samaria, asistido por el Espíritu Santo, *predicaba […] a Cristo* (*Hch* 8, 5), sirvió expulsando a los demonios y curando a muchos enfermos; hizo que llegara la Palabra de Dios a los samaritanos. La presencia y acción del Espíritu Santo no fue solo para Felipe sino también para los samaritanos, que también lo recibieron para hacer lo mismo.

Hay otro dato interesante en relación a lo que hace el Espíritu Santo, el otro Paráclito, en la vida de los discípulos de Jesús: *dar, al que las pidiere, las razones de la esperanza* (*1Pe* 3, 15), sobre todo en momentos de dificultades o pruebas. Para poder darlas, hay escuchar al Consejero, al Espíritu Santo, que es quien las recuerda. Para esto también es necesario, como dice Pedro, venerar en el corazón a Cristo y estar en paz con la propia conciencia.

Esto implica un esfuerzo permanente de parte nuestra. Para estar con la conciencia en paz hay que vivir en el amor, es decir, realizar lo que Jesús, el primer Paráclito, nos pide: aceptar y cumplir sus mandamientos, escucharlo y atender a sus consejos, actuar como Él nos indica. El otro Consolador, el Espíritu Santo, recuerda una y otra vez lo que Jesús nos pide. Si le hacemos caso no estaremos desamparados, viviremos en paz, daremos razón de nuestra esperanza.

A la luz de la Palabra de Dios que se ha proclamado hoy, revisemos y reorientemos nuestra vida. ¿Escuchamos a Jesús? ¿Seguimos las orientaciones que nos da su Espíritu? ¿Anunciamos la Buena Nueva como Felipe? ¿Sabemos dar razón de nuestra esperanza? ¿Estamos en paz con nuestra conciencia? Preparémonos para recibir a Jesús, el primer Paráclito, hecho Pan en la Eucaristía. Su presencia sacramental es manifestación clara de que no estamos desamparados.

# La Ascensión del Señor

## “Enseñándolas a cumplir todo cuanto yo les he mandado”

**Textos:** Hch 1, 1-11; Ef 1, 17-23; Mt 28, 16-20

*“Enseñándolas a cumplir todo cuanto yo les he mandado”* (*Mt* 28, 19). Esto que escuchamos en el texto del Evangelio es esencial en la misión que Jesús encomendó a sus discípulos antes de regresar al Padre. Hoy, que celebramos la solemnidad de la Ascensión de Jesús, se nos recuerda esa encomienda del Señor y, por lo mismo, se nos da la oportunidad de revisar qué tanto estamos realizando esa tarea en nuestra vida ordinaria, tanto en la familia como en la comunidad.

Jesús está resucitado y sentado a la derecha del Padre, lo acabamos de escuchar, y Dios lo constituyó cabeza suprema de la Iglesia. Esta es la plenitud del servicio, de la entrega de Jesús, que celebramos este domingo. Nosotros, como miembros de su cuerpo, o sea, de la Iglesia, tenemos la esperanza de estar junto con Él, una vez que también hayamos muerto y resucitado. Pero antes tenemos que cumplir con fidelidad la misión de enseñar todo lo que Él nos mandó.

¿Qué fue lo que nos mandó? Lo podemos descubrir en el Evangelio de san Mateo. En el Sermón de la Montaña nos dice que seamos pobres de espíritu, misericordiosos, limpios de corazón, amantes de la paz y la justicia, sal de la tierra y luz del mundo; manda que no nos enojemos con el hermano ni lo insultemos o lo ignoremos; nos pide reconciliarnos con quien hemos ofendido, valorar y respetar a la mujer, amar al enemigo, perdonar y no devolver mal por mal.

Jesús nos mandó ayudar al pobre sin publicarlo, orar confiadamente al Padre, no servir al dinero, confiar en la Providencia, buscar ante todo el Reino de Dios y su justicia, no juzgar a los demás, no hacer a otras personas lo que no nos gusta que nos hagan. En resumen, nos pide dar frutos de hermandad. Como misioneros nos manda anunciar la cercanía del Reino de Dios, solidarizarnos con los que tienen enfermedades y dolencias, desear y transmitir la paz.

Cuando habla de la vida interna de la comunidad, manda a sus discípulos ser como niños, tener a los pequeños como centro de atención, buscar a quien se ha alejado de la comunidad y reintegrarlo, vivir la corrección fraterna y perdonar siempre y sin reproches, reunirse en su nombre y orar en común. Exhorta a dar de comer al hambriento y de beber al sediento, vestir al desnudo, visitar al enfermo y encarcelado, hospedar al forastero, atender al huérfano y la viuda.

A quien quiera vivir como discípulo suyo, Jesús le exige renunciar a sí mismo y a las riquezas, cargar la cruz y seguirlo; le pide renunciar a todo tipo de poder y privilegio para hacerse el último, el esclavo y el servidor de todos. Como consecuencia del anuncio del Reino, que se tiene que realizar con las palabras y las obras, Jesús manda aceptar las calumnias, persecuciones, encarcelamientos, torturas, condenas a muerte, con la conciencia de ganar al final la vida.

Así tendríamos que estar viviendo. Esto es lo que tenemos que estar enseñando a los demás. Esta responsabilidad la asumen los papás y padrinos de los niños y niñas que llevan a bautizar. Por tanto, el compromiso del Bautismo no termina con que tengan su sacramento, como se dice, sino que los deben educar de tal manera que logren hacer de cada hijo un cristiano adulto en la fe. Una persona que es adulta en la fe vive de acuerdo a todo lo que Jesús nos manda.

No podemos, ni debemos, quedarnos solo contemplando a Jesús que ascendió al cielo y se mantiene glorificado a la derecha del Padre. La Palabra de Dios y la Eucaristía nos impulsan a volver a la familia y la comunidad para cumplir el mandato de Jesús. Lo primero es convertirnos para vivir lo que Jesús nos mandó y, de esta manera, enseñar a los demás, especialmente a los hijos e hijas, a que comprendan y cumplan con libertad sus responsabilidades bautismales.

# Domingo de Pentecostés

## “Reciban el Espíritu Santo”

**Textos:** Hch 2, 1-11; 1 Cor 12, 3-7. 12-13; Jn 20, 19-23

*“Reciban el Espíritu Santo”* (*Jn* 20, 22), dijo Jesús a sus discípulos, después de saludarlos con el deseo de la paz y enviarlos a la misión. Les comunicó el Espíritu Santo para que fueran a misionar. Esto sucedió el mismo día de la Resurrección por lo que el don del Espíritu es un don pascual. Hoy domingo de Pentecostés, como en aquel domingo, Jesús se hace presente en esta asamblea para confirmar la presencia de su Espíritu entre nosotros y reenviarnos a la misión.

La Iglesia nació el día de Pentecostés, en medio de aquella fiesta judía de las siete semanas. En ella agradecían a Dios los frutos cosechados, especialmente el trigo y la cebada. Por eso es que había tantos judíos, provenientes de muchos países y hablando distintas lenguas. El Espíritu Santo derramado sobre los discípulos de Jesús, hizo que todos los que lo recibieron hablaran un mismo lenguaje. La diversidad quedó unida por el Espíritu, como la Comunión nos une a todos.

Los textos bíblicos que se proclamaron nos dan testimonio de la unidad que crea el Espíritu en la Iglesia y el mundo. Une lo diverso: muchos discípulos, una misión; incontables judíos, un pueblo; numerosos idiomas, un mensaje; diferentes dones, un mismo Espíritu; diversos servicios, el mismo Señor; varias actividades, el mismo Dios; muchos miembros, un solo cuerpo; judíos y no judíos, bautizados en un mismo Espíritu; muchos pueblos beben del mismo Espíritu.

El Espíritu Santo que llena por dentro a quienes lo reciben, los impulsa a la misión. Lo dice san Juan quien, al narrarnos aquel primer encuentro del Resucitado con sus discípulos, presenta el envío que Jesús hace a sus discípulos: *“Como el Padre me ha enviado, así también los envío yo”. Después de decir esto, sopló sobre ellos y les dijo: “Reciban el Espíritu Santo”* (vv. 21-22). La misión consiste en transmitir el deseo de Jesús: *“La paz esté con ustedes”* (vv. 19. 21).

La paz, que es don de Cristo y de su Espíritu, está basada en el perdón. Por eso también pide que se perdonen los pecados. Este deseo del Señor lo tenemos que transmitir sus discípulos por todo el mundo y en todos los idiomas, como sucedió en Pentecostés. Ahí se proclamaron las maravillas de Dios y todos las entendían. Así también hoy, el Espíritu unirá en un mismo proyecto a la multitud de pueblos, no solo al nuestro que anhela y exige la paz con justicia y dignidad.

Tenemos, pues, una responsabilidad muy grande como bautizados. Siendo muchos los miembros de la Iglesia, debemos trabajar por el mismo proyecto de evangelización, que en nuestra Diócesis está diseñado en el 4º Plan de Pastoral. Habiendo varios servicios y ministerios en los barrios, colonias y ranchos de nuestras parroquias, tenemos que colaborar a la construcción de la comunidad. Habiendo variedad de ministros, hay que realizar la misma misión.

Por tener el mismo Espíritu –personalmente lo recibimos en el Bautismo– estamos obligados a dar testimonio de unidad. Si en la familia todas y todos estamos bautizados, lo menos que podemos hacer es vivir en armonía, en unión, en paz, pues *hemos sido bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo* (*1 Cor* 12, 13). Lo mismo se espera que suceda en el barrio o colonia entre los miembros de la Iglesia. Tenemos que aprender a hablar el mismo lenguaje.

Enseguida celebraremos la Eucaristía. Es el sacramento de la Comunión. Nos alimentamos de un mismo Cuerpo, el de Cristo resucitado, para estar en comunión entre nosotros y unidos en el desempeño de la misión. Abrámonos nuevamente a la acción del Espíritu Santo, presente en esta asamblea, para retomar la misión. Que fortalecidos por la Eucaristía proclamemos las maravillas de Dios, que hagamos de la paz el lenguaje común, que vivamos el perdón y la armonía.

# La Santísima Trinidad

## Tanto amó Dios al mundo

**Textos:** Ex 34, 4-6. 8-9; 2 Cor13, 11-13; Jn 3, 16-18

*“Tanto amó Dios al mundo”* (*Jn* 3, 16). Con esta expresión describe Jesús a su Padre. Pone el acento en el amor de Dios y en el modo de manifestarlo a la humanidad. Lo mismo sucede en las otras dos lecturas proclamadas: Dios aparece como amor. Y para hacer presente ese amor es necesaria la respuesta de las personas. Hoy, domingo en que celebramos el día del Padre, la Palabra de Dios nos ilumina en relación al servicio que los papás tienen para con sus hijos.

Jesús habla del amor de Dios al mundo. Dice que amó –y sigue amando– a la humanidad al grado de *“que le entregó a su Hijo único”* (Id.). Con Él nos dio todo. Y luego dice para qué nos lo regaló: *“no envió a su Hijo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salvara por él”* (v. 17). Dios no es castigador, a pesar de los pecados de los hombres y mujeres, sino que es *“compasivo y clemente, paciente, misericordioso y fiel”* (*Ex* 34, 6). Así se presentó ante Moisés.

Estas características de Dios hablan del amor que le tiene a su pueblo. Moisés reconoce que Israel es un pueblo *“de cabeza dura”* (v. 9), lleno de iniquidades y pecados. Y sin embargo le suplica al Señor que esté con ellos en su caminar por el desierto. Dios no es vengativo ni se desquita de los errores de su pueblo. Lo manifestó con Moisés y los israelitas, lo muestra a través de Jesús su Hijo. Pablo lo confiesa como *el Dios del amor y de la paz* (*2 Cor* 13, 11).

Los papás son presencia de Dios para con sus hijos. El don de la paternidad está unido no únicamente al hecho de engendrar y criar a sus hijos e hijas, sino de modo especial al hacerles presente a Dios con su vida. Su responsabilidad entonces consiste en amarlos de tal manera que les ofrezcan a Jesús, que los ayuden a encontrarse con Él y a descubrirlo como camino de salvación, que les enseñen a creer en Jesús. Esto lo han de realizar con su propio testimonio.

¿En qué consiste el testimonio de los papás? En creer en Jesús. Creer significa conocerlo, aceptarlo con sus opciones, estilo de vida y destino, esforzarse por hacer la vida semejante a la de Él, cargar la cruz. Quien cree en Jesús *“no será condenado; pero el que no cree ya está condenado por no haber creído en el Hijo único de Dios”* (*Jn* 3, 18). Entonces los hijos e hijas tienen que descubrir que su papá sí cree en Jesús porque lo conoce, lo acepta y lo sigue.

Las palabras que dice san Pablo para todos los bautizados, las podemos dirigir a los papás: *Estén alegres, trabajen por su perfección, anímense mutuamente, vivan en paz y armonía* (*2 Cor* 13, 11). También se les pueden aplicar las características de Dios, descritas en la primera lectura. Ojalá que cada papá sea *“compasivo y clemente, paciente, misericordioso y fiel”* (*Ex* 34, 8), como Dios. Eso esperan sus hijos e hijas, eso desea su esposa, de ustedes.

Si viven de esta manera, como expresa Pablo, *el Dios del amor y de la paz estará con ustedes* (*2 Cor* 13, 11), y desde su interior lo podrán manifestar en su modo de vivir, al grado que cada hijo y cada hija descubran a Dios en su papá. Esto expresa que creen en Jesús. Así los papás se convertirán en expresión visible de Dios nuestro Padre y no solo estarán en el camino de la salvación, sino que conducirán a sus hijos por ese mismo camino. ¡Qué gran servicio!

La Palabra de Dios nos presenta a Dios que ama a la humanidad hasta darnos a su Hijo. Que cada uno de nosotros, como respuesta a ese amor de Dios, fortalezcamos nuestra fe en Jesús para mantenernos en el camino de la salvación. Que cada papá presente en esta Eucaristía dominical asuma el compromiso de parecerse a Dios en el modo de amar a su esposa y a sus hijos e hijas. Que la Comunión sacramental nos lleve a vivir el amor entre nosotros y con Dios.

# 10º Domingo ordinario

## “Yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores”

**Textos:** Os 6, 3-6; Rm 4, 18-25; Mt 9, 9-13

Al igual que en aquella ocasión en que Jesús visitó a Mateo en su casa para compartir con él la alegría de integrarse al grupo de sus discípulos, nos encontramos reunidos alrededor de esta Mesa para compartir el Banquete que nos ofrece Jesús: su Cuerpo y su Sangre. Y venimos a esta comida en la misma condición de Mateo: como pecadores llamados a seguir a Jesús en su experiencia de servicio al Reino. La Palabra de Dios nos dispone a saborear este Banquete.

La Eucaristía es un Banquete de pecadores convocados por Cristo resucitado. En esta categoría hemos venido a celebrarla y a renovarnos en nuestra experiencia de seguimiento a Jesús. Por eso la Palabra de Dios nos ayuda a reconocer que siendo pecadores, Jesús nos invita a caminar con Él, a trabajar con Él en la construcción del Reino, a fortalecer nuestra opción por los excluidos de la sociedad, a hacer visible en la comunidad la misericordia de Dios.

Entonces participar de la Eucaristía nos compromete a vivir como Jesús la misericordia para con los excluidos no sólo de la vida de la sociedad, sino también de la vida de la Iglesia –y esto es cuestionador para nosotros católicos–. Nos lo recuerdan nuestros Obispos en el Documento de Aparecida cuando expresan que «la globalización hace emerger, en nuestros pueblos, nuevos rostros de pobres» (D.A. 402). La mayoría de ellos, al igual que Mateo, son despreciados.

Los Obispos nos describen «los rostros de los nuevos excluidos: los migrantes, las víctimas de la violencia, desplazados y refugiados, víctimas del tráfico de personas y secuestros, desaparecidos, enfermos de VIH y de enfermedades endémicas, tóxicodependientes, adultos mayores, niños y niñas que son víctimas de la prostitución, pornografía y violencia o del trabajo infantil, mujeres maltratadas, víctimas de la exclusión y del tráfico para la explotación sexual» (*Ibíd*.).

También presentan como rostros de excluidos a las «personas con capacidades diferentes, grandes grupos de desempleados/as, los excluidos por el analfabetismo tecnológico, las personas que viven en la calle de las grandes urbes, los indígenas y afroamericanos, campesinos sin tierra y los mineros» (*Ibíd*.). Siguiendo la enseñanza de Jesús, «la Iglesia [–es decir, nosotros–] debe dar acogida y acompañar a estas personas excluidas en los ámbitos que correspondan» (*Ibíd*.).

Al celebrar la Eucaristía y alimentarnos del Cuerpo resucitado del Señor Jesús, no podemos permanecer indiferentes ante estas situaciones de exclusión, ni debemos condenar a las personas que viven en la pobreza, sino que tenemos la obligación de atenderlas. De otro modo estaríamos actuando como los fariseos que criticaban a Jesús porque comía con publicanos, prostitutas y pecadores, con los sectores excluidos por la sociedad “religiosa” de su tiempo.

Jesús utiliza palabras del profeta Oseas para invitar a la conversión a quienes lo criticaban: *Yo quiero misericordia y no sacrificios* (*Mt* 9, 13). La misericordia tiene que llegar hasta las estructuras sociales, no sólo a personas individuales o a familias. «Por ello, son muy importantes los espacios de participación de la sociedad civil para la vigencia de la democracia, una verdadera economía solidaria y un desarrollo integral, solidario y sustentable» (D.A. 406a).

Que nuestra participación en esta Eucaristía dominical nos lleve, entonces, a reconocer nuestra condición pecadora, con la cual Jesús nos sigue llamando a seguirlo en su servicio al Reino, que conlleva la vivencia de la misericordia. Que la Comunión sacramental nos impulse a ser misericordiosos para con los excluidos de la vida de la Iglesia y la sociedad, de manera que se vayan transformando las estructuras en justas, solidarias y hermanables de modo que nadie quede fuera.

# 11er Domingo ordinario

## Los envió Jesús

**Textos:** Ex 19, 2-6; Rm 5, 6-11; Mt 9, 36-10, 8

En este domingo en que celebramos el Día del Padre, nos hemos convocado como Iglesia para celebrar la Eucaristía con motivo de la Resurrección de Jesús, el Hijo de Dios. Dios nos ama tanto que nos muestra su amor de Padre al darnos a su Hijo, que *murió por nosotros, cuando aún éramos pecadores* (*Rm* 5, 8), y lo resucitó en un domingo como hoy. Dios nos quiere tanto que nos sigue ofreciendo a su Hijo, ahora hecho Pan y Vino para que nos alimentemos de Él.

El texto del Evangelio nos ayuda a pensar en la misión que recibimos junto con el Bautismo. Es la misma misión de Jesús para la que fueron llamados y enviados sus doce discípulos. A los padres de familia se les recuerda que esa misma misión que recibieron al ser bautizados la tienen que realizar en su vida matrimonial y familiar, pues a esto se comprometieron el día de su Matrimonio y el día en que fueron presentando a cada uno de sus hijos e hijas para el Bautismo.

«En todos los ámbitos que constituyen su vocación y misión, el varón debe, en cuanto bautizado, sentirse enviado por la Iglesia a dar testimonio como discípulo y misionero de Jesucristo» (D.A. 460), tanto a lo interno de su hogar como en la vida de su barrio y parroquia. «Sin embargo, en no pocos casos, desafortunadamente, termina renunciando a esta responsabilidad y delegándola a las mujeres o esposas» (*Ibíd.*). Esto es triste y doloroso para la vida de las familias.

La misión de construir el Reino de los cielos está muy clara. Jesús la va viviendo y los discípulos la van aprendiendo día a día con Él. Pero llega el momento en que Jesús se las trasmite, les da el poder de realizarla y los envía, como lo acabamos de escuchar en el texto de san Mateo. Jesús experimenta dolor en el estómago cuando ve que las multitudes de gente, que tenían como pastores a los fariseos, se encuentran agobiadas, sin rumbo en la vida, como ovejas sin pastor.

En relación a los varones, los Obispos del Continente manifiestan que «tradicionalmente, […] en América Latina y El Caribe, un porcentaje significativo de ellos se han mantenido más bien al margen de la Iglesia y del compromiso que en ella están llamados a realizar» (D.A. 461). ¿No será por esto que muchos de los niños, adolescentes y jóvenes de nuestra comunidad anden como ovejas sin pastor, a pesar de que tienen a su papá?

«De este modo, han venido alejándose de Jesucristo […]. Esta suerte de lejanía o indiferencia de parte de los varones, […] contribuye a que vaya creciendo la separación entre fe y cultura, a la gradual pérdida de lo que interiormente es esencial y dador de sentido, a la fragilidad para resolver adecuadamente conflictos y frustraciones, a la debilidad para resistir el embate y seducciones de una cultura consumista, frívola y competitiva, etc.» (*Ibíd*.).

«Todo esto los hace vulnerables ante la propuesta de estilos de vida que, proponiéndose como atractivos, terminan siendo deshumanizadores. En un número considerable de ellos se abre paso la tentación de ceder a la violencia, infidelidad, abuso de poder, drogadicción, alcoholismo, machismo, corrupción y abandono de su papel de padres» (*Ibíd*.). Por eso se invita especialmente hoy a los papás a que como cabeza de su propia familia reafirmen su condición de misioneros.

Al celebrar la Eucaristía y alimentarnos de ella, se nos invita a «profundizar […] el rol específico que le cabe al varón en la construcción de la familia en cuanto Iglesia Doméstica, especialmente como discípulo y misionero evangelizador de su hogar» (463b). Le pedimos a Dios que bendiga a los papás y los ilumine para que, al igual que Jesús, les anuncien a sus hijos la cercanía del Reino de los cielos y se las manifiesten al curarles todo tipo de dolencias y preocupaciones.

# 12o Domingo ordinario

## “No tengan miedo”

**Textos:** Jr 20, 10-13; Rm 5, 12-15; Mt 10, 26-33

Jesús está dando las indicaciones a sus apóstoles al enviarlos a la misión. Con lo que escuchamos en los textos bíblicos proclamados, que nos ayudan a prepararnos al encuentro sacramental con Cristo resucitado, descubrimos que cumplir con fidelidad la misión no es fácil sino que trae muchas dificultades, incluso la muerte. Lo escuchamos en el testimonio de Jeremías y en las palabras de Jesús. La comunión le da la fortaleza al misionero para sostenerse en esa tarea.

Así lo sostienen nuestros Obispos reunidos en Aparecida, cuando afirman que «nuestras comunidades […] reconocen el testimonio cristiano de tantos hombres y mujeres que esparcieron en nuestra geografía las semillas del Evangelio, viviendo valientemente su fe, incluso derramando su sangre como mártires» (D.A. 275). Ellos cumplieron la misión para la que fueron bautizados. Igualmente la tenemos que cumplir nosotros en nuestra familia y en nuestra comunidad.

¿Cuál es la misión que Jesús nos encarga? Es la misma que él va realizando y la misma que encomienda a los doce: anunciar y hacer presente el Reino de Dios en el mundo con las palabras y con los hechos. Lo que Jesús va realizando es lo mismo que sus discípulos tenemos que realizar. La tarea del Reino es de todos los discípulos de Jesús. A eso tenemos que dedicar toda nuestra vida. Nosotros la recibimos en el momento de ser bautizados.

Y Jesús no sólo nos encomienda esa misión sino que, además, nos pide que la realicemos sin miedo y sin avergonzarnos de Él. Proclamar sin miedos y sin vergüenza a pleno día lo que Él nos comunica de noche y gritar desde las azoteas lo que Él nos dice al oído. Si nos fijamos bien la mayoría de nosotros nos avergonzamos de Jesús y de la misión, porque no anunciamos el Evangelio, ni en la familia ni en la comunidad.

Venir a la celebración de la Eucaristía en este domingo es, entonces, mucho más que cumplir un mandamiento. Es renovar el compromiso de ser discípulos misioneros de Jesús en medio del mundo. Y para sostenernos en el desempeño de esa tarea Dios nos da como alimento a su propio Hijo que se hace Pan y Vino para nosotros. Si cumplimos nuestra tarea como misioneros después de esta celebración, viviremos a plenitud la Eucaristía y así si tiene sentido celebrarla.

Jesús nos invita también a que no tengamos miedo vivir como misioneros, sobre todo si nos encontramos con quienes nos amenazan de muerte. Si el Padre cuida de los pajaritos, con mucha mayor razón cuida de los enviados de su Hijo. Jeremías tenía esa confianza en Dios, Jesús vivió siempre abandonado a la protección de su Padre y a la fortaleza de su Espíritu. Aunque le quitaron la vida, Dios se la devolvió en un domingo como hoy.

Si Jesús no se avergonzó de su Padre ni del Evangelio aunque lo despojaron de su vida, tampoco sus discípulos nos tenemos que avergonzar de Él ni del Evangelio. Al contrario, estamos invitados a dar testimonio de Jesús desde todas las azoteas que estén a nuestro alcance; hemos sido enviados a proclamar a plena luz del día las enseñanzas de Jesús y a gritar todo lo que nos ha estado diciendo al oído: que Dios está siempre con quien anuncia el Evangelio.

Que la celebración de la Eucaristía de este domingo y la participación en la Comunión sacramental nos fortalezcan para que en cada familia y en todos los barrios de la parroquia sigamos proclamando sin miedo el Evangelio. Que no seamos católicos que nos avergoncemos de Jesús, sino que verdaderamente dediquemos nuestra vida a cumplir la misión que recibimos en el Bautismo, misión para la que nos alimentamos del Cuerpo y la Sangre de Jesús.

# 13er Domingo ordinario

## “No es digno de mí”

**Textos:** 2 Re 4, 8-11. 14-16; Rm 6, 3-4. 8-11; Mt 10, 37-42

*“No es digno de mí”* (*Mt* 10, 37. 38). Con esta frase Jesús completa las exigencias para quienes quieren ser miembros de su comunidad. Ser dignos de Jesús equivale a pertenecer a su comunidad de discípulos y discípulas. Para esto es necesario amarlo a Él más que al papá, a la mamá, a los hijos y a las hijas; es necesario también tomar la cruz y seguirlo. Esto es mucho más que recibir el Bautismo: significa optar por Jesús y su proyecto del Reino y asumir las consecuencias.

Las palabras que escuchamos en el texto del Evangelio las dijo Jesús a los Doce al enviarlos a la misión. Les estaba planteando lo que trae la opción por Él. Primeramente tienen que estar desprendidos de todo tipo de ataduras, sean personas, bienes o proyectos, para poder asumir la persona, el estilo de vida y el proyecto de Jesús. Asumir su vida y proyecto es tomar la cruz y seguirlo. Luego es ir a la misión en la misma condición de Jesús: Él es el profeta y el justo.

Al ir como Jesús a la misión, los discípulos van a experimentar lo mismo que Él: como profetas el rechazo y desprecio, y como justos la condena a muerte hasta perder la vida. Así le pasó a Jesús. Quiere decir que quien quiera pertenecer a la comunidad de discípulos y discípulas de Jesús no se debe contentar con la recepción del Bautismo y los demás sacramentos, sino que tiene que ir aclarando las exigencias que presenta el Señor. Y esta es una tarea permanente.

Ciertamente el Bautismo nos identifica con Cristo pero también nos compromete, como lo recuerda de una manera muy bonita y profunda san Pablo: *Todos los que hemos sido incorporados a Cristo Jesús por medio del bautismo, hemos sido incorporados a su muerte. En efecto, por el bautismo fuimos sepultados con él en su muerte, para que, así como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros llevemos una vida nueva* (*Rm* 6, 3-4).

El compromiso consiste en llevar día a día una vida nueva. Es la vida en el desprendimiento, la sencillez, el compartir, el servicio, el perdón, el dar la vida; es la vida en el anuncio del Reino de Dios. Es la vida cargando la cruz. Es la vida en que la propia vida está en riesgo por la causa de Jesús. Todo esto equivale a ser profetas, a vivir como justos, a caminar como discípulos. El reto está en vivir así en medio de este ambiente orientado al consumismo y al acaparamiento.

Si tenemos en cuenta las palabras de Jesús, quien esté apegado a la comodidad familiar, a la posesión del dinero y bienes materiales, a la vida sin compromiso, a la vida asegurada, no es digno de Jesús; es decir, no puede pertenecer a su comunidad de discípulos y discípulas. Quizá venga la pregunta: ¿y entonces el Bautismo no sirve para pertenecer a la Iglesia? Claro que sí, pero es solo la puerta de entrada. La pertenencia a la Iglesia se vive en la práctica diaria.

Cuántas personas están bautizadas, confirmadas, han hecho la Primera Comunión, y no han asumido las exigencias de Jesús para vivir como discípulos suyos en la comunidad. Podemos decir entonces que hay muchísimas personas bautizadas que no son dignas de Jesús. ¿Por qué? Sencillamente porque no han hecho la opción por Él, su estilo de vida, su proyecto del Reino, su camino hacia la cruz. Incluso muchas personas que se confiesan y comulgan frecuentemente.

El Señor nos recuerda hoy las exigencias para ser dignos de Él. Ciertamente no hay que esperar algo a cambio de vivir de acuerdo a sus exigencias: ni recompensas ni agradecimientos ni reconocimientos. Solamente el saber que pertenecemos a su comunidad y lo manifestamos con nuestros hechos diarios de vida nueva. O estar decididos a recibir el trato que recibieron los profetas, los justos, los verdaderos discípulos: perder la vida, en este caso por Jesús, y salvarla.

# 14o Domingo ordinario

## “Gracias, Padre, porque así te ha parecido bien”

**Textos:** Zac 9, 9-10; Rm 8, 9. 11-13; Mt 11, 25-30

*“Gracias, Padre, porque así te ha parecido bien”* (*Mt* 11, 25). Esta es la Eucaristía de Jesús, que brota desde el fondo de su corazón. Eucaristía significa acción de gracias. Y Él la eleva a su Padre porque las cosas del Reino se las ha escondido a los sabios y entendidos y las ha revelado a la gente sencilla. La eucaristía de Jesús, su acción de gracias, es porque a Dios le parece bien que los sencillos, los aparentemente ignorantes, los pobres, capten y acojan el Reino.

Nos hemos reunido en este domingo, como cada ocho días para celebrar la Eucaristía. Nuestra acción de gracias al Señor es porque en un domingo resucitó a Jesús de entre los muertos y porque así resucitado habita en nosotros, como recuerda Pablo. El resucitado es el mismo que elevó su acción de gracias porque el Reino, la revelación del Padre y el descanso de las fatigas las experimentan los pobres. Ellos son los privilegiados de la misión de Jesús y de su Iglesia.

Con la celebración Eucarística de hoy le agradecemos a Dios los esfuerzos realizados en nuestra Diócesis durante treinta y nueve años. El pasado jueves los cumplimos y entramos a los cuarenta. Este es un motivo de acción de gracias a Dios y no tanto ni solamente por los años cumplidos, sino por lo que en este tiempo se ha trabajado para que los pobres sigan siendo quienes capten, acojan y prolonguen la vida del Reino de Dios en los pueblos del Sur de Jalisco.

Jesús fue pobre. Así lo profetizó Zacarías, quien lo anunció como como rey *humilde y montado en un burrito* (9, 9). “Nació pobre, vivió más pobre y murió pobrísimo”, como expresaba continuamente Don Serafín, segundo Obispo de nuestra Diócesis. Jesús fue pobre por condición social y por opción de vida: estuvo siempre abierto a Dios, vivió totalmente confiado a Él, la pasó desprendido de todo para darse a todos. Así es el pobre y así deberíamos ser nosotros.

Por ser pobre, Jesús fue considerado ignorante por los sabios y entendidos. Ellos pensaban que pobre era equivalente a ignorante. Exactamente lo contrario a Dios. Para Dios los pobres –y Jesús fue el más grande entre ellos– son los privilegiados, por ser quienes descubren los misterios del Reino. Por eso precisamente Jesús dio gracias a su Padre; y todavía lo remarcó: *“porque así te ha parecido bien”* (Id). Los considerados ignorantes son motivo de la eucaristía de Jesús.

Nuestra Diócesis de Cd. Guzmán se ha esforzado por vivir como Jesús: en la pobreza y al servicio de los pobres. Así lo ha expresado en los cuatro planes de pastoral y en el Sínodo Diocesano. Además, en 1983 se asumió como Diócesis la opción por los pobres, es decir, por estar al servicio de ellos, por hacer que ellos sean sujetos en la vida de la Iglesia y protagonistas en la vida de la Sociedad Civil. Esto se ha buscado con la conciencia de que así le parece bien a Dios.

Tenemos pues unas responsabilidades muy grandes, y las renovamos en esta Eucaristía dominical: prolongar la acción de Jesús en bien de los pobres y sencillos, descritos por Él como *“los que están fatigados y agobiados por la carga”* (v. 28), haciéndosela liviana por medio de la solidaridad; hacer que, con los trabajos evangelizadores de nuestra Diócesis, los pobres de nuestras comunidades se conviertan en sujetos de la misión de la Iglesia y la Sociedad Civil.

Si seguimos en nuestras comunidades: barrios, ranchos, colonias, parroquias, unidos a la oración de Jesús, si continuamos con su estilo de vida pobre, si mantenemos el servicio a favor de los más pobres, si se siguen dando las experiencias en que los pobres descubran y comprendan las cosas del Reino, entonces lograremos mantener la eucaristía de Jesús al Padre: *“Gracias, Padre, porque así te ha parecido bien”* (Id.). Unamos nuestra Eucaristía a la de Jesús.

# 15o Domingo ordinario

## “Cayeron en tierra buena y dieron fruto”

**Textos:** Is 55, 10-11; Rm 8, 18-23; Mt 13, 1-23

*“Cayeron en tierra buena y dieron fruto”* (*Mt* 13, 8). Así se expresó Jesús de los granos que produjeron lo que el sembrador esperaba: *“unos, ciento por uno; otros, sesenta; y otros, treinta”* (Id.). Lo importante es, entonces, que la semilla que se siembra dé fruto. Esto nos habla del proyecto del Reino de Dios, que Jesús viene a traer. En esta celebración Eucarística dominical se nos da la oportunidad de revisar qué está pasando con la Palabra de Dios que hemos recibido.

La explicación de la parábola la da el mismo Jesús. Lo que nos toca hacer es, primero, tomar conciencia del proyecto de Dios; luego, agradecerle que muchas veces hemos recibido su Palabra; y, por último, renovar el compromiso de sembrar la Palabra de Dios en nuestras familias y comunidades. Por último, hoy tenemos la oportunidad de saborear la Comunión, es decir, a Cristo resucitado, que se nos da como Pan, un alimento elaborado con muchas semillas.

El proyecto de Dios es que su Palabra tenga resultados. Lo dice a través del profeta Isaías, con el ejemplo de la lluvia que baja del cielo, fecunda la tierra y da semilla. *“Así será la palabra que sale de mi boca: no volverá a mí sin resultado, sino que hará mi voluntad y cumplirá su misión”* (55, 11). Dios espera que su pueblo viva en la hermandad, la justicia, la solidaridad, el amor, la paz. A eso precisamente nos ha invitado desde siempre. Quiere que seamos hermanos.

Este domingo le agradecemos a Dios que hemos sido privilegiados porque su Palabra nos ha llegado muchas veces y por muchos medios. No podemos quejarnos que nos ha hecho falta. Todo lo contrario. ¿Cuántas veces hemos escuchado o leído algún texto bíblico? Seguramente responderemos que muchas, sin poder decir un número. Pero el asunto es entonces: ¿qué está produciendo en nuestra vida personal esa Palabra sembrada en nuestro corazón? Pensemos.

La esperanza del sembrador es que, cuando llegue la cosecha, pueda recoger el fruto de su trabajo. Dios, que quiere que seamos hermanos, espera que la Palabra que nos ha dirigido –y nos sigue enviando día a día– encuentre en cada uno de nosotros un corazón fecundo que la reciba, la deje crecer y produzca sus frutos de hermandad. Dios espera que haya *“semilla para sembrar y pan para comer”* (v. 10), es decir, que haya amor, solidaridad, justicia y paz.

¿Cómo andamos? ¿Qué hemos hecho con su Palabra? ¿No se la estará llevando el diablo? ¿No nos emocionamos al escucharla y luego, por la desidia o la inconstancia, la olvidamos? ¿No será que nos preocupamos más por el dinero, los bienes materiales, el poder o la fama y esto nos está absorbiendo? Esto es importante que lo reconozcamos porque tenemos la encomienda de sembrar esa Palabra en la familia, la comunidad, el mundo del trabajo, la sociedad…

Si la Palabra de Dios no está produciendo los frutos que Dios y Jesús esperan de nosotros que la recibimos, ¿qué vamos a sembrar en los demás: en los hijos, en los vecinos, en los compañeros de trabajo…? Quizá un camino equivocado o piedras en las que no entra ni el agua o espinas que hieren en cuanto se les toca. Con esto estaremos formando personas a las que tal vez les digamos algo de la Palabra, pero no la dejarán dar fruto en ellos y en su comunidad.

Los textos bíblicos que se han proclamado nos invitan a reasumir nuestras responsabilidades: dar gracias a Dios por estar recibiendo su Palabra en nuestra vida; ser tierra buena que recibe la Palabra de Dios y llega a producir frutos de hermandad; sembrar esa Palabra a las personas que nos rodean: hijos, vecinos, compañeros de trabajo, amistades. Participemos ahora del Cuerpo de Cristo, que se hará presente en el Pan amasado con muchas semillas de trigo.

# 16o Domingo ordinario

## “¿Qué no sembraste buena semilla en tu campo?”

**Textos:** Sb 12, 13. 16-19; Rm 8, 26-27; Mt 13, 24-43

*“¿Qué no sembraste buena semilla en tu campo?”* (*Mt* 13, 27), le pregunta uno de los trabajadores al amo, en la parábola que acabamos de escuchar. Y continúa: *“¿De dónde, pues, salió esta cizaña?”* (Id.). Estas preguntas nos pueden servir de revisión en relación a lo cerca o lejos que estemos del Reino de Dios. Para esto es necesario descubrir qué semilla se ha sembrado en nosotros, si somos semilla buena o cizaña y qué semilla estamos sembrando entre los nuestros.

Jesús, que es el sembrador de la parábola, sembró siempre buena semilla en sus discípulos. Les indicó el camino a recorrer y el estilo de vida que debían llevar: el camino es el del servicio la entrega, hasta la cruz; y el estilo de vida es servir a todos, perdonar al enemigo, atender al pobre, hacer comunidad, orar al Padre… Eso que Jesús les enseñó con sus palabras y sus hechos, vale también para nosotros que recibimos el Bautismo y nos reconocemos sus discípulos.

Quien recorre ese camino y asume ese modo de vivir es buena semilla o, como dice Jesús, es ciudadano del Reino. El primero de todos es Jesús porque así vivió su existencia terrena. A lo largo de los años, comenzando en nuestra casa y siendo apoyados por la comunidad, especialmente a través de los catequistas, se ha ido sembrando en nosotros esa semilla. La pregunta ahora es si eso que se ha sembrado en nuestro corazón está apareciendo en nuestra vida.

¿O no será que, conforme han pasado los años hemos tomado un camino y asumido un estilo de vida diferente al que propone Jesús? Es decir, queremos que nos sirvan, no perdonamos, pasamos de largo ante el sufrimiento del pobre, somos vengativos, dividimos a la familia y a la comunidad, somos injustos, hacemos tranzas, buscamos el poder. Si es así, entonces el maligno –que actúa siempre a través de sus partidarios– ha sembrado la cizaña en nuestro corazón.

Lo más grave para nosotros sería que habiendo recibido el Bautismo, confesándonos católicos, y siendo cizaña, eso mismo estemos transmitiendo a los demás: los papás a los hijos, los que nos reunimos en la comunidad a los vecinos, los que participamos en la Misa a los que poco o nada se acercan a la vida de Iglesia. Por eso el día de hoy tenemos una oportunidad maravillosa para revisarnos y retomar el compromiso de ser buena semilla, es decir, de convertirnos.

Ante la pregunta que hacen los trabajadores a su amo sobre arrancar la cizaña, él les responde que no; y recomienda que mejor la dejen crecer hasta el tiempo de la cosecha. Esta respuesta nos describe a Dios. Dios es bueno y misericordioso: nos hizo libres para que elijamos el camino y el estilo de vida a seguir; y nos respeta, aunque nos equivoquemos. Mejor espera a que cada quien rehaga el camino, a que el pecador se arrepienta, como dice la primera lectura.

Esto significa que Dios nos da la oportunidad de cambiar de vida si estamos siendo cizaña. Estamos llamados a ser semilla buena en nuestro mundo. Tenemos que dar testimonio en medio del ambiente de pobreza, violencia, droga, consumismo, individualismo… en que vivimos. Nuestro compromiso es crecer como buena semilla en medio de la cizaña que nos rodea dondequiera. La esperanza es que, al final, podamos brillar entre los justos en el Reino del Padre.

La entrada al Reino no depende entonces de si estamos bautizados o no, de si venimos a la Misa dominical o no, de si tenemos todos los sacramentos o no. Ciertamente los necesitamos en nuestra vida, pero es necesario seguir recibiendo en nuestro corazón la buena semilla que Jesús siembra y no la cizaña; es indispensable vivir como buena semilla, y no como cizaña, en nuestra familia y comunidad; y continuar sembrando la buena semilla, y no la cizaña, entre los nuestros.

# 17o Domingo ordinario

## “Va y vende cuanto tiene”

**Textos:** 1 Re 3, 5-13; Rm 8, 28-30; Mt 13, 44-52

*“Va y vende cuanto tiene”* (*Mt* 13, 44. 46). Es lo que hace la persona que se encuentra un tesoro escondido en el campo, con tal de conseguirlo; eso mismo hace el comerciante en perlas finas cuando ve una muy valiosa y se decide a hacerla suya. ¡Venden todo! Aquí pone Jesús el acento cuando nos aclara lo que tiene que ser para nosotros el Reino de Dios: un tesoro invaluable por el que vale la pena deshacerse de toda actitud y estilo de vida contrarios a Él.

Estamos reunidos en este domingo para celebrar la Eucaristía, que es nuestra perla más preciosa para sostenernos en el trabajo por el Reino. ¿Qué hacer para que cada ocho días todos los bautizados dejen todo con tal de celebrarla? Este es un desafío que tenemos. La Palabra de Dios que hemos escuchado ­es un tesoro que hay que descubrir día a día, pues nos orienta para vivir en el Reino. ¿Cómo lograr que todas las familias la aprovechen? Este es otro desafío.

Jesús compara el Reino de Dios con algo muy valioso, como un tesoro o una perla fina. Todos sabemos lo que es un tesoro o una joya costosa. Es algo de por sí atractivo y si se tiene la oportunidad de poseerlo, inmediatamente se piensa en qué hacer en el momento de ser el dueño. En los concursos de la televisión, cuando alguien se gana un premio, sobre todo si es mucho dinero, lo primero que le preguntan es en qué lo va a utilizar. ¡Cuánta gente sueña con ganar!

El Reino es como un tesoro; pero no un tesoro material. Es muy diferente. El Reino es un estilo de vida que tiene como centro el amor. Es un modo de vivir en el que Dios reina. Donde se vive el amor, donde hay justicia, donde aparece la solidaridad con el pobre, donde se vive en armonía y paz, ahí reina Dios. Por eso vale. Y la invitación que hace Jesús a lo largo de su ministerio es a entrar en él. En las parábolas que escuchamos aparece como deseo de poseerlo.

Pero, para poseer el Reino hay que deshacerse de todo cuanto se tiene, como hicieron el que descubrió el tesoro en el campo y el que se encontró la perla muy valiosa. Y al decir todo, es todo, según la enseñanza de Jesús. Él es muy exigente. En el caso de que alguien quiera seguirlo en la vida del Reino, necesita asumir las exigencias que Jesús plantea. Hay que estar totalmente libres y disponibles para Jesús y la vida del Reino. Nada nos tiene que atar.

¿Qué es eso todo de lo que hay que desprenderse? Lazos familiares, las comodidades, las opciones y proyectos de vida en relación al dinero, la fama, el poder. *“El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; y el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí”* (10, 37), les dijo a los Doce; al joven ricole pidió: *“ve a vender todo lo que tienes y dáselo a los pobres; así tendrás un tesoro en los cielos. Luego ven y sígueme”* (19, 21).

También dice, al enviar a sus discípulos a la misión: *“No lleven oro ni plata ni dinero en el bolsillo; ni morral para el camino ni dos túnicas ni sandalias ni bastón”* (10, 9-10). Además, se ocupa hacer opción por el estilo de vida que Jesús propone, lo que exige cambiar actitudes: tener espíritu de pobre, ser misericordiosos, tener hambre y sed de justicia, perdonar setenta veces siete, etc. Todo esto significa ir y vender todo cuanto tenemos para conseguir el Reino.

Pidamos a Dios, como Salomón, la sabiduría necesaria para reconocer y desear el tesoro del Reino de Dios; que sepamos distinguirlo del reino del mal, que siempre se nos ofrece como un tesoro valioso. Que nos sepamos desprender de todo lo que nos impide entrar en el Reino, de manera que, como dice Pablo, reproduzcamos en nosotros mismos la imagen de Cristo. Que al final seamos de los peces buenos, porque fuimos y vendimos todo para poseer el Reino.

# 18o Domingo ordinario

## Se compadeció de ella

**Textos:** Is 55, 1-3; Rm 8, 35. 37-39; Mt 14, 13-21

*Se compadeció de ella* (*Mt* 14, 14). Con esta expresión, san Mateo nos ayuda a descubrir que Jesús es el Buen Pastor que da la vida por sus ovejas. La gente lo buscaba y al ver a la multitud se le removieron las entrañas y reaccionó; no se quedó indiferente ni siguió en lo que estaba. Es lo que significa que se compadeció. Hizo suya la situación de aquella muchedumbre necesitada, al grado de dejar lo que hacía para atenderla, curar sus enfermos y predicarles la Buena Nueva.

Eso que Jesús hace con aquellas personas, lo enseña a sus discípulos y discípulas y lo convierte en Eucaristía. A nosotros nos corresponde hacer lo mismo, es decir, ver las necesidades de los pobres, de los que sufren, de los excluidos, y no ignorarlas, sino experimentar la compasión, atenderlas con nuestros recursos y convertir ese modo de actuar en Eucaristía. Es lo que significan las palabras de Jesús: *“No hace falta que vayan. Denles ustedes de comer”* (v. 16).

La manera de actuar de Jesús es diferente a la de los discípulos. Ellos ven fácil despachar a la gente para que cada quien busque que comer; eso no es compadecerse sino desentenderse. Y quien quiera ser verdadero discípulo de Jesús tiene que experimentar que se le remueven las entrañas ante el sufrimiento de los demás y hacer suyo ese sufrimiento. Por eso Jesús les devuelve la responsabilidad. También, movidos por la compasión, tienen que buscar la solución.

No les queda otro camino que compartir lo poco que se tiene: cinco panes y dos pescados. Eso es todo lo que hay que hacer. Con eso basta para dar de comer a toda aquella multitud. Pero hay que dar el paso de poner al servicio de los demás lo que se tiene. Cuando el pan se comienza a acaparar, después no ajusta. Lo vemos todos los días en nuestro mundo. Por eso es que Jesús pide eso poco que hay: *“Tráiganmelos”* (v. 18), les dice. Así comienza el milagro.

Una vez que se compartieron los panes y los pescados, Jesús realizó unos gestos que después quedarían para nosotros. Dice san Mateo que *tomó los cinco panes y los dos pescados, y mirando al cielo, pronunció una bendición, partió los panes y se los dio* (v. 19). Son las acciones que grabó en el corazón de los discípulos durante la Última Cena y que realizamos en cada celebración Eucarística: «tomó el pan, dándote gracias, lo partió y lo dio a sus discípulos».

Como Pastor, Jesús se compadeció, atendió, curó, dio gracias a Dios, dio de comer, se dio a sí mismo. Lo que sucedió en la Última Cena y en la cruz, culminó lo que Él iba haciendo día a día. De esta manera vivió y mostró el amor de Dios por los desposeídos de la humanidad; ese amor que reconocimos en el Salmo: *A ti […] sus ojos vuelven todos y tú los alimentas a su tiempo. Abres […] tus manos generosas y cuantos viven quedan satisfechos* (144, 15-16).

De esta manera Jesús cumplió la promesa de Dios a su pueblo, sobre todo a favor de quienes tienen hambre y sed, promesa que nos transmite el profeta Isaías: *“Todos ustedes, los que tienen sed, vengan por agua; y los que no tengan dinero, vengan, tomen trigo y coman; tomen vino y leche sin pagar* (55, 1). Dios no quiere que sus hijos sufran por el hambre o cualquier otra necesidad sino que tengan vida digna. Jesús nos enseña el camino: compartir nuestro pan.

Nosotros, que participamos en esta Eucaristía dominical, nos encontramos con el Señor que, ante las necesidades de los pobres, nos dice: *“No hace falta que vayan. Denles ustedes de comer”* (*Mt* 14, 16). La participación en la Comunión sacramental, que es Pan el tomado con la mano, bendecido, partido y compartido, nos compromete a compadecernos, como Jesús, de los sufrimientos y angustias de nuestros hermanos y hermanas, desposeídos en la comunidad.

# 19o Domingo ordinario

## “Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?”

**Textos:**1 Re 19, 9. 11-13; Rm 9, 1-5; Mt 14, 22-33

*“Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?”* (*Mt* 14, 31), le dijo Jesús a Pedro después de que le tendió la mano y lo sostuvo, cuando éste se estaba hundiendo y le pidió que lo salvara. Esta es una escena que representa muy bien lo que muchas veces vivimos los bautizados: nuestra poca fe. Este encuentro entre Pedro y Jesús se dio en un contexto de dificultades por el que pasaban los discípulos: primero la subida forzada a la barca, luego la tempestad y, por último, el miedo.

San Mateo nos quiere ayudar a caer en la cuenta de dos cosas: una, que la vida de la comunidad tiene muchos conflictos; la otra, que para seguir a Jesús se necesita mucha fe. La primera dificultad que aparece es que Jesús obligó a los discípulos a subir a la barca. Seguramente querían quedarse a saborear, y quizá repetir, el acontecimiento de la multiplicación de los panes. Pero la misión continúa, la tarea de anunciar el Reino sigue. Por eso Jesús los hace subir.

Luego, cuando ya iban en la barca ­–que representa a la comunidad–, se encontraron con las dificultades por los fuertes vientos y el oleaje. Varios de ellos estaban acostumbrados a esto, pues eran pescadores. Sin embargo, la dificultad creció cuando vieron a Jesús caminar sobre el agua. Entonces les llegó el miedo, porque pensaron que era un fantasma. ¿Cómo entender que se asustaron si navegaban noches enteras por el lago en su trabajo? Sin embargo, así sucedió.

Esto nos ayuda a caer en la cuenta de que en la vida, y no se diga en el cumplimiento de la misión, nos encontramos con dificultades. Estas nos llevan a enfrentarnos con nuestra capacidad de responder para salir adelante. Personalmente y como comunidad –ya sea como barrio o rancho, o como parroquia– siempre nos vamos a encontrar vientos contrarios al realizar la misión. Allí se ve probada nuestra fe y confianza en Jesús, que camina siempre con nosotros.

Al llegar Jesús y hacerse presente entre sus discípulos, especialmente en los momentos de conflictos, viene la calma. En aquella noche, primero los tranquilizó: *“Tranquilícense y no teman. Soy yo”* (v. 27). Después, al subir a la barca, *el viento se calmó* (v. 32). En nuestra vida ordinaria, en el cumplimiento de la misión, Jesús nos ayuda a tener calma ante las adversidades. Pero hay que escucharlo y confiar siempre en Él, no solo en las dificultades, como pasa de ordinario.

Pedro entra en escena, pero con duda y con la tentación del poder: *“Señor, si eres tú, mándame ir a ti caminando sobre el agua”* (v. 28). Caminar sobre el agua era algo que en la tradición bíblica lo podía hacer solamente Dios. Entonces, Pedro, al igual que Adán y Eva, quiso ser como Dios. Cayó en la tentación. Jesús lo dejó y lo invitó a ir hacia Él. Pero nos dice san Mateo que al sentir la fuerza del viento, le entró el miedo y se comenzó a hundir. Y le pidió ayuda.

Le apareció su poca fe, como Jesús le aclaró. En su afán por ser como dios, Pedro se hundió. Así les sucedió a nuestros primeros padres: se hundieron en el pecado. Así le pasa a quien tiene dinero y poder y se siente dios: se hunde en su condición humana al ubicarse por encima de los demás. Y, todavía peor, alguien se hunde como persona, y como cristiano, si ha recibido el bautismo, cuando hunde a otros en el alcohol, la droga, la violencia, la falta de hermandad…

Para seguir a Jesús y superar los obstáculos es necesaria la fe, mucha fe. Esto significa creer en Jesús y su proyecto del Reino, vivir como misioneros, luchar por salir de las situaciones en que nos hemos hundido. Jesús camina con nosotros y nos anima. Hoy viene a nuestro encuentro en un pedazo de pan. Al encontrarnos con Él en la Comunión, podremos experimentar su presencia, que tranquiliza ante las dificultades de la misión y fortalece la fe en Él.

# 20° Domingo ordinario

## “¡Qué grande es tu fe!”

**Textos:** Is 56, 1. 6-7; Rm 11, 13-15. 29-32; Mt 15, 21-28

*“¡Qué grande es tu fe!”* (*Mt* 15, 28). Con estas palabras alabó Jesús a aquella mujer cananea que sufría por la enfermedad de su hija y le suplicaba que tuviera compasión de ella. ¡Qué diferencia de palabras de Jesús en relación a las que dirigió a Pedro! A él, como escuchamos y reflexionamos el domingo pasado, cuando se estaba hundiendo y le pidió que lo salvara, le dijo: *“Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?”* (14, 31). El discípulo con poca fe; ella con fe grande.

La fe de la mujer, expresada de varias maneras en aquel encuentro, es un modelo para los discípulos y discípulas de Jesús, no solo los de aquel tiempo sino también para nosotros. Ella, cuando se encontró con Jesús, ya creía en Él. Lo expresó al llamarlo: *“Señor, hijo de David”* (15, 22); y luego le platicó su situación, pues sabía que la iba a escuchar y a atender, como hacía ordinariamente con los enfermos y sus familiares. Tenía toda su esperanza puesta en Él.

La cananea insistió una y otra vez, a pesar de que parecía que Jesús no la escuchaba y a pesar del enfado de los discípulos. Ellos, al pedirle a Jesús que la atendiera porque ya los había hartado, manifestaron su poca fe: no se compadecían del sufrimiento de una persona. Pero con la petición que le hicieron a Jesús, también mostraron la mentalidad que había entre los judíos respecto a ese tipo de personas. Era una persona en desventaja en relación a los judíos.

Ella llevaba una carga muy grande sobre sus espaldas. Primero, la enfermedad de su hija, que es algo ya de por sí pesado, como lo sabemos por experiencia. Luego, era mujer y las mujeres valían menos que los varones; su papel se reducía a atender al esposo, limpiar la casa y tener hijos. Además era extranjera –habitante de Canaán–, y un extranjero para los judíos era un pagano porque, según la tradición, no pertenecía al pueblo que Dios había elegido.

La respuesta de Jesús, aparentemente majadera, hace que la mujer muestre nuevamente su fe: *“No está bien quitarles el pan a los hijos para echárselo a los perritos”* (v. 26). En este caso los hijos serían los judíos; y los perritos, los paganos. Así catalogaban los judíos a los paganos. Ella no se hizo para atrás. Aceptó su situación y manifestó de nuevo su fe. Reconoció que era mujer, que era extranjera y, por tanto, pagana; aceptó ser considerada y tratada como perrito.

Le dijo a Jesús: *“Es cierto, Señor, pero también los perritos se comen las migajas que caen de la mesa de sus amos”* (v. 27). O sea que estaba dispuesta a lo que llegara de Jesús, aunque fueran migajas que los judíos desperdiciaban. Con esto abrió la puerta para participar del banquete del Reino. Jesús, reconociendo la fe de la mujer, le dijo: *“Que se cumpla lo que deseas”* (v. 28). No solamente se curó su hija, sino que el Reino se abrió otra vez para los extranjeros.

Así se cumplió aquello que anunció el profeta Isaías y que escuchamos en la primera lectura: *“A los extranjeros que se han adherido al Señor para servirlo, amarlo y darle culto […] los llenaré de alegría”* (56, 6). Ella estaba totalmente unida al Señor y comenzó a saborear el banquete del Reino, aunque fueran migajas; con eso tuvo. De esta manera, a la luz del texto de la Carta a los Romanos que se proclamó, ella y su hija –y los paganos– resucitaron de entre los muertos.

Hoy nos hemos reunido para celebrar el banquete de la Eucaristía, que es signo y anticipo del Reino de Dios al que todos los pueblos están llamados. La fe de la mujer pagana y el servicio del Señor nos indican el camino para participar en la vida del Reino de Dios. Hay que estar atentos a la situación de los que sufren, de los excluidos y menospreciados, para tenderles la mano y abrirles la mesa del Reino. Solo así mostraremos que tenemos una fe grande en Jesús.

# 21er Domingo ordinario

## “¡Dichoso tú, Simón!”

**Textos:** Is 22, 19-23; Rm 11, 33-36; Mt 16, 13-20

*“¡Dichoso tú, Simón!”* (*Mt* 16, 17), le dijo Jesús a Pedro cuando lo reconoció como *“el Mesías, el Hijo de Dios vivo”* (v. 16). Llamó dichoso al que, como reflexionamos hace quince días, le había dicho: *“Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?”* (14, 31). Y le dijo por qué era dichoso. Porque la respuesta a la pregunta sobre lo que ellos pensaban de Jesús no fue invención de Pedro, sino que se trataba de una revelación del Padre. ¿También nosotros seremos dichosos?

La gente pensaba que Jesús era un profeta. Lo captaban en su manera de expresarse y en su estilo de vida. Llevaba la vida de un profeta: predicaba la conversión, anunciaba el Reinado de Dios, andaba por los caminos y los montes fuera de las ciudades, vivía en la pobreza, estaba amenazado de muerte. Ese era precisamente el estilo de vida de los profetas. Lo veían entonces como un hombre de Dios. Y sin decir Él más de sí mismo. No le interesaba el poder ni la fama.

La pregunta que hizo a sus discípulos, a aquellos que caminaban con Él, que lo escuchaban día a día, que lo veían curar enfermos, expulsar demonios y multiplicar el pan, es una pregunta de fondo: *“Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?”* (16, 15). Es decir, les preguntó sobre lo que habían ido descubriendo de Él por su modo de pensar y de vivir, por la cercanía y la convivencia con Él, por su experiencia de seguimiento. Ciertamente era una pregunta difícil de responder.

Pedro respondió a nombre del grupo. Acertó una después de haber expresado su falta de fe al querer caminar sobre el agua y hundirse. Y Jesús le aclaró que el hecho de reconocerlo como Mesías, algo que quizá entre ellos habían comentado, era un regalo de Dios. Le dijo: *“esto no te lo ha revelado ningún hombre, sino mi Padre, que está en los cielos”* (v. 17). Era, y es, una gracia de Dios reconocer a Jesús como el Mesías, como el Hijo de Dios vivo. Por eso era dichoso.

Tampoco se imaginaba Pedro el modo de ser Mesías de parte de Jesús. Lo descubriremos el próximo domingo. Por lo pronto, la pregunta que Jesús hizo a sus discípulos es también para nosotros: ¿qué decimos de Jesús? ¿Para nosotros quién es? ¿Para mí quién es Jesús? ¿Qué respondemos? La respuesta no tiene que ser por lo que hemos aprendido de memoria sobre Él, en el catecismo o las reuniones de la comunidad, sino de acuerdo a nuestra experiencia de Jesús.

Aquí viene lo interesante. ¿Qué experiencia tenemos de Jesús? ¿Cómo nos estamos encontrando con Él? Porque lo que digamos de Jesús ha de ser por nuestra vivencia de encuentro con Él. Y lo que descubramos no será por nosotros sino, como sucedió con Pedro, por la gracia de Dios, por un regalo suyo. Si logramos expresar que es el Salvador, el Liberador, el Amigo, o alguna otra respuesta, que sea porque estamos convencidos y no porque lo digamos de memoria.

Pero Pedro no solamente fue felicitado por Jesús, sino que también recibió una encomienda muy importante. Así sucede con nosotros. Jesús puso a Pedro como piedra de la comunidad, como el encargado de conducir la vida de los discípulos y discípulas en la vida del Reino de Dios: *“sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. […] Yo te daré las llaves del Reino de los cielos”* (vv. 18. 19). De la misma manera, si reconocemos a Jesús como lo que es, recibiremos más encargos.

Al participar en esta celebración Eucarística dominical, no solo por haber venido sino por encontrarnos con Jesús en la Comunión, tenemos que estar convencidos de que Él es el Mesías, el Hijo de Dios, el Salvador, el Liberador. Para esto es necesario que dejemos que actúe en nosotros la gracia de Dios, que es quien revela a su Hijo. Si lo logramos, como Pedro, seremos dichosos. Dispongámonos pues para vivir el encuentro sacramental con Jesús el Hijo de Dios.

# 22º Domingo ordinario

## “¡Apártate de mí, Satanás!”

**Textos:** Jr 20, 7-9; Rm 12, 1-2; Mt 16, 21-27

*“¡Apártate de mí, Satanás!”* (*Mt* 16, 23). Con estas palabras, le pidió Jesús a Pedro que se pusiera a seguirlo en su camino. ¡Llamó Satanás al que poco antes lo había reconocido como el Mesías, el Hijo de Dios vivo, como reflexionamos el domingo pasado! ¡Le dijo piedra de tropiezo al que había elegido como piedra sobre la que se construiría la comunidad! Y es que Pedro, al reconocerlo como Mesías, se imaginó a Jesús triunfante, poderoso. Y no era así la cosa.

Al reconocer a Jesús como Mesías, hay que seguirlo en su camino hasta el final. Eso rechazaba Pedro de Jesús, y eso nos cuesta muchísimo trabajo a quienes nos confesamos sus discípulos y discípulas. Jesús les había pedido que no dijeran a nadie que Él era el Mesías. Ahora, en el texto del Evangelio que se proclamó, escuchamos lo que implicaba ser Mesías: *“padecer mucho […], ser condenado a muerte y resucitar al tercer día”* (v. 21). Era el fracaso para Pedro.

¿Cómo se puede ser el Mesías, el Hijo de Dios vivo, y anunciar su sufrimiento y muerte? ¿Cómo se puede ser discípulo del Mesías y aceptar que será un derrotado? Por eso Pedro *se lo llevó aparte y trataba de disuadirlo* (v. 22), de convencerlo que esa no era el camino. Pero no es Pedro ni ningún otro discípulo quien tiene que indicarle el camino a Jesús. Es Jesús quien lo revela y, quien quiera caminar como discípulo suyo, tiene que seguirlo con fidelidad.

Jesús aclaró muy bien, y eso sirve para nosotros hoy, qué tienen, qué tenemos que hacer los bautizados: *“El que quiera venir conmigo, que renuncie a sí mismo, que tome su cruz y que me siga”* (v. 24). No hay más. Seguir a Jesús por su camino, hasta las últimas consecuencias. Por eso le pidió a Pedro, que actuó como Satanás, que se apartara de Él, que caminara detrás de Él. Por eso pidió a quienes quieran seguirlo renunciar a sí mismos, tomar la propia cruz y seguirlo.

El camino y el destino de Jesús es el mismo ya sea como profeta, ya sea como Mesías o como Hijo de Dios. Escuchamos en la primera lectura lo que le sucedió a uno de los profetas, a Jeremías, por anunciar la palabra del Señor: *“He sido el hazmerreír de todos; día tras día se burlan de mí. […] me he convertido en objeto de oprobio y de burla”* (20, 7. 8). ¿Qué diferencia hay entre esto y lo que les anunció Jesús a sus discípulos? Fue su destino como Mesías.

Pedro lo quería apartar de este camino y de su destino. Creía que por ser el Mesías, el Hijo de Dios, a Jesús no le debía suceder esto. Por eso Jesús le dijo que era Satanás y que no veía las cosas como Dios las veía, sino que las quería como los humanos: lo más fácil, lo más sencillo, lo menos complicado, lo más exitoso que se pudiera. Muchos bautizados toman esta misma actitud ante los compromisos cristianos. Seguido se piensa que la vida cristiana es muy fácil.

En nuestra vida es necesario aclarar lo que significa ser cristiano. ¿Ya lo tenemos claro los adultos? ¿O diseñamos nuestro propio modo de vivir nuestra fe y para nada tenemos en cuenta lo que Jesús nos propone? ¿Les vamos aclarando a los niños y jóvenes lo que significa ser bautizados y cómo tienen que vivir para seguir a Jesús con fidelidad? Esta es una tarea propia de los papás, pues fueron ellos quienes decidieron llevarlos a bautizar para que fueran cristianos.

Al celebrar la Eucaristía en este domingo, asumimos el compromiso de ofrecernos *como una ofrenda viva, santa y agradable a Dios* (*Rm* 12, 1), como dice Pablo. No es otra cosa sino aceptar que ser discípulo de Jesús implica ir con Él hasta la cruz, decidirnos a asumir la invitación de Jesús a seguirlo en su camino con nuestra cruz, no servir de piedra de tropiezo para los demás que quieren seguirlo. En una palabra, nos comprometemos a no ser Satanás en nuestra vida.

# 23er Domingo ordinario

## “Si tu hermano comete un pecado, ve y amonéstalo a solas”

**Textos:** Ez 33, 7-9; Rm 13, 8-10; Mt 18, 15-20

*“Si tu hermano comete un pecado, ve y amonéstalo a solas”* (*Mt* 18, 15). Este es el camino que Jesús propone a sus discípulos y discípulas para que se pueda vivir en armonía en la comunidad. Jesús sabe que entre los discípulos existen las desavenencias, pues somos humanos. Pero propone el modo de arreglar la situación cuando se ha dado una ofensa. Se trata de la corrección fraterna. Esto nos ayuda a revisar nuestra vida. ¿Cómo actuamos cuando alguien nos ofende?

Jesús presenta el hecho de que una persona es ofendida. Algo muy frecuente en las familias, en el trabajo y en la comunidad. No es solo si tu hermano comete un pecado, sino si ese pecado es contra ti. Si eso sucede porque alguien no se aguantó y descargó su coraje contra mí, me maltrató, me ofendió, me dijo hasta de lo que me iba a morir, entonces hay que obrar como hermano. En este caso a la persona ofendida le toca comenzar el camino de la reconciliación.

Hay una razón de fondo para actuar de esta manera. Somos una comunidad, somos discípulos y discípulas de Jesús, y todos somos responsables de todos. La comunidad no debe fracturarse y nadie debe quedar fuera de la comunidad. Por eso Jesús recomienda hablar con el hermano o hermana que está en camino de abandonar la comunidad. Si no se puede despreciar y abandonar a los pequeños, tampoco se puede excluir a quien ha ofendido a otra persona.

Ciertamente ya había la conciencia del compromiso de amonestar a quien iba por un camino distinto al del pueblo de Dios. Lo escuchamos en el texto del profeta Ezequiel. Pero Jesús le da un sentido nuevo porque de vivir o no la corrección fraterna depende que las puertas del Reino se abran o se cierren: *“todo lo que aten en la tierra, quedará atado en el cielo, y todo lo que desaten en la tierra, quedará desatado en el cielo”* (v. 18). Es, pues, responsabilidad de todos.

La ofensa entre dos miembros de la comunidad, en nuestro caso de dos personas que han recibido el Bautismo, tiene que ver con la comunidad. No solamente se distancian las personas; la comunidad se resiente. De la misma manera, cuando se encuentran para arreglar las diferencias, cuando se vive la reconciliación, es la comunidad la que se restaura. De aquí que Jesús recomiende que si no funciona la corrección de manera personal se llame a dos testigos.

Este es el siguiente paso en la búsqueda por recuperarlo. Lo que se dice delante de dos personas tiene valor de testimonio. Y si tampoco hay fruto de esta manera, entonces el asunto se lleva a la asamblea, no para condenar sino para manifestarle al hermano o hermana que es miembro de la comunidad y que tiene la puerta abierta. Si no hay cambio al tratar el caso como comunidad, no queda más que verlo como alguien que no pertenece al pueblo de Dios.

Y todo esto se tiene que hacer con amor y por amor, como dice Pablo: *No tengan con nadie otra deuda que la del amor mutuo* (*Rm* 13, 8). Es necesario aprender a vivir la corrección fraterna como expresión del amor. Para corregir y para dejarse corregir se ocupa poner la mente y la lengua en el corazón. Se necesita tener la conciencia de que en la comunidad nadie se tiene que perder y a nadie se le debe excluir. Es necesario asegurar la armonía en la comunidad.

Al reunirnos en este día como Iglesia para celebrar el Misterio Pascual, renovamos nuestro compromiso a favor del Reino de Dios por medio de la armonía en la comunidad. La Palabra nos está invitando a reasumir el compromiso de vivir en el amor y de manifestarlo a través de la corrección fraterna. De esta manera colaboramos a la construcción de la paz en nuestro país. Dispongámonos a vivir el encuentro sacramental con Cristo resucitado en la Comunión.

# 24º Domingo ordinario

## “Lo soltó y hasta le perdonó la deuda”

**Textos:** Eclo 27, 33-28, 9; Rm 14, 7-9; Mt 18, 21-35

*“Lo soltó y hasta le perdonó la deuda”* (*Mt* 18, 27). Con estas palabras describe Jesús a Dios, que perdona siempre y lo hace por amor. El perdón, sobre el que se nos invita a reflexionar en este domingo, es un don de Dios, es una manifestación de su gracia y, aunque poco lo tenemos en cuenta, es un compromiso de los miembros de la Iglesia. Si Dios nos perdona siempre y lo hace gratuitamente, también nosotros tenemos que perdonar siempre y también gratuitamente.

La pregunta que Pedro le hace a Jesús sobre el número de veces que hay que perdonar al hermano, provoca que el Señor nos regale la parábola del rey misericordioso. Este rey llama a cuentas a sus servidores que están endeudados con él. Solamente nos habla del primero, que *le debía muchos millones* (v. 24) y no le podía pagar, ni siquiera vendiendo todos sus bienes y su familia. ¡Qué situación tan difícil para aquel servidor! Imaginémonos nosotros en esa situación.

Lo único que hace es pedirle que tenga paciencia con él, como sucede cuando alguien tiene una droga y quiere pagarla, pero no puede ni siquiera dar un abono. Es entonces cuando aparece la misericordia del rey, que: *“tuvo lástima de aquel servidor, lo soltó y hasta le perdonó la deuda”* (v. 27). Y es que ya había mandado que lo encarcelaran junto con su familia hasta que le pagara. Menos le iba a poder pagar. El rey le perdonó la deuda sin más. ¡Le perdonó!

Así es Dios con los pecadores. Eso nos deja claro Jesús. Dios perdona cuando ve que el pecador es consciente de que ha pecado, reconoce su falta y le suplica paciencia. Dios se compadece del pecador y le perdona su pecado. El perdón es un don de Dios; Él lo da gratuitamente y lo hace siempre por amor. No hay otra razón para que actúe así. Hoy le agradecemos el don del perdón. Pero también asumimos el compromiso de perdonar como Él. Eso espera de nosotros.

Una vez perdonado, aquel trabajador se topó con uno de sus compañeros que le debía poco dinero. El modo de actuar del que acababa de ser perdonado fue totalmente contrario al del rey. Su compañero le suplicaba, como poco antes había hecho él con el rey, que le tuviera paciencia puesto que le pensaba pagar. Pero, dice Jesús, *“no quiso escucharlo, sino que fue y lo metió en la cárcel hasta que le pagara la deuda”* (v. 30). ¡Recién perdonado, fue incapaz de perdonar!

¿No estaremos nosotros en esta condición? ¿Cuántas veces hemos pedido y recibido el perdón de Dios? Muchas, seguramente. ¿Y cuántas veces hemos negado el perdón a otra persona… a pesar de que nos lo ha pedido? El rey se enojó cuando supo lo que había hecho aquel servidor con su compañero: *“Te perdoné toda aquella deuda porque me lo suplicaste. ¿No debías tú también haber tenido compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?”* (vv. 32-33).

Aquí resuena la reflexión del autor del Eclesiástico, en el texto que se proclamó en la primera lectura: *El que no tiene compasión de un semejante, ¿cómo pide perdón de sus pecados?* (28, 3). Y, en este contexto, escuchamos también la recomendación para los miembros del pueblo de Dios: *no guardes rencor a tu prójimo. Recuerda la alianza del Altísimo y pasa por alto las ofensas* (v. 7). ¡Cómo nos hace falta vivir esta dimensión: perdonar siempre y de todo corazón!

Enseguida vamos a celebrar la Eucaristía y, como preparación inmediata a la recepción de la Comunión, vamos a rezar el Padrenuestro. Ahí le diremos a Dios que nos perdone como nosotros perdonamos. Ojalá sea cierto que perdonamos a los que nos ofenden, pues Dios siempre nos perdona nuestras deudas para con Él. Que este encuentro sacramental con Jesús nos impulse a hacer del perdón una práctica ordinaria en nuestra vida, que tanta falta nos hace hoy.

# 25º Domingo ordinario

## “Creyeron que recibirían más”

**Textos:** Is 55, 6-9; Flp 1, 20-24. 27; Mt 20, 1-16

*“Creyeron que recibirían más”* (*Mt* 20, 10). Con estas palabras Jesús describe la actitud y el modo de pensar de aquellos trabajadores, contratados al amanecer para trabajar en la viña. Aparece en ellos la ambición, la envidia y la intolerancia, que quizá están presentes en nosotros. Jesús dibuja además la bondad, misericordia y solidaridad del propietario de aquella viña, que nos muestra el modo de ser de Dios. Esas actitudes deberían brotar del fondo de nuestro corazón.

Ya el libro de Isaías transmite la realidad que aparece en la parábola de los trabajadores enviados a la viña: *Mis pensamientos no son los pensamientos de ustedes* (55, 8). Dios piensa y actúa de una manera; los humanos pensamos y actuamos de otra manera. Y el ideal es que nuestros pensamientos y acciones sean como los de Dios. Por eso también se hace una invitación: *Busquen al Señor […], invóquenlo […]; que el malvado abandone su camino* (vv. 6-7).

Los trabajadores de la parábola estaban desempleados, como muchas personas en nuestros días. El propietario de la viña necesitaba obreros y fue a buscarlos. No fueron los trabajadores los que lo buscaron. A los primeros él les ofreció el trabajo y el salario necesario para el pan de su familia, y ellos estuvieron de acuerdo. Con los demás, al encontrarlos en la plaza se puso a dialogar sobre su situación: *“¿Por qué han estado aquí todo el día sin trabajar?”* (*Mt* 20, 6).

La respuesta que ellos dieron es actual, puesto que expresa lo que escuchamos a diario y por dondequiera: *“Porque nadie nos ha contratado”* (v. 7), porque hubo recorte de personal, porque no hubo modo de estudiar y se ocupa la prepa para que le den a uno el trabajo, porque pasamos de los cuarenta y ya no contratan gente de esta edad, porque ya estamos viejos y no rendimos… Dios está atento siempre a la situación de las personas y ofrece una situación mejor.

Tanto el trabajo como el denario fueron para aquellos desempleados un don. El propietario del viñedo –Dios–, que sabía de la situación de los desempleados, por su bondad y misericordia les ofreció lo que necesitaban. Pero faltaba lo bueno: el modo de pagarles a los trabajadores, que no fue comprendido ni aceptado por los primeros que fueron al trabajo. Más bien repelaron por lo que hizo el que los contrató y le reclamaron fuertemente. Les apareció la ambición.

Cuando vieron que a los que llegaron al final del día les pagó su salario completo, se imaginaron que a ellos, que trabajaron unas doce o catorce horas, les pagaría también doce o catorce salarios. Pero no. Recibieron el denario, el salario del día, que les daría lo necesario para el sustento de su familia, al igual que a los que llegaron al último. Aquellos trabajadores no toleraron que otros ganaran lo mismo que ellos ni se alegraron porque iban a llevar el pan para su familia.

Con la lógica del negocio, los que trabajaron todo el día creyeron que recibirían más dinero que todos. Consideraron injusto al que los contrató. El señor les aclaró que no les hacía injusticias: *“Amigo* –¡lo llamó amigo!–*, yo no hago ninguna injusticia. ¿Acaso no quedamos en que te pagaría un denario?”* (v. 13). Y luego, para ayudarle a descubrir que su proyecto era de vida digna para todos, lo cuestionó: *“¿O vas a tenerme rencor porque yo soy bueno?* (v. 15).

De esta manera, lo invitó –y nos invita a nosotros– a valorar su bondad, su misericordia, su solidaridad para con todos y especialmente para con los últimos. Así es la dinámica del Reino. Al mismo tiempo se presenta a los primeros y a quienes se ubiquen en la misma posición, la invitación a la conversión, a pensar y actuar como Dios. Dios quiere que a nadie le falte lo necesario para vivir con dignidad, que nadie viva para ganar más mientras que muchos no viven ni al día.

# 26º Domingo ordinario

## “Hijo, ve a trabajar hoy en la viña”

**Textos:** Ez 18, 25-28; Flp 2, 1-11; Mt 21, 28-32

*“Hijo, ve a trabajar hoy en la viña”* (*Mt* 21, 28). Con estas palabras el papá de la parábola que acabamos de escuchar, se dirigió a sus dos hijos para comunicarles su voluntad. Solo uno, el segundo, como reconocieron los sumos sacerdotes y ancianos del pueblo, obedeció a su papá. Con esta parábola, Jesús nos hace una invitación y una advertencia. Nos invita a que cumplamos la voluntad de Dios; nos advierte que si no lo hacemos, quedaremos fuera del Reino.

La petición del papá a sus dos hijos fue la misma: que fueran a trabajar en la viña. La respuesta de los hijos fue diferente: uno dijo que ya iba y el otro que no quería ir. En los dos hubo un cambio, pues el que dijo que iba a trabajar no fue y el que dijo que no iba, al final sí fue. A este cambio se le llama conversión. El primero se convirtió a sus propios intereses, a pesar de manifestar que aceptaba la voluntad de su papá; el segundo se convirtió al deseo de su papá.

La pregunta de Jesús a los sumos sacerdotes y ancianos: *“¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre?”* (v. 31), pone el acento en el centro de la parábola. Lo que interesa es cumplir la voluntad de Dios, algo que seguramente no estaban haciendo los dirigentes judíos. Esto marca la invitación de Jesús: hay que cumplir la voluntad de Dios nuestro Padre. Dios quiere que trabajemos en su Reino y espera que seamos obedientes, dedicando a eso toda nuestra vida.

El modelo de obediencia lo tenemos en el mismo Jesús. Obedeció siempre a su Padre. Desde pequeño, en el templo dijo a José y María que Él tenía que dedicarse a los asuntos de su Padre. En su ministerio varias veces expresó que solo hacía lo que su Padre, el que lo envió, le había pedido. Nunca se sintió más que su Padre, nunca lo desobedeció, nunca le rezongó. Más bien, como dice san Pablo, *se anonadó a sí mismo, tomando la condición de siervo* (*Flp* 2, 6-7).

Jesús le decía a su Padre que se cumpliera su voluntad y también *por obediencia aceptó incluso la muerte, y una muerte de cruz* (v. 8). Se lo decía diariamente en la oración que Él nos enseñó y que luego rezaremos: “hágase tu voluntad”. Se lo dijo en el Huerto de los Olivos, al experimentar la tentación de abandonar la experiencia de la cruz: *“Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz; pero que no se haga como yo quiero sino como quieres tú”* (*Mt* 26, 39).

¿Cuántas veces nos hemos hecho como el primer hijo de la parábola, que decimos que sí vamos a realizar nuestros compromisos y luego no lo hacemos?: las tareas de la escuela, los quehaceres de la casa, los compromisos en el trabajo. ¿Cuántas veces, cuando alguien nos llama, hemos dicho: “Ahí voy” y no vamos? ¿Cuántas veces nos hemos comprometido a realizar o a colaborar en algo y simplemente no lo cumplimos? Esto tratándose de la vida ordinaria.

Y en relación a nuestros compromisos como bautizados también tenemos que ser conscientes de que quizá estamos en la misma situación. Sabemos que tenemos que vivir en comunidad, reunirnos a la reflexión de la Palabra de Dios, ayudar a los enfermos, vivir la solidaridad entre pobres, asistir a las reuniones de preparación para los sacramentos, dar un servicio a la comunidad y muchas otras cosas más. Casi todos lo sabemos, y lo decimos, pero pocos lo realizan.

Dios espera que vayamos a trabajar en su viña. La advertencia de Jesús consiste en que podemos quedar fuera del Reino, como sucedió con los sumos sacerdotes y ancianos en su tiempo: *“los publicanos y las prostitutas se les han adelantado en el camino del Reino de Dios”* (21, 31), porque les creyeron a Juan Bautista y a Jesús. Que no quedemos fuera por decir que sí vamos a cumplir nuestros compromisos de bautizados y luego no lo hagamos.

# 27º Domingo ordinario

## “Para pedir su parte de los frutos a los viñadores”

**Textos:**Is 5, 1-7; Flp 4, 6-9; Mt 21, 33-43

*“Envió a sus criados para pedir su parte de los frutos a los viñadores”* (*Mt* 21, 34). Esto fue lo que hizo el propietario de la viña cuando se llegó el tiempo de la cosecha y venta de las uvas, según la parábola que acabamos de escuchar. Dios, que es el dueño del viñedo, pide los frutos de su pueblo. Su pueblo es el viñedo, según nos cuenta el profeta Isaías en la primera lectura. Los viñadores a quienes se les piden los frutos son los sumos sacerdotes y ancianos del pueblo.

Este texto del Evangelio nos ayuda a caer en la cuenta de que Dios espera siempre que demos frutos. Eso es lo que ha hecho a lo largo de la historia de la salvación. Él por amor cuida a su pueblo, lo defiende, le ofrece los medios necesarios, hace alianza con él, lo cultiva. Lo dice Isaías presentándolo como el amado que se entrega por su amada: *Removió la tierra, quitó las piedras y plantó en ella vides selectas; edificó en medio una torre y excavó un lagar* (5, 2).

Dios hace todo con tal de que su pueblo produzca frutos, que los produzca a su tiempo y que, además, sean buenos. *Él esperaba que su viña diera buenas uvas* (Id.), dice Isaías; *“llegado el tiempo de la vendimia, envió a sus criados para pedir su parte de los frutos a los viñadores”* (*Mt* 21, 34), dice Jesús. Este es el proyecto de Dios. Hoy pregunta por los frutos que nosotros estamos dando en nuestra familia, en la comunidad, en la sociedad. ¿Qué le presentamos?

Según la parábola de Jesús, los responsables de la viña son los dirigentes del pueblo: sumos sacerdotes y ancianos. Ellos tenían la responsabilidad de trabajar, en nombre de Dios y con su misma actitud amorosa, para que el pueblo que conducían se mantuviera en la alianza y llegara a vivir en la hermandad. En el fondo esto es lo que Dios ha esperado siempre de su pueblo: la vida de hermanos, con la que se dé testimonio de ser el pueblo que Dios eligió como su pueblo.

¿Quiénes son los servidores de Dios que piden los frutos? Son los profetas. En el Antiguo Testamento, los profetas siempre recordaron que Dios quería la hermandad, que se viera por el pobre, que se atendiera a la viuda y al huérfano. En nuestros días, muchos profetas –hombres y mujeres– nos están recordando que Dios quiere amor, justicia, hermandad, solidaridad, paz. Quien nos invite a la paz con justicia, a solidarizarnos con el pobre, nos está pidiendo frutos.

Después de la persecución, golpes y muerte que recibieron muchos profetas, a Dios no le quedó más que enviar a su Hijo. Jesús también corrió la suerte de los profetas: *“Le echaron mano, lo sacaron del viñedo y lo mataron* (v. 39). Los viñadores no solo no le entregaron al propietario de la viña su parte de los frutos, sino que se convirtieron en perseguidores y asesinos. Acabaron con los profetas y llevaron a Cristo a la cruz. Ese fue el pago para Dios.

Quienes tenemos la responsabilidad de guiar una parte del pueblo de Dios, en la familia como papás, en la comunidad como agentes de pastoral, en el Seminario como formadores, nos tenemos que preguntar sobre los frutos que estamos dando con nuestro servicio. De otra manera, como sucedió con los sumos sacerdotes y los ancianos, se nos quitará el viñedo y se encargará a otros que entreguen los frutos a su tiempo; quedaremos fuera del Reino de Dios.

Que nuestra participación en esta Eucaristía dominical nos renueve en el esfuerzo por conseguir los frutos de hermandad, justicia y paz en nuestro mundo. Que seamos viñadores responsables en el caminar de nuestra comunidad; que sepamos entregar a su tiempo los frutos que Dios espera de nosotros. Que valoremos y secundemos las voces de quienes nos recuerdan hoy el proyecto de la paz con justicia. Dispongámonos para el encuentro sacramental con Jesús.

# 28º Domingo ordinario

## “No quisieron ir. No hicieron caso”

**Textos:** Is 25, 6-10; Flp 4, 12-14. 19-20; Mt 22, 1-14

*“No quisieron ir. […] No hicieron caso”* (*Mt* 22, 3. 5). Así describió Jesús la actitud de los invitados principales al banquete que el rey preparó para celebrar el matrimonio de su hijo. En cambio, muchos que no estaban ni siquiera invitados a esa fiesta llenaron el salón. Con esta parábola, Jesús nos describe la dinámica del Reino de Dios al que todos y todas estamos invitados a participar. Aunque para poder participar en la vida del Reino se exige una opción de vida.

En la Eucaristía, especialmente la de los domingos, anticipamos ya el banquete del Reino. Pero no nos vaya a suceder como a los judíos, que eran los principales invitados a la fiesta de bodas. Dios los llamó para ser su pueblo, los prefirió a todos los pueblos de la tierra y finalmente rechazaron la invitación a participar en la vida del Reino. No quisieron estar allí, no hicieron caso a los recordatorios de los profetas. Tenían sus propios intereses: su campo, su negocio.

Otros, sobre todo los dirigentes de los judíos, se empeñaron en levantar falsos contra los profetas, en insultarlos, amenazarlos, perseguirlos, condenarlos a muerte y matarlos. Si no quisieron ir, si no hicieron caso a la voz de los enviados de Dios para vivir en la hermandad, en la justicia, en la solidaridad con el pobre, fue porque tenían otros intereses en que ocuparse, otros dioses a los cuales servir, otros proyectos diferentes a los de la alianza entre Dios y su pueblo.

La fiesta estaba preparada, el salón arreglado, las mesas acomodadas, la comida caliente, la música lista. El rey, al ver que a sus invitados de lujo no les interesó la fiesta, tomó otra decisión: invitar a comer a todos los que se encontraban por el camino. Estos sí hicieron caso y quisieron ir, *“y la sala del banquete se llenó de convidados”* (v. 10), buenos y malos. Esto significa que el Reino de Dios está abierto a todos los pueblos de la tierra, no es propiedad de los judíos.

Así se cumple la promesa que Dios hizo a su pueblo a través del profeta Isaías: *En aquel día, el Señor del universo preparará sobre este monte un festín con platillos suculentos para todos los pueblos”* (25, 6). ¡Todos los pueblos participando en la vida del Reino! Para entrar es necesario no poner pretextos, sino aceptar la invitación y ponerse el vestido de fiesta. Esto nos ayuda a caer en la cuenta de que no nos tenemos que confiar, pues podemos quedar fuera.

El hecho de estar bautizados o incluso de tener “todos los sacramentos”, como se dice, no garantiza la entrada en el Reino; la participación en la Misa dominical, aun comulgando, tampoco. Es necesario haber aceptado en el corazón la dinámica propuesta por Jesús, no haberla rechazado o ignorado y, además, estar vestidos con la hermandad, la solidaridad, la justicia, el cuidado del medio ambiente, la paz. Se trata de participar y estar vestidos para el banquete.

Muchas personas nos han invitado a participar en la vida del Reino. El Reino para nosotros consiste en vivir en comunidad, construir la paz con justicia, atender al pobre, cuidar la creación, garantizar los derechos humanos, no colaborar a la violencia. ¿No hemos puesto pretextos para no entrar en este estilo de vida?: que tenemos mucho trabajo, que no tenemos tiempo, que eso nos es para nosotros, que no hay lucha, que tenemos cosas importantes que hacer…

La participación en el banquete de la Eucaristía es el modo privilegiado para manifestar que nos queremos mantener en la vida del Reino de Dios. Dios mismo nos prepara la mesa, como rezamos en el Salmo; Él nos ofrece un manjar sustancioso y un vino exquisito: el Cuerpo y la Sangre de su Hijo. No pongamos pretextos para no alimentarnos de Él, no ignoremos la preocupación de Dios por nosotros. Nutridos con este alimento vayamos a trabajar por el Reino.

# 29º Domingo ordinario

## “¿De quién es esta imagen?”

**Textos:** Is 45, 1. 4-6; 1 Tes 1, 1-5; Mt 22, 15-21

*“¿De quién es esta imagen?”* (*Mt* 22, 20). Esta pregunta orienta el texto del Evangelio que acabamos de escuchar y la respuesta que Jesús da a aquellos hipócritas que le preguntan si es lícito o no pagar el tributo al César. El emperador romano se había apropiado el lugar de Dios, al grado de tener grabado en las monedas su propia imagen con la inscripción: “Tiberio César, Hijo augusto del Divino Augusto. Pontífice Máximo”. Así estaba diseñada la moneda del tributo.

El César, como gobernante del Imperio Romano, se había adueñado de las personas y bienes del pueblo pobre de Israel, pues Judea estaba en ese tiempo bajo la jurisdicción romana. Les había impuesto unos tributos cada vez más pesados de pagar; había que pagar impuestos de todo. Si Jesús respondía que era lícito pagarlos, se desacreditaría ante el pueblo y no estaría viviendo lo que predicaba; si decía que no era lícito, lo acusarían de revoltoso contra el Imperio.

Jesús no cayó en la trampa, puesto que tenía muy claro en su mente y grabado en su corazón el mandamiento más importante de la ley: “Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas tus fuerzas”. Ya le había dicho al Diablo en el desierto: “Adorarás al Señor tu Dios y a Él solo servirás”. Y es que Jesús llevaba impreso en su corazón a Dios; aquello que recuerda Isaías a Ciro: *“Yo soy el Señor y no hay otro; fuera de mí no hay Dios”* (45, 5).

Lo que el César tenía impreso era la moneda del tributo. Eso era lo suyo. Nada más. No llevaba a Dios en su corazón, mucho menos a los pobres. Estos son precisamente la pertenencia de Dios. Dios los tiene grabados en su corazón, son sus preferidos, ve por ellos, los hace entender las cosas del Reino. Si se le quiere dar culto a Dios, hay que atender a los pobres. Por eso Jesús responde: *“Den […] al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios”* (*Mt* 22, 21).

No se puede ni se debe equiparar al César con Dios. El lugar del gobernante no es el altar para recibir culto, honores, sacrificios, sino el del servicio al bien común de su pueblo. El pueblo no está ni debe estar al servicio del gobernante, a menos que sea para ayudarlo a ejercer bien su papel. Esto sería una dimensión fundamental en la práctica de la democracia, algo que está ausente de nuestra práctica y es un desafío para nosotros. El culto es solo a Dios.

La pregunta de Jesús sobre la imagen grabada en la moneda y la respuesta que da, nos ayudan a preguntarnos sobre la imagen que llevamos grabada en nuestro corazón y, por tanto, a qué o a quién le estamos dando culto. ¿Es Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo? ¿Lo tenemos impreso en el corazón? Si le hacemos caso a Jesús y servimos a los pobres, es signo claro de que sí; si hacemos nuestro estilo de vida y nos olvidamos del pobre, entonces no.

Puede ser, y esto cada quien lo sabe, que en el corazón esté la imagen del dinero, el alcohol, la droga, un artista, un deportista, un jefe del narco, un celular, una computadora, un carro, una marca de ropa… Si así sucede, entonces estamos en el camino de darles el culto que le debemos a Dios. Y Jesús nos recuerda que a Dios hay que darle lo que le pertenece: nuestra vida, nuestro corazón, nuestro servicio al pobre. Ese es precisamente el culto que le debemos ofrecer.

En esta Eucaristía dominical, expresión máxima del culto de la Iglesia a Dios, renovemos nuestro compromiso de hijos e hijas de Él. Tenerlo como nuestro Padre, llevarlo grabado en nuestro corazón, estar dispuestos a cumplir sus mandamientos, nos pone en el camino de dar a Dios lo que es de Dios. Alimentados con el Cuerpo y la Sangre de Jesús volvamos a nuestra vida diaria, al trabajo, a la familia, a la escuela, convertidos en imágenes vivas de Dios.

# Domingo Mundial de las Misiones

## “Vayan por todo el mundo y prediquen el Evangelio”

**Textos:** Zac 8, 20-23; Rm 10, 9-18; Mc 16, 15-20

*“Vayan por todo el mundo y prediquen el Evangelio”* (*Mc* 16, 15). Este mandato de Jesús a los Once resume el ser y el quehacer de la Iglesia. La Iglesia está entonces para evangelizar. Para eso es y eso tiene que hacer siempre, no más. Con el texto del Evangelio, proclamado en este Domingo Mundial de las Misiones, se nos recuerda una vez más nuestra tarea como miembros de la Iglesia: si recibimos el Bautismo y la Confirmación fue precisamente para evangelizar.

Esta tarea de la Iglesia y de cada bautizado y bautizada está asumida en el lema que se diseñó para la jornada de hoy: “La misión implica a todos, todo y siempre”. Es una manera nueva de decir las palabras de Jesús cuando envía a sus discípulos: *“Vayan por todo el mundo y prediquen el Evangelio a toda creatura”* (Id.). La misión: “predicar el Evangelio a toda creatura”; implica a todos, representados en los Once; implica todo: “ir por todo el mundo”; y siempre.

La misión entonces no es opcional, ni para la Iglesia ni para cada miembro de ella. Es su obligación, es lo que la hace ser Iglesia y lo que nos hace ser cristianos. Si la Iglesia deja de anunciar el Evangelio, deja de ser Iglesia; si una persona bautizada y confirmada no anuncia el Evangelio, deja de ser cristiana. Así de simple. Y es que la Iglesia existe para evangelizar y nosotros recibimos el Bautismo para evangelizar. Ni la Iglesia ni nosotros somos para otra cosa.

El cumplimiento de la misión es lo que nos da nuestra identidad. De aquí la importancia de que se nos recuerde esta tarea. Podemos preguntarnos: ¿estamos evangelizando como comunidad? Si respondemos que sí, entonces estamos siendo Iglesia; si respondemos que no, no estamos siendo Iglesia. De manera personal, ¿estoy anunciando el Evangelio? Si respondo que sí, entonces estoy siendo cristiano; si digo que no, tengo el Bautismo pero no soy cristiano.

La jornada de hoy nos sirve para reasumir nuestra tarea de ir por todo el mundo y anunciar el Evangelio. Nosotros somos responsables de evangelizar en esta parte de la ciudad, en el barrio o colonia donde vivimos, en nuestros lugares de trabajo, en nuestro hogar. Aquí es donde tenemos que cumplir el mandato de evangelizar a toda creatura. Es algo que en general hemos dejado de hacer, algo de lo que muchas personas no tienen conciencia o no lo han asumido.

Pero para lograr esto se ocupa trabajar mucho en las familias y en las parroquias. En el 4º Plan Diocesano de Pastoral encontramos señalado el camino: garantizar el encuentro con Jesucristo, provocar la conversión, vivir como discípulos, hacer vida comunitaria y salir a la misión. Lo dice Pablo en la Carta a los Romanos: saberse enviados, anunciar el Evangelio, lograr que otros escuchen el mensaje, propiciar que se crea en Jesús, culminar con la invocación al Señor.

No podemos ni debemos permanecer indiferentes ante el recordatorio de hoy. Lo que se dice de los discípulos enviados por Jesús es lo mismo que se tiene que decir de nosotros: *Ellos fueron y proclamaron el Evangelio por todas partes* (v. 20); también nosotros tenemos que ir y proclamar el Evangelio por todas partes. Contamos con la garantía de la acción de Jesús en la comunidad cuando ésta cumple la misión. Él confirmará la predicación con signos de servicio.

Enseguida nos encontraremos sacramentalmente con Jesucristo. Lo llevaremos con nosotros. Pero no es para tenerlo ahí guardado en nuestro interior, sino para ir por todo el mundo y llevarlo a los demás, para hablar de Él –Jesús es el Evangelio–, para servir como Él, para ser Iglesia, para ser bautizados. Y esto lo tenemos que hacer no una vez ni de vez en cuando sino siempre. La misión nos implica a todos y todas, la misión exige dar todo. Vayamos a cumplirla.

# 30° Domingo ordinario

## “Amarás al Señor, tu Dios. Amarás a tu prójimo”

**Textos:** Ex 22, 20-26; 1 Tes 1, 5-10; Mt 22, 34-40

Estamos reunidos para celebrar el sacramento por excelencia del amor: la Eucaristía; y lo hacemos en el domingo, día en que celebramos de manera especial la Resurrección de Cristo. Si participamos de esta celebración es para alimentarnos, tanto de la Palabra como de la Comunión, y regresar a nuestra familia y a nuestra comunidad a vivir el mandamiento del amor a Dios y al prójimo, señalado por Jesús como el más grande de todos los mandamientos.

La respuesta de Jesús a aquel maestro de la ley no es solamente para Él, sino que es para todos sus discípulos y por tanto también para nosotros. Si queremos ser buenos discípulos de Jesús lo menos que tenemos que hacer es vivir el amor a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente y al prójimo como a uno mismo. Así que podemos revisarnos en este momento: ¿qué tanto estamos amando a Dios? ¿Cómo vivimos el amor a nuestro prójimo?

Por estilo de vida los cristianos tenemos que amar. Jesús dijo en otra ocasión, durante la Última Cena después de lavarles los pies a sus apóstoles, que si nos amamos unos a otros vamos a ser reconocidos como discípulos suyos. Entonces estamos comprometidos a amarnos mutuamente entre hermanos. Y el criterio que remarca Jesús es amar al prójimo como a uno mismo. ¿Amamos a todos en nuestra familia y en nuestro barrio? Si no, ¿cómo es que venimos a Misa?

El amor, que se cultiva en la familia y en la comunidad, tiene que proyectarse a la sociedad. Tampoco aquí podemos desligar el amor a Dios del amor a los hermanos, especialmente hacia los pobres, que tienen como máxima expresión a la viuda, al huérfano y al extranjero, como lo señala el texto del Éxodo que se ha proclamado. Ellos son los más vulnerables en la vida de la sociedad y se les agregan hoy los enfermos desahuciados, ancianos solos, drogadictos, migrantes…

«Es oportuno recordar que el amor se muestra en las obras más que en las palabras […]. Los discípulos misioneros de Jesucristo tenemos la tarea prioritaria de dar testimonio del amor a Dios y al prójimo con obras concretas» (D.A. 386). La participación en la Eucaristía dominical nos compromete a salir de aquí para vivir el amor con acciones personales y comunitarias bien concretas, especialmente a favor de los más vulnerables de la sociedad.

«El amor de misericordia para con todos los que ven vulnerada su vida en cualquiera de sus dimensiones, […] requiere que socorramos las necesidades urgentes, al mismo tiempo que colaboremos con otros organismos o instituciones para organizar estructuras más justas. Urge crear estructuras que consoliden un orden social, económico y político en el que no haya inequidad y donde haya posibilidades para todos» (D.A. 384). El amor debe pues conducir a la justicia social.

Así lo señalan claramente nuestros Obispos en Aparecida: «Se requiere que las obras de misericordia estén acompañas por la búsqueda de una verdadera justicia social, que vaya elevando el nivel de vida de los ciudadanos, promoviéndolos como sujetos de su propio desarrollo» (D.A. 385). Este es un desafío muy grande para nosotros: vivir el amor buscando la justicia social, elevando el nivel de vida de los ciudadanos y promoviéndolos como sujetos de su desarrollo.

Si la participación en la Eucaristía no nos lleva a esto, entonces el grito de los pobres que claman a Dios, va a seguir siendo escuchado como siempre, porque Él es misericordioso. Nosotros somos por tanto responsables de que los migrantes no sufran, y en esta región hay muchísimos; de que las viudas y los huérfanos no sean explotados, de que los pobres no sean objeto de la usura de los prestamistas, de que nuestros prójimos no pasen la noche sin cobija.

# 31er Domingo ordinario

## “Que el mayor de entre ustedes sea su servidor”

**Textos:** Mal 1, 14-2, 2. 8-10; 1 Tes 2, 7-9. 13; Mt 23, 1-12

*“Que el mayor de entre ustedes sea su servidor”* (*Mt* 23, 11). Esta es la enseñanza de Jesús en el pasaje del Evangelio que acabamos de escuchar. Lo dice para aclararnos cómo tenemos que vivir sus discípulos y discípulas. El de Jesús es un estilo de vida que contrasta con la manera de pensar y vivir de los escribas y fariseos. El estilo de vida refleja lo que se piensa, las opciones que se tienen, lo que hay en el fondo del corazón. Jesús nos invita a vivir como hijos de Dios.

Jesús describe a los escribas y fariseos como personas que les gustaba el poder, los puestos y las alabanzas, pero no sabían ser hermanos. Se apropiaron de la enseñanza de la Ley transmitida por Moisés. Enseñaban los mandatos de la Ley pero no los vivían. Con la misma Ley echaban cargas pesadísimas sobre los demás y ni siquiera con el dedo les ayudaban para que se hiciera un poco más liviana. Lo que hacían era para que los vieran y los alabaran. Pero no más.

Los escribas y fariseos acostumbraban llevar textos de la Ley escritos en las franjas de sus mantos y delante de la frente para irlos estudiando. Los hacían más grandes para que los vieran. En las fiestas se sentaban en la mesa de honor. En las sinagogas buscaban los lugares más importantes. Cuando iban por la calle les gustaba que la gente los reverenciara y los llamara “maestro”, “padre” o “guía”. Eso veía Jesús de ellos y estaba previniendo a sus discípulos.

Esa manera de conducirse no es propia de los hijos e hijas de Dios y, por tanto, no lleva al Reino. Por eso Jesús, que es nuestro Maestro, nos pide que más bien seamos servidores si queremos ser grandes. Ni Jesús ni sus discípulos tenemos que buscar el poder, los puestos, las alabanzas. Al contrario, nuestra tarea es servir, ponernos en los últimos lugares, no ser dobles, ayudar a los que están cargados, no hacer las cosas para que nos vean y nos alaben por eso.

Nuestra tarea, como la de Jesús, es manifestar que somos hijos e hijas de Dios. Mostrar y prolongar el amor de Dios para todos y todas, especialmente a favor de los más débiles. Un ejemplo claro lo tenemos en Pablo que trató a los tesalonicenses con el amor de la mamá por sus hijos pequeños, buscó no ser carga para ellos, intentó entregarles su vida, les predicó el Evangelio. Fue lo mismo que hizo Jesús. Vivió como Hijo de Dios y mostró el amor del Padre.

Para esto se nos exige dejar todo proyecto, toda actitud, todo modo de vivir que muestre que buscamos el poder, los puestos, los privilegios, las alabanzas, estar por encima de los demás. Hay que comenzar con la propia familia, entre esposos, entre papás e hijos, entre hermanos; pero también en la comunidad entre vecinos, en los lugares de estudio y de trabajo, en la sociedad. No hay que olvidar que nuestra sociedad está viciada de todas esas aspiraciones de poder.

Lo que el Maestro pide es que demos testimonio de hijos e hijas de Dios, de discípulos y discípulas de Él. El modo de lograrlo consiste en hacerse el servidor, la servidora, de todos. Ciertamente no para que nos vean, con lo que caeríamos en las actitudes de los escribas y fariseos reprobadas por Jesús, sino para mostrar que en nuestra vida tenemos la opción de estar al servicio. Simplemente porque Jesús así vivió y eso nos pide. Así seremos grandes en el Reino.

Quien se convierte en servidor de los demás sabe ser hermano, vive como hijo de Dios, muestra el amor del Padre, sigue fielmente a Cristo. A esto nos está invitando la Palabra de Dios en este domingo. En la Comunión nos vamos a encontrar con Jesús hecho Pan. Que su fuerza nos impulse a convertirnos de actitudes de poder, fama y honores que tengamos; que nos sostenga en los esfuerzos por servir y ser hermanos de todos, desde la familia hasta la sociedad.

# 32º Domingo ordinario

## “Estén preparados”

**Textos:** Sb 6, 12-16; 1 Tes 4, 13-18; Mt 25, 1-13

*“Estén preparados”* (*Mt* 25, 13). Con estas palabras termina Jesús la parábola de las diez jóvenes invitadas a un banquete de bodas. Es un mandato para sus discípulos de todos los tiempos, no solo para quienes lo estaban escuchando en aquella ocasión. Jesús, que es el esposo, volverá un día. Esa es la promesa. Por eso sus discípulos y discípulas tenemos que estar siempre preparados con nuestras lámparas encendidas y con más aceite para que no se nos apaguen.

Los primeros cristianos tenían muy claro que Jesús volvería pronto. Lo dice san Pablo en la segunda lectura que escuchamos: *nosotros, los que quedemos vivos para cuando venga el Señor* (*1Tes* 4, 15). Esta era la esperanza y la vivían como algo que sucedería en cualquier momento. Por eso se mantenían esperando ansiosamente *para ir al encuentro del Señor* (v. 17), como expresa el mismo Pablo. Y como concluye: *así estaremos siempre con él* (Id.).

Esta dimensión la hemos perdido en la Iglesia a lo largo de los años y los siglos. De hecho casi nadie tiene en su conciencia la idea de que el Señor volverá, a pesar de que lo repetimos frecuentemente como Iglesia, durante la celebración Eucarística: “Ven, Señor Jesús”. ¿Quién de ustedes tiene en su mente que el Señor volverá pronto? ¿No estaremos como las cinco jóvenes descuidadas que llevaron su lámpara pero no llevaron más aceite para que no se les apagara?

En la vida ordinaria saber que alguien muy importante va a venir pronto a visitarnos, nos mantiene preparados, con ansias de que llegue, disponiendo todo lo necesario para recibirle. Pero en la vida cristiana no sucede así. Me parece que en general vivimos ignorando la promesa de Jesús, promesa que debería estar orientando todo nuestro actuar personal y comunitario. Nos quedamos dormidos, sin asumir un compromiso que nos lleve a construir el Reino de Dios.

En este domingo, la sabiduría de que se habla en la primera lectura sale a buscarnos. Es Jesús mismo que nos habla y nos invita a estar preparados para su segunda venida. Nos pide que estemos como las jóvenes previsoras de la parábola que salieron al encuentro del esposo. El signo de su preparación era la lámpara encendida y el aceite para volverla a llenar. Esto les valió su entrada al banquete. De otra manera se hubieran quedado fuera, como las otras cinco.

¿Cuál será el aceite que nos mantendrá encendida nuestra vida? Podemos pensar que los sacramentos, y de modo especial la Reconciliación y la Eucaristía; la oración, la Biblia… Ciertamente nos ayudarán, pero no los sacramentos por los sacramentos, la oración por la oración, la Biblia por la Biblia; más bien buscando que nos lleven al encuentro con Cristo. Él es nuestro aceite y lo tenemos que llevar por dondequiera que andemos: en la casa, en la escuela, en el trabajo.

Entonces, buscando asegurar el encuentro con Cristo, tenemos que ampliar los modos de conseguir el aceite para el resto de nuestra vida y así estar preparados. Aquí entra la experiencia de comunidad, que es mucho más que reunirnos el domingo para la Misa: se trata de aprender a reunirnos en el barrio o colonia y la parroquia, para la construcción de la comunidad y el cumplimiento de la misión. El servicio a los pobres y enfermos también es encuentro con Cristo.

Hagámosle caso al Señor que nos dice: *“Estén […] preparados, porque no saben el día ni la hora”* (*Mt* 25, 13). Revisemos nuestra vida y descubramos qué nos falta para tener el aceite que nos mantenga activos a la espera del regreso del Señor. Aprovechemos nuestro encuentro con Jesús en la Palabra y en la Comunión sacramental. Que esta celebración dominical nos sirva para encontrarnos con Cristo y lo llevemos como aceite a la vida de la comunidad y la sociedad.

# 33er Domingo ordinario

## “Siervo malo y perezoso”

**Textos:** Prov 31, 10-13. 19-20. 30-31; 1 Tes 5, 1-6; Mt 25, 14-30

*“Siervo malo y perezoso”* (*Mt* 25, 26). Así llamó el señor de la parábola al servidor que escondió el talento y no lo puso a trabajar, a diferencia de los otros dos que duplicaron los talentos que su señor les encargó. Ellos fueron llamados por eso siervos buenos y fieles. ¿No serán para nosotros esas palabras dirigidas al tercer trabajador? Hemos recibido como encargo ir por todo el mundo a anunciar el Evangelio, ¿y qué estamos haciendo con Él? ¿Lo estamos multiplicando?

Aquí lo importante no son los talentos sino lo que estemos haciendo con ellos. En este domingo se nos da la oportunidad de analizar nuestra vida a la luz de los textos de la Palabra de Dios que se han proclamado. Dios, que es el señor de la parábola, nos ha confiado varios talentos sin pedírselos. Son pues un don del Señor y somos responsables de ellos. Pero espera que los trabajemos, los multipliquemos y le entreguemos buenas cuentas. Eso es lo fundamental.

El plan de Dios es que seamos como los dos primeros trabajadores de la parábola. Cada uno de ellos inmediatamente se puso a trabajar con los talentos recibidos y los multiplicó. Consiguieron el doble de lo que habían recibido. Y eso le entregaron a su señor cuando les pidió cuentas. Por eso les dijo: *“Te felicito, siervo bueno y fiel. Puesto que has sido fiel en cosas de poco valor, te confiaré cosas de mucho valor. Entra a tomar parte de la alegría de tu señor”* (vv. 21. 23).

Ciertamente Dios nos ha dado cualidades, capacidades, habilidades, a cada quien; podemos decir, son talentos personales. Pero no son para nosotros, para aprovecharnos de ellos y abusar de los demás ni para sacar ventajas o hacer negocio, sino que los hemos recibido para el bien de los demás, para construir la comunión, para garantizar la armonía, para vivir en paz. ¿Cómo estamos trabajando esos talentos? ¿No será que los tenemos guardados o escondidos?

El Creador también nos ha encomendado la creación. La puso en nuestras manos para que la administráramos, para que la hiciéramos crecer, para que hiciéramos un mundo bonito y habitable para todos y todas, para que nos realizáramos como seres humanos. ¿Qué estamos haciendo de ella? No hay que darle vueltas. La hemos estado maltratando, destruyendo, modificando. No tenemos buenas cuentas qué darle a Dios. Está peor que si la hubiéramos escondido.

Y el encargo principal que hemos recibido es el del Evangelio. Jesús nos dijo que fuéramos por todo el mundo a anunciarlo. ¿Cómo andamos? Creo que la mayoría de los bautizados lo tiene enterrado. No quiere el compromiso, no sabe o no se ha convencido de que esta es la tarea principal para la que recibimos el Bautismo y la Confirmación. Esta es una responsabilidad que tenemos como Iglesia, no solo personalmente. Creo que tampoco así la estamos cumpliendo.

El servidor que escondió el talento culpó a su señor de lo que hizo. No asumió su irresponsabilidad. Quizá así nos esté pasando a nosotros y por eso las palabras de “siervo malo y perezoso” nos caen como anillo al dedo. ¿Cuántos pretextos se ponen para no ver por el bien de los demás, para no cuidar la creación, para no anunciar el Evangelio? Muchos. Sobran. Se les echa la culpa de modo especial a los demás porque no lo hacen, o a la Iglesia porque es exigente.

No pongamos pretextos para no trabajar los talentos que Dios nos ha encomendado. No echemos la culpa a los demás de lo que estamos dejando de hacer para construir el Reino de Dios. *No vivamos dormidos, como los malos. Antes bien, mantengámonos despiertos y vivamos sobriamente* (*1 Tes* 5, 6), como dice Pablo. Seamos como la mujer hacendosa, descrita en la primera lectura. Actuemos como los dos servidores buenos que fueron fieles en cosas pequeñas.

# Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo

## “Conmigo lo hicieron. Tampoco conmigo lo hicieron”

**Textos:** Ez 34, 11-12. 15-17; 1 Cor 15, 20-26. 28; Mt 25, 31-46

*“Conmigo lo hicieron. […] tampoco conmigo lo hicieron”* (*Mt* 25, 40. 45). Estas palabras de nuestro Señor Jesucristo dan la clave para entender y proyectar el mensaje del Evangelio que hemos escuchado este domingo en que lo celebramos como Rey del Universo. Sus palabras nos llevan a preguntarnos qué estamos haciendo ante su presencia real: cómo lo tratamos, si lo reverenciamos, qué cuentas damos de Él, que se nos presenta hoy reinando en sus tronos.

En el texto del Evangelio Jesús aparece como juez, *rodeado de su gloria, acompañado de todos sus ángeles, […] en su trono de gloria* (v. 31). Ahí, teniendo ante Él a todos los pueblos de la tierra se describe haciendo el trabajo que los pastores realizaban al final de la jornada: apartar a las ovejas de los cabritos y guardarlos en sus respectivos corrales. Nos dice que eso mismo sucederá al final de los tiempos con las personas de todos los países, culturas y credos.

El referente para apartar a las personas está muy claro: lo que se hace ante Él. De esto dependerá si estaremos entre los benditos de Dios o con los malditos. Jesús se identifica con los pobres: los hambrientos, sedientos, migrantes, sin techo y sin ropa, enfermos, encarcelados. Ellos son por eso presencia real de Cristo. Él mismo nos lo dice, en la respuesta dada a los de su derecha y a los de su izquierda que preguntan cuándo lo sirvieron o cuándo no lo asistieron.

Jesús se solidariza con los pobres, al grado de hacerse presente en cada uno de ellos. Este es el signo más claro del verdadero pastor: no solo cuida a las ovejas sino que hace suyos los sufrimientos, pues padece con la que se ha perdido o descarriado, con la herida, con la débil, ovejas de que nos habla Ezequiel. Jesús es, por tanto, la presencia pastoril o pastoral de Dios. Él cumple la promesa de Dios: *“Yo mismo iré a buscar a mis ovejas y velaré por ellas”* (*Ez* 34, 11).

Eso fue lo que hizo Jesús a lo largo de su ministerio. Ese fue su modo de ser rey. Podemos decir que es el otro sentido de su presencia real: fue rey sirviendo. Y eso mismo nos pide a sus discípulos y discípulas: que suframos con el pobre y nos solidaricemos con él, que lo reverenciemos, lo atendamos y lo cuidemos. Si Cristo está realmente presente en el pobre, entonces allí lo tenemos que servir. De esto se nos va a pedir cuentas, personalmente y como Iglesia.

Nosotros tenemos la idea de los reyes en sus tronos y quien llega a estar frente a ellos, ordinariamente les muestra respeto, les hace reverencia, se pone a su servicio. Cristo se encuentra hoy a nuestro alrededor por dondequiera y está como Rey en sus tronos. Tiene muchos tronos: la cama de los enfermos, los patios de la prisión, las casas de costerón y lámina de cartón, la mesa vacía de muchas familias. Allí hay que mostrarle nuestro respeto y ponernos a su servicio.

De lo que hagamos a favor de los pobres dependerá si entramos o quedamos excluidos de la vida del Reino en plenitud, al cual sirvió Jesús. Si atendemos a Cristo presente en ellos, serán para nosotros las palabras: *“Vengan, benditos de mi Padre; tomen posesión del Reino preparado para ustedes desde la creación del mundo”* (*Mt* 25, 34). Así, estando juntos Cristo resucitado, los y las pobres, y quienes los hayan atendido, *Dios será todo en todas las cosas* (*1 Cor* 15, 28)

En cambio, si no atendemos a los pobres, presencia real Cristo, se nos dirán las palabras: *“Apártense de mí, malditos; vayan al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles”* (*Mt* 25, 41) e iremos al castigo eterno. Alimentados con la Comunión sacramental, también presencia real de Jesucristo, asumamos nuestro compromiso de reverenciar y atender a Cristo, nuestro Rey, hecho pobre, enfermo, prisionero, hambriento, sediento, migrante, indígena, drogadicto.

# San Pedro y San Pablo

## 29 de junio

**Textos:** Hch 12, 1-11; 2 Tim 4, 6-8. 17-18; Mt 16, 13-19

Estamos celebrando en este domingo la solemnidad de los Santos Apóstoles y Mártires Pedro y Pablo. Pedro fue elegido, llamado y enviado por Jesús de Nazaret para ser cabeza de la comunidad de sus discípulos, como lo escuchamos en el texto del Evangelio; y Pablo fue elegido, llamado y enviado por el mismo Jesús resucitado para ser apóstol de los paganos. Ellos dos fueron fortalecidos por Dios para sostenerse en el cumplimiento de la misión que se les encomendó.

«Al llamar a los suyos para que lo sigan, [Jesús] les da un encargo muy preciso: anunciar el evangelio del Reino a todas las naciones» (D.A. 144). Esta es la misión que recibieron y cumplieron Pedro y Pablo. Incluso a Pedro, después de que lo confesó como el Mesías, el Hijo de Dios vivo, Jesús le puso este nombre para indicarle su misión específica dentro de la comunidad: ser la piedra en la que se sostiene –en medio de sus limitaciones humanas– la vida de la Iglesia.

Si alguien es llamado por Jesús es para cumplir una misión. Si nosotros fuimos llamados por Jesús en el Bautismo fue para cumplir una misión. Y no es otra misión que la del mismo Jesús, quien como el Siervo de Dios se entrega, da su vida por nuestra redención. «Jesucristo, verdadero hombre y verdadero Dios, con palabras y acciones, con su muerte y resurrección, inaugura en medio de nosotros el Reino de vida del Padre» (D.A. 143). Esa fue la misión de Jesús.

Nosotros fuimos llamados y enviados para esta misma misión, al igual que Pedro y Pablo. «Por esto, todo discípulo es misionero, pues Jesús lo hace partícipe de su misión, al mismo tiempo que lo vincula a Él como amigo y hermano. De esta manera, como Él es testigo del misterio del Padre, así los discípulos son testigos de la muerte y resurrección del Señor hasta que Él vuelva» (D.A. 143). Y con la Eucaristía nosotros damos testimonio de su muerte y resurrección.

Pero celebramos la Eucaristía y nos alimentamos de ella para volver a la familia y a la comunidad a cumplir esa misión. Y «cumplir este encargo no es una tarea opcional, sino parte integrante de la identidad cristiana, porque es la extensión testimonial de la vocación misma» (D.A. 144). De esto nos va a pedir cuentas el Señor y tenemos que hacerlo como Pablo que sabe que está cerca su sacrificio y su partida y es consciente de que ha cumplido bien su misión.

De igual manera «el discípulo, fundamentado […] en la roca de la Palabra de Dios, se siente impulsado a llevar la Buena Nueva de la salvación a sus hermanos. Discipulado y misión son como las dos caras de una misma medalla: cuando el discípulo está enamorado de Cristo, no puede dejar de anunciar al mundo que sólo Él nos salva. […] Esta es la tarea esencial de la evangelización» (D.A. 146). Hoy la Palabra de Dios nos impulsa a cumplir esa misión.

Entonces celebrar el Misterio Pascual de Jesús, como lo hacemos cada domingo, nos compromete a renovar nuestro ser discípulos misioneros, aunque sabemos que si lo hacemos con entrega, con constancia y fidelidad vamos a tener dificultades. Pero también sabemos, como lo experimentaron Pedro y Pablo, que el Señor sostiene a sus misioneros. A Pedro lo libró de la cárcel y a Pablo lo acompañó cuando todos lo abandonaron, lo libró del león y de los demás peligros.

«El misterio pascual de Jesús [que estamos celebrando] es el acto de obediencia y amor al Padre y de entrega por todos sus hermanos, mediante el cual el Mesías dona plenamente aquella vida que ofrecía en caminos y aldeas de Palestina» (D.A. 143). Hoy nos dona esa vida en su Cuerpo y su Sangre, para que día a día sigamos celebrando su Pascua en el cumplimiento de nuestra misión. Alimentémonos pues de este banquete para que seamos verdaderos misioneros.

# Todos los santos

## 1º de noviembre

**Textos:** Ap 7, 2-4. 9-14; 1 Jn 3, 1-3; Mt 5, 1-12

Celebramos hoy la fiesta de la plenitud cristiana, la fiesta de todas aquellas personas que vivieron las Bienaventuranzas y ahora gozan de la felicidad eterna del Reino. Es *el gentío* *inmenso, imposible de contar, de toda nación y raza, pueblo y lengua que estaban de pie, delante del trono y del Cordero* (cf. *Ap* 7, 9) que vio el autor del Apocalipsis, es decir, los Santos y Santas. Es la fiesta de la esperanza cristiana, porque se nos recuerda que a Dios *lo veremos tal cual es* (*1 Jn* 3, 2).

En esta celebración debemos renovar nuestras motivaciones en el seguimiento a Jesús como comunidad, porque se trata de reconocer que la Comunión de los Santos que proclamamos en el Credo es una realidad. Somos una misma Iglesia, tanto la parte peregrinante, es decir, los bautizados que andamos por la tierra, como la parte triunfante, o sea, los que están en el Cielo; Iglesia alimentada por un mismo Pan, por lo que formamos un solo cuerpo (cf. *1 Cor* 10, 27).

Confesar la comunión de los santos significa que “creemos en la comunión de todos los fieles cristianos, es decir, de los que peregrinan en la tierra, de los que se purifican después de muertos y de los que gozan de la bienaventuranza celeste, y que todos se unen en una sola Iglesia; y creemos igualmente que en esa comunión está a nuestra disposición el amor misericordioso de Dios y de sus santos, que siempre ofrecen oídos atentos a nuestras oraciones” (*CatIC*, 962).

Para lograr entrar en esta comunión, es necesario vivir las Bienaventuranzas. Y vivirlas es signo de nuestra fe en Dios y de confianza en su Providencia. Es decir, nos tenemos que hacer pobres de espíritu, llorar, sufrir, tener hambre y sed de justicia, ser misericordiosos, ser limpios de corazón, trabajar por la paz, experimentar las injurias, las calumnias, la persecución por causa de Jesús y como consecuencia de llevar fielmente esta manera de vivir.

El modelo de santidad es Jesús. Es quien nos propone este estilo de vida porque lo está viviendo y nos invita a vivirlo: *sean perfectos, como su Padre celestial es perfecto* (*Mt* 5, 48). La santidad, aunque es un don de Dios, sin embargo se va cultivando y conquistando día a día. El camino lo marcan las Bienaventuranzas. Esta es la gran tarea que nos deja Jesús en el Sermón del Monte, porque las Bienaventuranzas son el proyecto de vida de sus discípulos y discípulas.

Y ciertamente hay que tener en cuenta que actualmente se llama bienaventuradas a las personas que viven todo lo contrario a las Bienaventuranzas, es decir, a quienes tienen mucho dinero y bienes materiales, a quienes ríen, a quienes tienen todas las comodidades, a quienes son injustos y tranzas, a quienes se aprovechan del débil, a los que engañan, a los que pasan por encima de los demás, a los que hacen el mal y “les va bien”, a quienes persiguen a los profetas.

Tenemos que convencernos de que el proyecto de Jesús es distinto al proyecto de nuestra sociedad. Para Él los bienaventurados son los que viven como Él, los que dan testimonio de confianza en Dios, los que saben sobrellevar con paciencia y esperanza las contrariedades de la vida, los que se organizan para salir delante de sus problemas, los que aparentemente pierden en los negocios en este mundo, los que logran perdonar, los que saben ser hermanos.

Celebrar la Eucaristía en este día nos anima a seguir en el camino hacia la santidad y para mantenernos en él nos compromete a trabajar por vivir la comunión, tanto en nuestra familia como en nuestra comunidad. Esta comunión, que tiene su origen en el Bautismo y se alimenta en la Eucaristía, ha de ser para formar un solo cuerpo, para unirnos en una sola Iglesia, para vivir la comunión de los Santos. Aprovechemos este encuentro sacramental para fortalecerla.

# Los fieles difuntos

## 2 de noviembre

**Textos:** Sb 3, 1-9; 1 Jn 3, 14-16; Mt 25, 31-46

*“Conmigo lo hicieron”* (*Mt* 25, 40). Venimos a celebrar la Eucaristía dominical y hoy nuestro encuentro semanal con el Señor resucitado coincide con la celebración que tenemos como Iglesia cada año para orar por nuestros difuntos. Esta es entonces una celebración de fe y de esperanza que nos impulsa, con la luz de la Palabra y con la fuerza de la Comunión sacramental, a vivir en el amor hacia los demás, especialmente hacia los más desprotegidos de la comunidad: los pobres.

Acabamos de escuchar en los textos proclamados lo que significa elevar al Señor nuestra oración por los difuntos. No es sólo orar por ellos para que descansen en paz, sino que es también, y sobre todo, renovar el compromiso que tenemos de atender a los pobres, como signo de que creemos en la vida eterna y como manifestación de la esperanza que tenemos en que el día de nuestra muerte podamos participar del Reino en plenitud.

Para estar en esta condición, para ser de las personas que el Señor coloca a su derecha, como el pastor a las ovejas, es necesario servir al pobre, al hambriento, al sediento, al forastero, al enfermo, al desnudo, al encarcelado; y es necesario servirlos porque Jesús se hace presente en ellos, porque ellos son presencia de Jesús, que se sigue solidarizando con los que la sociedad desecha, como son hoy los enfermos desahuciados, los ancianos, los drogadictos, los indígenas…

Este es precisamente el criterio que Jesús toma en cuenta en el Juicio final. Si somos personas de fe tenemos que manifestar con obras que creemos en Cristo y que esperamos la salvación que nos ofrece, pues quien tiene fe y esperanza cristiana lo expresa en «el amor a Cristo sufriente, el Dios de la compasión, del perdón y la reconciliación (…), - el amor al Señor presente en la Eucaristía (…), - el Dios cercano a los pobres y a los que sufren» (D.A. 7).

Como dicen nuestros Obispos reunidos en Aparecida: «La fe en Dios amor […] se manifiesta en la fe madura de muchos bautizados y en la piedad popular que expresa “[como sucede en estos días con el rezo de los 46 rosarios] la profunda devoción a la Santísima Virgen de Guadalupe”. Se expresa también en la caridad que anima por doquier gestos, obras y caminos de solidaridad con los más necesitados y desamparados» (*Ibíd.*).

Si vivimos esto es porque somos –o queremos ser– del grupo de justos que *están en las manos de Dios*, como dice el libro de la Sabiduría (3, 1), y porque confiando en el Señor, comprendemos la verdad que nos lleva a sostenernos en «la conciencia de la dignidad de la persona, la sabiduría ante la vida, la pasión por la justicia, la esperanza contra toda esperanza y la alegría de vivir aún en condiciones muy difíciles que mueven el corazón de nuestras gentes» (*Ibíd.*).

Alimentados con la Eucaristía dominical manifestamos que «nosotros, como discípulos de Jesús y misioneros, queremos y debemos proclamar el Evangelio, que es Cristo mismo. Anunciamos a nuestros pueblos que Dios nos ama, que su existencia no es una amenaza para el hombre, que está cerca con el poder salvador y liberador de su Reino, que nos acompaña en la tribulación, que alienta incesantemente nuestra esperanza en medio de todas las pruebas» (D.A. 30).

Que nuestra celebración Eucarística dominical, en la que nos alimentamos de esta palabra que nos pide ser justos para pasar de la muerte a la vida y en la que nos alimentamos del Cuerpo y la Sangre de Cristo resucitado que nos fortalece para vivir amando a nuestros hermanos, nos lleve a dar la vida por ellos en el servicio. Que no sea sólo entonces para pedir por el eterno descanso de nuestros difuntos, sino para volver al camino de Dios, que lleva a servir a los pobres.

# Nuestra Señora de Guadalupe

## 12 de diciembre

**Textos:** Eclo 24, 23-31; Gal 4, 4-7; Lc 1, 39-48

*Se encaminó presurosa a un pueblo* (*Lc* 1, 39). Así dice san Lucas de la Virgen María cuando narra la visita que le hizo a su prima Isabel, que vivía en las montañas de Judea. Esto sucedió *en aquellos días* (Id.). Pero eso mismo pasó en los días de la conquista de México por parte de los españoles: también *se encaminó presurosa a un pueblo* (Id.), el pueblo azteca que vivía en Tenochtitlán y sus alrededores. Esta doble visita le agradecemos a Dios con la Eucaristía de hoy.

En las dos visitas, que son realizadas en situación de necesidad, la Virgen llega con el Hijo de Dios en su vientre. Con Isabel llegó para ayudarla en su situación de embarazo de riesgo, pues ella estaba embarazada por primera vez y, además, era anciana. A nuestras tierras llegó para mostrar y dar todo su amor, compasión, auxilio y defensa; para oír los lamentos, y remediar todas las miserias, penas y dolores que los conquistadores provocaron a los indígenas.

El hecho de que María haya llegado con el Niño en su seno expresa el sentido de su visita. Además de hacer la visita para ayudar, escuchar, consolar, defender, manifestar su amor, –porque ella es *la madre del amor* (*Eclo* 24, 18)–, la Virgen trae al Emmanuel, el Dios-con-nosotros que anuncia Isaías. Este fue el motivo principal de la alegría de Isabel y del Niño que ella estaba esperando; esta fue la razón de la alegría del pueblo mexica presente en Juan Diego.

La Virgen colabora para que el Mesías esperado por siglos de parte de los israelitas, sea recibido por su pueblo y se mantenga como la esperanza de Israel: *“¿Quién soy yo para que la madre de mi Señor venga a verme?”* (*Lc* 1, 43), proclama Isabel llena del Espíritu Santo. Para ella se están cumpliendo las promesas de Dios. Por lo tanto, llegaría ya la experiencia de la paz, de una nueva vida, de la libertad para su pueblo dominado y oprimido por el imperio romano.

La misma Virgen que visitó a Isabel es la que llegó a México para quedarse. Ella se identificó ante Juan Diego diciéndole: “yo soy la siempre Virgen Santa María, Madre del verdadero Dios por quien se vive”. Con su presencia en nuestro pueblo, la Virgen le devuelve la esperanza a los indígenas, empobrecidos y exterminados por los españoles y la peste. Ella, como madre *de la santa esperanza* (*Eclo* 24, 18), colaborará para que los indígenas tengan una vida nueva.

Con su llegada presurosa a dos pueblos, la Virgen María nos enseña lo que sus hijos y devotos debemos hacer ante las situaciones de sufrimiento y necesidad que nos encontramos a diario: encaminarnos presurosos a nuestro pueblo para ayudar, tender la mano, consolar, remediar las miserias, penas y dolores de los ancianos solos, de los jóvenes alcoholizados, drogadictos y sin el sentido de la vida, de las personas y familias que son víctimas de la violencia, etc.

Pero, junto con esto, tenemos que ofrecer el Evangelio tanto a quienes se mantienen con la esperanza de una sociedad nueva, fundada en el amor y la justicia, como a los que están desesperanzados de todo. Para eso tenemos que estar llenos, preñados, del Hijo de Dios, como la Virgen María. Para lograrlo tenemos que abrir nuestra mente y nuestro corazón a la Palabra de Dios, tenemos que dedicar tiempo para encontrarnos con el Evangelio, leerlo y meditarlo.

Al reunirnos en este día dedicado a homenajear a la Virgen de Guadalupe, su testimonio de servicio a los que sufren y la Palabra de Dios que se ha proclamado nos impulsan a salir de nuestra casa para ir a servir y devolver la esperanza a nuestro pueblo empobrecido. Al celebrar el Día del Señor –no hay que olvidar que es domingo–, alimentados con su Cuerpo y Sangre nos fortalecemos para volver a la comunidad a llevar el Evangelio a nuestros hermanos y hermanas.

# Índice

Presentación 1

1er Domingo de Adviento 3

2° Domingo de Adviento 4

3er Domingo de Adviento 5

4° Domingo de Adviento 6

Natividad de Nuestro Señor 7

Sagrada Familia de Jesús, María y José 8

Santa María, Madre de Dios 9

Epifanía del Señor 10

Bautismo del Señor 11

2° Domingo ordinario 12

3er Domingo ordinario 13

4° Domingo ordinario 14

5° Domingo ordinario 15

6° Domingo ordinario 16

7° Domingo ordinario 17

8º Domingo ordinario 18

9º Domingo ordinario 19

1er Domingo de Cuaresma 20

2° Domingo de Cuaresma 21

3er Domingo de Cuaresma 22

4° Domingo de Cuaresma 23

5° Domingo de Cuaresma 24

Domingo de Ramos “De la Pasión del Señor” 25

Jueves Santo 26

Viernes Santo 27

Vigilia Pascual 28

Domingo de Pascua 29

2° Domingo de Pascua 30

3er Domingo de Pascua 31

4° Domingo de Pascua 32

5° Domingo de Pascua 33

6° Domingo de Pascua 34

La Ascensión del Señor 35

Domingo de Pentecostés 36

La Santísima Trinidad 37

10° Domingo ordinario 38

11er Domingo ordinario 39

12° Domingo ordinario 40

13er Domingo ordinario 41

14° Domingo ordinario 42

15° Domingo ordinario 43

16° Domingo ordinario 44

17° Domingo ordinario 45

18° Domingo ordinario 46

19° Domingo ordinario 47

20° Domingo ordinario 48

21er Domingo ordinario 49

22° Domingo ordinario 50

23er Domingo ordinario 51

24° Domingo ordinario 52

25° Domingo ordinario 53

26° Domingo ordinario 54

27° Domingo ordinario 55

28° Domingo ordinario 56

29° Domingo ordinario 57

Domingo Mundial de las Misiones 58

30° Domingo ordinario 59

31er Domingo ordinario 60

32° Domingo ordinario 61

33er Domingo ordinario 62

Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo 63

San Pedro y San Pablo 64

Todos los santos 65

Los fieles difuntos 66

Nuestra Señora de Guadalupe 67

Índice 68



*“Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos”*